




LEYENDA DE UNA ERA
CANTO PRIMERO

LA GUERRA POR EL NORTE



EDITORIAL GRUPO AJEC
EXCÁLIBUR FANTÁSTICA



Llegará, tened por cierto
que llegará,
el peor de los enemigos.
Y en el fin de los tiempos,
tras la máscara,
encontraréis que su
rostro es el vuestro.

Los pergaminos Tirleos
Rollo 7, versículo 21



CAPÍTULO I



a tormenta había devorado las montañas del norte y pronto lo haría con toda la tierra. Encallado en los altos picos, un horizonte monstruoso esperaba para caer sobre el bosquecillo de la ladera, el prado y, finalmente, su casa.

Jared, el cabrero, se veía minúsculo bajo las grandes quillas negras y moradas. Corría de un lado a otro y pasaba cuerda en torno al cercado. Anudaba los maderos rápidamente y volvía a repetir la operación unos pasos más allá, al tiempo que murmuraba maldiciones. «Trabajo en vano —gruñía con cada nuevo nudo—. ¿De qué sirve nada de lo que hago?» Si la tormenta y su ronco aviso no mentían, el cercado se quebraría y las cabras correrían espantadas bajo el trueno. Pero a pesar de ello, como otras tantas veces en su vida, continuaba su labor con la amarga esperanza arrollada por la inminencia del castigo divino.

El susurro del viento se transformó en aullido cuando, a lo lejos, un trueno rompió el horizonte. La cabrada se inquietó en su redil. Jared juró por los dioses antiguos; su hija todavía no había regresado del campo. Después observó la línea del bosquecillo y cómo las colinas agitadas formaban olas de ámbar y sombra. Maldijo a la chiquilla. Anudó a toda prisa el último tramo del redil, el que se unía a la casa junto al cobertizo y el gallinero, antes de dar un vistazo rápido alrededor. Su hogar era una choza de gruesas paredes de piedra, bajas, de una vara y dos palmos de altura, con solo dos ventanucos y una gruesa techumbre puntiaguda cubierta de paja, capas de excremento de cabra y barro. Volvió su mirada a lo lejos. Maldijo de nuevo. Se llevó los dedos a la boca y silbó con todas sus fuerzas. Chacal había salido con Kali esa tarde. Quizá él se adelantara al escuchar su llamada. Esperó con los brazos en jarras durante un interminable momento, pero el perro no apareció y él apretó los dientes con fuerza.

—Esta vez se va a enterar —dijo para sí mismo.

El viento arrastraba el aroma de la borrasca, de forma que casi podía sentir la humedad en las narices. Aún no era mediodía y el campo se oscurecía cubierto por un



manto de negrura. Sería la primera gran tormenta de otoño; toda una luna de lluvias y después caerían las nevadas que preceden al duro invierno. Aunque esta vez se había adelantado por lo menos dos semanas y su aspecto era más amenazador que cualquier otra tormenta que hubiese visto al este de Porkala. Así se presentaba el final del verano en el norte de Aukana, con redobles tempestuosos en el cielo que precedían a dos meses de caminos enfangados, cosechas encharcadas y densas nieblas impenetrables instaladas en la falda de las montañas. No era un lugar fácil para vivir. Fríos inviernos, calurosos y secos veranos, tierra dura y pedregosa cubierta de malas hierbas hasta las laderas de los Montes de Bruma. Una tierra inhóspita y abandonada que lo acogía a uno con el silencio y la soledad. Pero esa era la elección de Jared: el ostracismo, el abandono y la culpa. Esa era la tierra que eligió para su exilio, para la nueva vida resignada que llevaba con su hija, Kali. Una vida que había convertido en condena.

De nuevo restalló el cielo. Jared chasqueó los labios y, a grandes pasos, rodeó la casa hasta el montón de leña que guardaba a cubierto junto al muro. Cargó tantos troncos como pudo, que no eran pocos, y entró en la casa.

Encendió el fuego pacientemente, prendiendo primero la ramilla seca y la hojarasca que guardaba en un cesto. Al momento, un leve resplandor anaranjado iluminaba la única habitación y hacía bailar las sombras en los rincones. El aroma de la leña reptó sinuoso y se convirtió en reclamo para los gatos que se agolparon frente a las llamas.

—Aprovechad ahora —murmuró Jared—. Y corred cuando llegue Kali.

Los gatos no tenían nombre. Solo él les tenía algo de aprecio, especialmente cuando encontraba alguna rata muerta. Sin embargo, su hija Kali era una enemiga encarnizada de los gatos. Los perseguía, les lanzaba piedras, les tendía trampas y encerronas con su perro Chacal. Con el tiempo, los gatos se alejaban tanto de ella como del perro, porque sabían que ella era mucho más peligrosa e inteligente. A veces, Jared echaba en falta a alguno de ellos y sabía que, probablemente, hubiese acabado enterrado bajo algún árbol. Había tantos que aquellas desapariciones no le importaban demasiado y así, por lo menos, la niña se mantenía lejos de su rebaño.

A Kali no le gustaban los animales. ¿Cuántas veces la había sorprendido con algún animalillo muerto entre sus manos y la inocente y triste expresión en sus ojos malditos? Jared no entendía el porqué de aquella aversión por la vida animal, pero con los años se hizo obvio que era recíproca y las bestias se apartaban de ella tanto como podían y corrían espantadas a ocultarse. Aunque eso no siempre era suficiente. Una vez, cuando tenía nueve años, mató de una pedrada a una de las ovejas de Kurn, un vecino que vivía a una hora de allí. Jared se vio obligado a dar una de



sus cabras en compensación ante las quejas de Kurn. Después molió a palos a la niña con la vara que utilizaba para conducir el ganado y la encerró en el gallinero durante dos días. Pero eso no sirvió de mucho. A las pocas semanas de lo sucedido, un borrico viejo y desnutrido que utilizaba Kurn para arar su poca tierra, apareció muerto. Al parecer envenenado por unos cuantos sombreros reales, unos hongos que crecen en los lindes del bosque y que matan ocasionalmente a algún viajero. Kurn no dijo nada sobre el borrico muerto. Y Jared no le preguntó a Kali.

Con Chacal era diferente. Jared sabía que nunca le haría daño a aquel perro. El animal tenía un vínculo especial con ella. Desde el día en que lo encontró en el prado, el perro se había definido como protector de la niña, compinche de juegos y hermano; en definitiva, eran compañeros inseparables. Él dormía junto a ella y la entendía cuando hablaba. Incluso, a veces, sin pronunciar palabra, con una única mirada, Kali hacía salir al perro, le ordenaba quedarse en su lugar o seguir algún rastro. Ella nunca le haría daño.

Cortó un trozo de manteca y lo calentó al incipiente fuego. Después arrancó un trozo de pan algo húmedo y comenzó a comer. Lo hizo despacio, esperando percibir la lluvia acercándose entre la hierba agitada. No escuchó nada. El viento devoraba cualquier otro sonido y se colaba bajo la puerta sin ningún respeto. Después, un retumbar entre nubes y el mismo remolino ventoso que había zarandeado los ajos secos que colgaban del techo salía por el ventanuco, apartando a su paso la torcida contraventana. Jared maldijo el frío que le corría entre los pies, se acercó a una de las vigas y tomó su odre de leche fermentada. Volvió al taburete junto el fuego y dio un largo trago de la bebida. Después eructó.

La leche fermentada era un licor que nadie producía allí en el norte y que él había traído de su lejano sur. Beber le hacía recordar su tierra natal y eso lo entristecía, le hacía sentir cobarde, desgraciado, y entonces bebía más para olvidar aquellos recuerdos, aunque era esa una trampa engañosa que siempre acababa con su memoria convertida en gítones sobre el camastro. Había comenzado pronto a beber. Por la tormenta. ¿Qué podría hacer si no? Dio otro trago, hasta que la leche se desbordó por la barbilla. Luego se limpió con la deshilachada manga del saco y eructó otra vez.

—Maldita niña —masculló.

Salió a la puerta solo para comprobar que la tormenta había llegado al último collado antes del prado. Las cabras habían formado un único cuerpo que se protegía bajo un sotechado estrecho, resignadas y dispuestas a una dura noche. Sin embargo, no vio nada que le hiciese sospechar del retorno de Kali y Chacal. Dio dos pasos al exterior. El sol, desaparecido, había abandonado los alrededores, llevándose con



él los colores. El paisaje se había convertido en un lóbrego lugar. Los lindes del bosquecillo cercano eran una línea de sombras y acechantes huecos negros entre árboles retorcidos y ramas resacas que se quebraban por el efecto del viento. Jared sintió miedo. Se llevó el odre de leche a los labios y lo dejó apoyado allí por un instante, sin llegar a derramar el agrio brebaje en la garganta. Observó el paisaje cambiante, llevado por la misma tronada, como si el avance de las nubes fuese el de un arado que a su paso deja a la vista cosas que no se ven durante el día. De nuevo los aullidos y el crepitar de ramas, susurros entre las piedras.

Los animales estaban inquietos. Jared no podía tranquilizarlos, pero sí bebió para tranquilizarse él.

Después dio la vuelta dispuesto a volver al interior, pero por alguna razón miró sobre el hombro, como si la oscuridad creciente pretendiese avanzar sobre la casa en cualquier momento. Las primeras gotas cayeron como plomo fundido sobre la tierra pisada del camino. Se detuvo en el quicio de la puerta y se enfrentó por segunda vez al horizonte surcado por el sendero. Bebió leche fermentada, y con el sabor deslizándose en la garganta gritó a la tormenta el nombre de su hija.

—¡Kali!

Y obtuvo una respuesta.

Su voz se diluyó en una explosión de luz seguida de un bramido ensordecedor. En la distancia, tal vez a una legua de allí o menos, siguiendo el camino al norte, un gran relámpago dividió el cielo iluminando la negrura como un animal eléctrico descolgado desde la nada. Era una línea quebrada y rota de un intenso color azul que se mantuvo comunicando las alturas y la tierra durante un instante que a Jared le pareció un día entero. Después, lentamente, el brillo se desvaneció hasta convertirse en una neblina purpúrea.

Jared balbuceó y parpadeó varias veces solo para volver a apretar la mandíbula.

—Esta vez sí te has metido en un lío, Kali —dijo antes de entrar y cerrar la puerta tras él.

Sentado frente al fuego pronto olvidó el sonido de la lluvia contra los muros. Maldecía una y otra vez a aquella chiquilla mientras frotaba sus manos entre trago y trago. Siempre le trajo problemas, desde el día en que nació; aquel fue el peor día de la maldición que vivía. «Maldita chiquilla —pensaba— y maldito el día en que vino al mundo para llevarse a su madre.» No podría ser ni una sombra de lo que fue su mujer, de lo que significó para él.

—Maldita niña, maldita, maldita —se repetía una y otra vez entre dientes. Preferiría que hubiese muerto ella al nacer, entonces todo hubiese sido diferente. Todo hubiese sido mejor.



Lyana fue su luz. La energía de su vida. Sin ella moraba en las tinieblas. Peor que estar muerto. Recorrieron medio continente huyendo. Hasta el más recóndito norte, hasta aquella tierra fría y oscura. Él estaba dispuesto a formar un nuevo mundo para ella, a crearlo de la nada como si de un dios todopoderoso se tratara. Huyeron de la justicia del Imperio. De la justicia de unos pocos que oprime a muchos, la justicia que condena al pobre y enriquece al poderoso. Matar es un grave crimen. Matar a un sacerdote, el peor de los pecados. Pero ¿qué podía haber hecho? ¿Permitir el abuso? ¿Abandonar su orgullo y bajar la frente como un buey en el arado? Huyeron para conservar la vida y su amor. Pero se equivocaron. No escaparon de la venganza divina.

Había construido aquella casa él mismo. Compró los primeros animales en Porkala con la primera exigua cosecha de patatas. Espantó a los lobos grises de los Montes de Bruma solo con su azadón. Y una vez mantuvo un fuego encendido frente a la casa después de ver un oso pardo rondar el bosque. Hizo tantas cosas que jamás hubiese sospechado... Se convirtió en héroe, en fugitivo, en campesino, en cazador. Y lo hizo todo por amor. Todo menos salvarla a ella. Lyana murió con el llanto de la pequeña viscosa y ensangrentada que acababa de parir. Y eso no pudo evitarlo.

Jared miraba fijamente la diminuta llama y entre sus ojos vidriosos corría el recuerdo.

El mismo día en que nació su hija, él supo que había sido condenado. Que todo había sido culpa suya y que aquel ser quejumbroso y débil que gimoteaba en el suelo era su castigo. La niña estaba marcada por la muerte. Eso no era un buen presagio, pero él no sabía leer en las señales, así que hizo llamar a una vieja ciega de Porkala que vendía sus ojos a los que no podían ver más allá del mundo físico. Jared la dejó sola con la niña y salió fuera a alimentar a los animales. Pero eso no hizo que las cosas cambiaran. La vieja vidente vio dolor, miedo y muerte en los ojos de la niña. Pero ella era inocente, dijo, el culpable es el padre, el padre. Después, con el tiempo, corrió la voz entre los pueblerinos, y fueron ambos los que quedaron marcados para siempre.

Afuera la lluvia arreció y el correr del aire sobre el tejado se diluyó con el recuerdo de las palabras de la vieja de Porkala. Jared estaba un poco borracho y, como siempre que el pasado regresaba a su memoria, enojado. Kali no había regresado todavía. A un lado vio la vara de fresno, la puerta inmóvil, el agitado silencio tormentoso. Se levantó de repente y golpeó con el puño sobre la mesa. «Hoy dormirán fuera —se dijo—, perro y niña.»

Entonces la puerta se abrió súbitamente, con tanta fuerza que golpeó el muro y los abrigos que guardaba colgados cayeron al suelo junto con algunas ristras de ajos.



No era la niña. Un hombre encapuchado entró en la habitación, dejando la puerta abierta tras él. Ni siquiera se detuvo. Avanzó a grandes pasos hasta Jared con una grande y recia mano extendida hacia él. Jared sintió la necesidad de gritar, aunque no pudo más que toser y ahogarse en el regusto a leche fermentada. El hombre venido de la lluvia intentó cogerle de un brazo pero él se zafó, saltó atrás, tropezó con el taburete en el que estaba sentado y cayó de espaldas. El miedo se transformó en pánico y solo pudo retorcerse en el suelo hasta que reconoció el rostro del intruso.

—¿Lilo? —preguntó aunque estaba seguro. Era Lilo, el «muchacho» de la viuda Frem.

Él se arrodillo a su lado y dejó la mano en su hombro, como si fuese algo inevitable que tenía que hacer antes de pronunciar palabra.

—Jared —dijo, enfrentando su enorme rostro bobalición e intentando sonar solemne—. Van a matar a tu hija.

—¿Qué? —exclamó él. Pero Lilo ya se había puesto en pie y volvía hacia la puerta.

—Ven, Jared, ven rápido. Kali morirá. La matarán.

—Lilo —lo llamó antes de que desapareciese entre la lluvia—, espera, espera. ¿Qué ha ocurrido?

Jared cogió una de las capas, se la echó sobre los hombros y corrió tras Lilo. Lo llamaban el «muchacho» de la viuda Frem, a pesar de ser mayor que Jared y fuerte como varios hombres juntos, porque por dentro solo era un niño que nunca creció. Corría delante de él, un poco a trompicones, y agitaba los brazos en señal de emergencia, mirando sobre el hombro cada pocos pasos para comprobar que lo seguía y que su misión iba por buen camino.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Jared, ajustando la capucha alrededor del cuello—. ¿Qué ha hecho esta vez?

—No ha hecho nada. Nada. No es culpa suya —explicó mientras se apartaba el pelo mojado frente a los ojos.

—Maldita sea. Lilo, dime qué ha hecho esta vez.

—No es ella, no es ella. —Se detuvo y por segunda vez puso su mano en el hombro de Jared—. Un rayo cayó del cielo. Un rayo le cayó del cielo a Kali.

Jared balbuceó.

—¿Un rayo?

Lilo continuó por el camino a toda prisa tirando de la capa de Jared.

—Todos estábamos en el campo. Corred a casa, corred —explicaba con los ojos fuera de sí, como si reviviese la escena justo frente a él—. Ella venía por el sendero



del bosquecillo y salió a los campos. Todos lo vimos claramente. Ocurrió de repente, de repente...

—Pero ¿qué fue lo que ocurrió?

Lilo se detuvo y acercó el gesto al de Jared. Sus ojos saltones asomaban a los párpados y la mandíbula se le agitaba a los lados. Respiró entrecortado y continuó en un susurro, temeroso de lo que narraba.

—El cielo se rompió en lo alto. Un rayo azul cayó sobre ella. Un rayo azul y rojo. Una luz fuerte, fuerte, muy fuerte. Yo casi me quedo ciego. —Miró a los lados, pasó la gruesa lengua por los labios y bajó aún más el tono al señalar al suelo—. Pero luego corremos hasta ella. Y allí están los dos. Kali y su perro, como si nada. Ni muertos, ni quemados, ni nada. Está bien.

—¿Seguro?

—¡Sí, sí, está bien! —gritó y volvió a trotar al camino—. No como aquella vez que un rayo mató a Olfy y tres de sus ovejas. Kali está bien, el perro está bien. Pero eso no gusta a los otros. Es muy raro y dicen que es muy mala señal. Que ya hace tiempo que pasan cosas raras cuando ella visita el bosque.

—¿Quién ha dicho eso? —saltó Jared tras el atolondrado grandullón.

—Pues el viejo Matt y su mujer. Boba el pocero. Y los dos hijos de Fretl Miracielos. Todos los que estábamos allí y lo vimos. Y, entonces, dijeron de matarla y tirarla al fuego porque eso no era normal. Y yo sé que lo harán porque todos hablan muy mal de ella. Por sus ojos raros. Y porque es un poco traviesa.

—Kali no es traviesa, Lilo, es malvada —lo corrigió al tiempo que un golpe de aire levantó su capa como una bandera deshilachada y doblada sobre los hombros.

—Yo me asusté. —Se detuvo otra vez mientras gesticulaba. Jared vio sus ojos dilatados en la oscuridad—. Porque querían cogerla y matarla y el perro comenzó a ladrar y ella gritaba. Todos gritaban. Y yo pensé que tenía que avisarte antes de que ocurra algo malo. Como la vez en que persiguieron a aquellos artistas ambulantes y a uno le saltaron el ojo de una pedrada. A mí no me gusta eso, no me gusta.

—Lilo, tranquilízate —le ordenó de forma imperativa—. Y llévame dónde esté mi hija.

—Sí, sí, sí. —Comenzó a correr mientras lo animaba a seguirlo—. Vamos, vamos rápido.

La lluvia le golpeaba el rostro y la sentía correr por su espalda desde el cuello empapado. Caminaron a paso vivo unos veinte minutos, siempre hacia el norte, un rato por el camino a Rajvik y después a la derecha, de vuelta hacia las montañas donde la tormenta había convertido el día en noche. Cuando llegaron a los campos



de alfalfa de la aldea, el aguacero amainó y se convirtió en una lluvia monótona y rítmica que atacaba los charcos formados en las roderas del camino.

Jared pensaba que nadie más que él podía castigar a su hija, y así lo haría, pero le enojaba tener que luchar contra una turba de campesinos temerosos y sus supersticiones. Defender a su hija. Hacer creer que era inocente, si es que lo era, a cualquier precio, era más una cuestión de orgullo que se había forjado tiempo atrás. Cuando los otros despreciaban a Kali. Cuando la insultaban y trataban de humillarla. Él solo se sentía incluido en ese desprecio, en esa exclusión establecida. Después, un día sorprendió a los hijos de Fretl Miracielos golpeando a Kali con una rama seca. Él le rompió la mano al menor de ellos y los echó a patadas. No volvió a verlos. Después la castigó a ella por ser diferente y dejarse vencer de aquella manera. La castigó por haber matado a su madre.

—Mira, mira —dijo Lilo, señalando con el dedo a un lado del camino.

Jared se detuvo y observó la escena a un centenar de varas de allí. Pudo ver el olmo muerto donde a veces se detenían de camino a la granja de Leike. Justo a su lado la gran piedra de granito como una sombra y, asomando a su derecha, colgado de una de las gruesas ramas secas, vio el cuerpo balanceado al final de la soga.

—Salvajes —masculló. Y comenzó a correr en aquella dirección.

El fango salpicaba en todas direcciones a su paso y sentía el pecho ardiente, restallando cuando saltó el pequeño cercado del campo. Tras él venía Lilo, gritando el nombre de su hija, aunque no le prestó atención. A medida que se acercaba fue disminuyendo el ritmo hasta detenerse, impresionado.

—Kali —susurró.

Del viejo olmo colgaba el cuerpo sin vida de Chacal. Tenía las patas rotas, la sangre seca le cubría el hocico y empapaba el cuerpo, dándole la apariencia de un insecto muerto. Bajo él estaba Kali. Sentada sobre los talones. Con la lluvia cayendo desde los mechones empapados y confundida con sus lágrimas. Sollozaba casi en silencio, sin levantar la mirada, con los brazos caídos sobre la hierba mojada. A su cuello había un trozo de cuerda como el que alguien había utilizado para colgar al perro. Siguió con la mirada la cuerda desde el cuello de la niña hasta llegar a la mano muerta, casi carbonizada, y entonces contempló la carnicería.

Había cuatro cuerpos muertos junto a Kali. Un hombre, o lo que quedaba de él, se había convertido en un tizón ennegrecido. La estaca con la que había golpeado al perro se había consumido, pero todavía aferraba entre sus engarrotados dedos el madero quemado. El hombre que había puesto la soga alrededor del cuello de Kali estaba panza hacia arriba, con la ropa hecha jirones y los brazos tiesos como espinas. Los labios y los párpados habían desaparecido y sonreía de forma siniestra,



como sorprendido. Todavía quedaban dos más, algo más lejos, también la ropa desintegrada, los pelos tiesos y algún hueso blanquecino y puro asomando entre la carne negra.

La niña lloraba agazapada.

Lilo llegó y comenzó una letanía de palabras incomprensibles al tiempo que golpeaba las palmas contra su frente.

Jared se sintió clavado al suelo, como si todo el peso aplastante de aquella tormenta le impidiese moverse, escapar. Miró fijamente a su hija. Ella levantó la mirada por primera vez. Los ojos brillantes. Esos extraños ojos de Kali, casi sin iris, grandes y almendrados.

Ella no dijo nada.

—Lilo —llamó él—. Ve a mi casa y lleva mis cabras a tu madre.

—Pero, Jared... —titubeó él—. No podemos comprarte las cabras.

—No te las vendo. Es un regalo. Nos vamos.

El cielo resonó ronco, casi tímidamente, y la lluvia se extinguió como había llegado, de pronto.





CAPÍTULO II



l Salón de Expiación, en la Sagrada Casa de Vanaiar de Ilke, era una sala oscura, fría y húmeda. Todas las paredes estaban cubiertas por grandes cortinajes escarlatas, sin otra luz que la claraboya que agujereaba la penumbra en el mismo ábside, como una presencia etérea y divina. En la altura, la bóveda desaparecía en una oscuridad sólida, casi palpable, que oprimía el corazón y empujaba a uno a la única luz. Y bajo esa cascada reluciente, frente a un rudimentario altar de mármol blanco como la nieve, postrarse ante el poder de Dios. Allí, con el pecho sobre el suelo y los brazos desplegados a los lados, se encontraba el monje inquisidor, en silencio absoluto.

Trataba de diluir sus pensamientos y sentimientos a través del dolor y la penitencia. Sabía que en las próximas semanas su espíritu tendría que enfrentarse a muchos conflictos, morales y éticos, y su fe sería puesta a prueba. La guerra por el norte invadía cada conversación, impregnando los silencios de expectación y ansiedad. Él era un inquisidor, no podía mostrar sentimientos en público, y debía mantenerse cauto y contenido ante la euforia guerrera de algunos clérigos y la reticencia de otros. De todas formas, solo el Alto Inquisidor y sus mandatos debían perturbar su conciencia, sin importar cualquier otra circunstancia.

La estrecha puerta se entreabrió lo suficiente para dejar entrar a un visitante. Caminó a pasos cortos, como si no desease que su armadura de mallas hiciese más ruido que el roce de una túnica, aunque eso era realmente complicado y el tintineo de tanto metal inundó la estancia como un viejo amigo de batalla. Se detuvo en el centro de la nave, unos pasos tras el yaciente inquisidor, y retuvo la respiración mientras apoyaba la mano enguantada en la montura de la espada y dejaba que la contera cayera sobre su talón. El paladín esperó en vano algún movimiento del monje.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo finalmente el paladín y su voz repicó contra las paredes, como una ofensa a la luz, aunque una ofensa amigable, al fin y al cabo.



El monje inquisidor se incorporó lentamente. Primero apoyó los brazos para quedar de rodillas frente al altar, después, en un lento y doloroso esfuerzo, se puso en pie. Un gemido sofocado quedó atrapado en sus labios al recuperar la vertical. Las horas de inmovilidad sobre el suelo le magullaban las articulaciones, pero para eso era el Salón de Expiación, para sentir el dolor y recordar los pecados del alma al cuerpo.

—Solo tú podrías entrar en un recinto sagrado ataviado de batalla y perturbar la meditación de un inquisidor sin temor a ser cuestionado en sus formas —dijo el monje, mirando sobre su hombro—. Tú o cualquiera de esos llamados Paladines de la Aurora con quienes te acompañas.

—Creía que solo las compañías con faldas eran asunto de un inquisidor —dijo el paladín.

—¿Acaso no llevan faldas los Paladines de la Aurora? —replicó al enfrentar sus miradas.

—Sí, pero no tan largas como las tuyas, Anair.

El monje se adelantó, intentando mantener la espalda rígida y sonrió al paladín. Era algo más bajo que él, de rostro redondeado y nariz abultada y, bajo las cejas, sus ojos eran dos profundos lagos helados. Sin embargo, el paladín era alto y corpulento, de rostro alargado y mentón cuadrado y fuerte, con los ojos oscuros y humildes, aunque asertivos. Al llegar a su altura se besaron y el paladín estrechó al monje contra el jubón que cubría su cota de mallas.

—¿Cuándo llegaste? —preguntó Anair, el inquisidor.

—Acabo de descabalgar, compañero —respondió con una mano en el hombro de Anair—. ¿Cuántas horas llevas aquí?

—No es apropiado prestar atención al tiempo cuando se rinde cuentas con Dios, Earric. Lleva tiempo purgar los pecados —respondió Anair con un mohín tímido.

—¿Qué pecados? —exclamó Earric y negó con la cabeza de forma cariñosa—. Eres la última persona de Ilke que debería utilizar esta sala y te torturas en el frío suelo durante horas. Dios está satisfecho con tu misión.

—¿Ahora hablas con Dios? —Arqueó una ceja, escéptico.

—Tú ya me entiendes, Anair. —Chasqueó los labios el paladín—. Te conozco de hace tanto tiempo...

—Y, sin embargo, eres tú el que nunca utiliza el Salón de Expiación —le cortó Anair—. No me juzgues desde la ligereza de tus actos.

—No te juzgo, amigo. —Arrugó el cejo Earric—. Pero recomienda la expiación a Jakom y al Gran Maestro. Yo soy tan culpable como ellos puros.

—Esa actitud, paladín —reprendió pacientemente—. Mide tus palabras.



—Mis palabras son verdaderas.

—El orgullo os llevará a la desdicha. —Movi6 la cabeza a los lados—. Demasiados a6os de desplantes y arrogante comportamiento. Sois el centro de todas las miradas y comentarios. Te lo digo como amigo, no es momento de desafiar el poder de los padres de armas misinios, ni las conveniencias de la orden.

—Querrás decir las conveniencias de unos pocos —contravino el paladín—. Los reyes se enfrentan a los dioses. Khymir XII se muestra belicoso y desconfiado con las congregaciones de su reino y aqu4 en Misinia, los Levvo, con su apetito voraz y despiadado, aspiran a devorarnos a todos. Nuestro orgullo es parte de la supervivencia.

—Domina tu vehemencia, Earric —dijo entre dientes al tiempo que arrugaba los ojos.

Un ruido de pasos en el exterior alarm6 a ambos cl6rigos, que miraron por un instante la puerta casi oculta por los gruesos cortinajes. Anair tom6 a Earric por el brazo y suspir6 pesadamente.

—No deber4amos hablar aqu4. Demos una vuelta.

El templo de Vanaiar en Ilke era un conjunto de edificios fortificado de aspecto imponente. Como todo lo que hab4a levantado la Orden de Vanaiar, expresaba la existencia de un Dios 6nico, grandioso y, ante todo, amante de la guerra. Construido en piedra n6vea, el templo, los barracones, las dependencias para los monjes y el alto muro que lo rodeaba, pod4a contemplarse desde casi cualquier lugar de la antigua capital misinia. Era una fortaleza en el coraz6n de la ciudad amurallada que contrastaba con el afilado gris del cercano Palacio Droemar, sede de la Casa de Ilke. En lo alto de las torres de ambos edificios los pendones blancos y oro de la Orden de Vanaiar compet4an con las banderas celestes y la trucha de Droemar. Era el viento del norte lo que hac4a, por una vez, que las ense6as de la ciudad y la orden apuntaran juntas al horizonte, a pesar de la divisi6n de los hombres.

Anair Banaan el Inquisidor, o el Abandonado, como lo conoc4an sus hermanos, y Earric de Bruswic, caminaron juntos por el atrio que rodeaba uno de los patios interiores del Sal6n de Vanaiar.

Ambos eran j6venes y fuertes, pero el aspecto de Earric, con su cota de mallas y la sobrevesta blanca con el rombo amarillo de la orden, comparado con la t6nica del monje, le hac4a parecer duro como una roca. Hab4an combatido juntos decenas de ocasiones en el norte, aunque tras el ingreso de Anair en el Consejo de la Ira, sus caminos siguieron direcciones muy diferentes. Earric ten4a el rostro arrasado por la guerra, la mirada v6treo, y la sonrisa era m4s ir6nica de lo que fue en tiempos de juventud. Por su parte, Anair estaba envejecido, y a sus treinta y cinco a6os los



asuntos de la fe y la administración habían sembrado otras cicatrices en su cuerpo. Se mostraba más oscuro y reservado, frío y ladino, que cuando no era más que un monje guerrero en un monasterio del norte de Aukana. Hacía algo más de un año que no se habían visto, y el júbilo del reencuentro se veía empañado por un asunto que turbaba los pensamientos de paladín y monje: la reunión del Alto Consejo de Vanaiar que se celebraría al día siguiente.

—Tanto tiempo ha pasado que casi no recordaba tu mal humor —dijo Earric, que pretendía ser sarcástico.

—No es mal humor, guerrero de Dios, son las tribulaciones de un hombre de fe —replicó Anair.

—Dirás las preocupaciones de un hombre que asciende como la espuma en el escalafón de la Orden. Sé muy bien, como los rumores que corren de Este a Oeste indican, que eres la mano derecha del Alto Inquisidor. Además de líder de los Puros de Vanaiar. ¿Cómo sienta ser protector de una fortaleza como Rajvik?

—¿Y cómo sienta no tener más hogar que el camino, el ostracismo y la vida errante, paladín?

—De nuevo te defiendes cuando no te acuso, amigo —se disculpó Earric—. Solo pretendo alabar los logros que alcanzaste en tus aspiraciones.

—Deberías saber que un hombre de mi posición, como tú dices, solo aspira a morir en batalla. Ese es el único ascenso para un monje.

—Enhorabuena por tu nuevo papel en los designios de Dios pues. Si alguien merecía ese reconocimiento, sin lugar a duda, eras tú.

—Gracias, hermano. Sé que a ti tampoco te ha ido mal en estos tiempos aciagos. A pesar de tu obstinación por pertenecer a esa reunión de blandos caballeros piadosos. Podéis continuar ocultando vuestros ritos y de paso Los pergaminos Tiríleos. Si el Consejo de los Justos echase mano de esos textos, ten por seguro que serías juzgado.

—Sé muy bien qué haría el Consejo con nuestros sagrados textos. Y seguro que tu superior, Jakom el Devoto, disfrutaría viendo pasar por el cadalso a tanto paladín errante. —Earric sonrió maliciosamente, aunque bajó la voz cuando algunos guardias pasaron junto a ellos—. Ahora soy el representante de los Caballeros de la Aurora ante el consejo de mañana.

—Es todo un honor.

—Sí, lo es —sintió el paladín, en un murmullo, como si grabase aquella sentencia entre ceja y ceja—. Tenemos mucha fe en las palabras de Raben, el Jansenita. Por fin, un hombre de carácter compasivo y corazón abierto ha llegado a Maestre de la Fe. Es un gran avance para todos los que confiamos en que es momento de cambiar algunas cosas.



—La fe es un preciado bien que escasea últimamente. ¿Por qué no me sorprende que esperes tanto de Raben y sus palabras? —Anair bajó el rostro inundado de oscura pesadumbre—. La reunión de mañana no será una ceremonia cualquiera, será una batalla y, puedes creer esto, correrá la sangre.

—¿Por qué dices eso? —se sorprendió Earric—. Eres demasiado melodramático, Anair. Ni siquiera mis hermanos temen represalias del Consejo de la Ira. Demostramos nuestro valor con creces en los márgenes del río Eitur. Esos que tu llamas blandos caballeros soportaron el asedio de las tribus oscuras durante tres lunas cerca de Roca Kilim. Y, finalmente, se enfrentaron a una fuerza muy superior, para mayor gloria de Dios. Ganamos para Aukana una extensión muy superior al Ducado de Bremmaner, y Raben hablará bien a favor de la unión en las armas o en la fe.

—No me refería a juicios de valor y valentía, Earric. El Gran Maestre Ojvind va a someter a una gran encrucijada a todos los padres de armas, sin importar su ortodoxia o su espíritu renovador.

—No quería ser yo quien cuestionara los planes de su altísimo. —Se encogió de hombros el guerrero.

—Escucha, Earric —susurró Anair apartando a su amigo bajo uno de los arcos abovedados del corredor—. El Alto Inquisidor está disgustado por la división y el conflicto interno. Sé que se ha reunido con el Gran Maestre y con Ezra Gran Puño, su jefe de armas. Nunca antes una situación semejante se había dado en la Orden de Vanaiar. El enfrentamiento entre el Gran Maestre y Raben, el Jansenita es abierto, y a ninguno de los dos le faltan seguidores dispuestos a tomar las armas. El rey está aprovechando esa flaqueza para presionar a Ojvind en su beneficio. El gran debate de mañana no será teológico, sino que girará en torno a la conveniencia de apoyar al rey Abbathorn Levvo III en su guerra contra la rebeldía del Duque de Bremmaner.

—¡Eso es una locura! —exclamó Earric—. Nadie apoyará esa guerra. Puedo no comulgar con Ojvind y su maestre de armas, pero es un Gran Maestre fuerte y no cederá al reino.

—De nuevo te equivocas —explicó Anair, tomándole del brazo mientras continuaban caminando—. Ojvind ha perdido salud en los últimos años y quizá también la fe. Si hubieses dedicado más tiempo a conocer a los burócratas que rodean a Ojvind, sabrías que las arcas de la Orden están tan vacías como el cráneo de un Dachalan. La mayoría de padres de armas están a favor de una guerra secular, y Ojvind no necesita demasiadas pruebas para declarar herejes a los duques de Bremmaner y justificar así su apoyo al rey Abbathorn. Somos una orden de



monjes guerreros, no lo olvides, pero también dependemos de la amistad de reyes y señores.

—Son las necesidades de esos mismos padres de armas las que requieren del favor de reyes para subsistir —dijo Earric, indignado.

—De cualquier modo, han venido observadores de todas las Casas de Misinia para asegurarse de que el resultado del consejo es favorable a los intereses del reino. La misma reina Anja Levvo llegó anoche a palacio.

—Toda una figura regia.

—También Enro Kalaris, Señor de Ursa. Y Okral Levvo, Señor de Boldo y tío de la reina, ha venido atraído por las deliberaciones del consejo.

—A bandada de cuervos hambrientos me suena eso.

—Dosorillas ha enviado a su hijo menor, Vérneil Rjuvel. Y el resto de señores están demasiado ocupados preparándose para la guerra.

—¿Dijeron cuervos? —Earric sonrió—. Más bien toda la manada de lobos grises nos rodea en silencio, sedientos de sangre.

Ambos ascendieron por las escaleras hasta el muro que rodeaba el patio y, de allí, pasaron sobre la nave principal del templo hasta un mirador que rodeaba la cúpula principal. Desde aquella altura podían ver toda la ciudad, la muralla fortificada y al norte el camino que acompañaba al río Misvainn hasta los lejanos pasos montañosos. Al otro lado del río, unido a la ciudad por media docena de puentes, estaba la zona del puerto, el Ilkebjör. Era una maraña de calles retorcidas, muelles diminutos y grandes diques donde fondear los bajeles que navegaban corriente arriba desde Osjen. Y tras aquellas casuchas, tabernas de marineros y burdeles de música animada, se encontraba el campamento del ejército real. Casi tan extenso como la ciudad misma. Una plétora de diminutas tiendas blancas y pabellones de pendones y escudos coloridos, con un millar de columnas de humo dibujadas en el cielo.

—Hace años que Enro Kalaris, Señor de Ursa, viene oponiéndose al sagrado canon que estableció Adair el Ciego.

—A nadie le gusta pagar —añadió Earric—. Cuanto más tienen más quieren conservar.

—Se encuentra tentado por las posesiones de la Orden, y es ya conocido el rumor entre el vulgo de que fastuosos tesoros, encontrados en los saqueos más allá del Hatur, han sido ocultados por los canónigos de Rodstel. La presencia de los señores y de la reina no es sino señal de inquietud en los palacios. Inquietud y codicia. Muchos se preguntan si no debiese ser al contrario. Están cansados de pagar el sagrado canon.



—Bremmaner pagará por todos ellos —murmuró el paladín.

—Aunque el duque abandone su rebeldía muchas cosas cambiarán. Como has dicho, Bremmaner pagará por todos. En sangre o en oro —explicó el inquisidor.

—Comprendo tus palabras, hermano —asintió Earric—. Desde luego son muy diferentes las cosas en las fortalezas fronterizas que aquí en los salones. Los hombres armados del Páramo más allá de Vjestagoy, o los paladines que lucharon en los Montes de la Desdicha cerca de Portondehierro, no entenderán una guerra en el corazón de la misma Misinia. Nuestros votos de valentía y honor nos obligan a luchar siempre, expandiendo nuestras plegarias en los páramos helados del norte, protegiendo a los nuevos colonos fronterizos. ¿Qué función tiene luchar contra Bremmaner? Raben no lo aprobará. Y nosotros tampoco.

—¿Qué páramos del norte? ¿Qué enemigos? ¿Qué colonos? Cada vez hay menos K'ari que acechen las fronteras, ya no hay invasiones de tribus oscuras. Los colonos prefieren marchar a Oriente, o al sur, en lugar de vivir en tierra helada y sin vida. Esta decisión se escapa de tus manos, Earric. No hay otra salida. La guerra ya está decidida.

—Entonces, ¿qué sentido tiene reunimos si no es para tratar la doctrina? Son tiempos de cambio. Nuevas fuerzas crecen en la Orden de Vanaiar y ahora es el momento de emprender un nuevo camino. Escúchame como amigo, no como inquisidor.

—Te escucho como clérigo de Vanaiar —dijo Anair de forma cortante—. Pero eres tú quién debe entender que no es el futuro de la guerra lo que se decide, sino la supervivencia de la misma Orden.

—Eso suena amenazante y apocalíptico.

—Es una amenaza —afirmó Anair, bajó la nariz y sus ojos refulgieron en la oscuridad de su rostro—. El reino, por descabellado que te parezca, exigirá la participación de la Orden en la guerra contra Bremmaner como gesto de lealtad y sometimiento. Ese es el nuevo ciclo que se acerca.

—¡Eso es imposible! —alzó la voz el paladín—. Dios no se somete al rey. La Orden es la salvaguarda del Norte. Nosotros protegemos las fronteras de los K'ari por la gloria de Dios. Somos la luz de Oriente. ¿Acaso vamos a convertirnos en mercenarios a sueldo de reyes y señores?

—Como inquisidor y líder de los Puros de Vanaiar, solo puedo acogerme a Dios en estos momentos y someterme a sus designios. Mi voto de lealtad, al igual que a tí, me obliga a acatar la palabra del consejo y en especial la de mi Gran Maestre Ojvind.

—Ojvind el Cortés —dijo despectivamente Earric—. Ojvind el Impuro.



—No deberías decir eso en voz alta —dijo irónico Anair—, algún inquisidor podría escucharte.

—No se debería permitir ser Gran Maestro a un hombre cuya joroba es superior a la mitad de su cuerpo.

—Basta de bromas —escupió el monje inquisidor—. Sabes lo que opino al respecto.

—Tu lealtad está más que demostrada. Si se ganó el mote de Ojvind el Cortés, es por su manía de inclinarse bajo esa grandilocuente chepa. Es algo innegable. Nada que ver con el voto de lealtad.

—Todos los caballeros sois iguales —dijo Anair, haciendo caso omiso a las palabras de Earric sobre el Gran Maestro—. Sois leves con el dogma. Descuidados con los ritos. Irrespetuosos con la jerarquía. ¿Cuál es el fin de tu camino Paladín de la Aurora?

—La gloria de Dios y la felicidad de los hombres, siempre —respondió el paladín, pero Anair se encontraba ausente, lleno de pensamientos y desasosiego.

Anair Banaan se acercó a la balconada y oteó el horizonte sobre las murallas de la ciudad, pero su visión no pasó del campamento instalado en las afueras. Desde la capital, Dávingrenn, habían llegado tres Tékmatas misinios, la mejor infantería norteña, de cuatro mil hombres cada uno. Una veintena de caballeros libres con un centenar de espadas por lanza. Y los señores sureños de la Vieja Misinia habían enviado algo más de tres mil arqueros y espadachines. Pero el orgullo de la Casa real misinia se acercaba al galope por el camino del sur. Sin poder distinguirlos todavía, sentía el rumor de los cascos golpeando el suelo, murmullo de la destrucción que se avecinaba. Llegaba el Otko, el cuerpo a caballería del rey Levvo comandado por Brakenholm. Dos mil lanzas montadas reunidas en los páramos de la Nueva Misinia y apoyadas por doscientos arqueros a caballo capaces de inundar cualquier enemigo con una lluvia mortal de dardos antes de verse desbordados por la carga de caballería.

Ambos contemplaron la escena en silencio.

—No se puede negar que es impresionante —meditaba Earric—. Ha reunido veinte mil hombres en solo unas semanas. Ciertamente esta guerra ya está en marcha. La guerra del rey Abbathorn Levvo.

—Pero no es suficiente —murmuró Anair el Inquisidor mientras miraba sus manos duras de monje guerrero—. No contra el Ducado de Bremmaner. Nos necesita a nosotros.

—Y a nuestro Dios —añadió Earric.



CAPÍTULO III



Ávingrenn, la ciudad del millar de cúpulas, era, por derecho propio, la capital de Misinia. Desde una zona elevada junto a la unión del Misvainnn y el Kunai, dominaba el acceso fluvial al norte y toda la verde extensión de colinas que se abría como un abanico a sus pies. Sobre las murallas del color de la arena se alzaba, barrio tras barrio, como un grandioso bosque de piedra que culminaba en el palacio real, ahora llamado el Lévvokan, en honor a la Casa que construyó la más grande de las cúpulas esmeralda de la ciudad. Fue durante el reinado del último monarca de la sangre de Drojn, anterior a la era de la sucesión de las Casas, cuando cada señor construyó una torre para demostrar su riqueza. Los vasallos imitaron a los señores, el pueblo a la aristocracia, y cada torre, cada casa, se cubrió con una cúpula de brillante piedra verde sacada del Mar de Mis. De tal forma que cientos de años después, al sol poniente de otoño, el cielo sobre Dávingrenn era verde como la tierra que gobernaba.

En la sala de mapas del Lévvokan se guardaba un tenso silencio. El joven invitado esperaba al otro lado de la mesa con la atención puesta en cada paso o gesto del rey. Apresaba el labio inferior entre los dientes, quizá para ocultar que le temblaba un poco, y sus manos, entrelazadas a la espalda, se veían sudorosas. El consejero lo observó desde un lado, clavando en él sus viperinos ojos, estudiando su temor, evaluando las reacciones de Lonenfach Kolmm ante el ambicioso plan de los Levvo. Desde el amplio ventanal que rodeaba la estancia se podía ver el horizonte de Misinia. Y en torno a esa línea difusa, confundida con el cielo brumoso, había preguntado el rey Abbathorn Levvo III.

—¿Cuáles son los límites de Misinia, mi querido y joven, aliado? —interrogó el rey, pero las palabras se diluyeron como arena en un estanque.

El rey había dado la espalda a su invitado y a Rághalak, el consejero, y caminado hasta la ventana. Después de un largo silencio recorrió los muros de la bóveda y sus enormes murales de mapas y cartografías, terrestres y marinas, de todo Oriente.



Pasó frente a las líneas de la costa este de Ithiil, donde los hombres cabalgan en lanudos kiba que escalan las paredes rocosas de los Montes de Hueso. Ignoró, perdido en la respuesta a su propia pregunta, la visión del mar dulce de And ag Min y los desiertos que lo rodean, así como el fastuoso bosque de Oag y la ciudad secreta de Rendelín. Aunque hubo un mapa en el que sí se detuvo. Seis varas de longitud y cuatro de altura representaban el Imperio de Serende, la vieja civilización del mundo, los primeros hombres del sur.

—El Imperio —murmuró deslizando los dedos entre la corta barba—. Qué odiosos parientes lejanos.

—¿Es esa la respuesta a su pregunta, majestad? —preguntó el joven Lonenfach Kolmm, pero su voz se quebró, quizás por haber permanecido tanto rato callado o por el temor que parecía producirle el severo semblante del rey.

El rey Abbathorn dio media vuelta, como si se sorprendiese al escuchar aquella voz. Arqueó una ceja e intercambió una mirada incrédula con su siniestro consejero.

—Lonenfach —dijo, sonriendo apenas—. Mi pregunta no tiene respuesta. Por lo menos respuesta fácil.

El consejero del rey, Rághalak, inclinó la cabeza y su calva manchada relució con un brillo aceitoso. Vestía una larga túnica morada de mangas anchas con ribetes bordados en hilo de oro y esmeralda. Frente al enjuto pecho alzaba sus huesudas manos, tocando, apenas un poco, las uñas unas contra otras. Tenía un aspecto sibilino y venenoso. De pequeño tamaño, sus pupilas rasgadas color mostaza refulgían en el interior de la profundidad de sus ojos. La piel pálida, blanda y descolgada y cubierta de manchas, del mismo color que unos finos labios que, como un telón de carne, en ocasiones se levantaban y permitían ver unos dientes limados en forma de sierra.

—Sabía que a su majestad le gustan los acertijos y demás juegos de astucia. —Se inclinó levemente el joven y sonrió con sinceridad.

El rey contempló con aires condescendientes al joven Lonenfach. Lo vio como lo que era, un gigantón del norte embutido en un traje de corte con los colores de su Casa. Vestía de púrpura y negro con ribetes dorados en las hombreras y los botones de su casaca eran rubíes engarzados en oro rojo. «Un lujo para los señores de Korj», pensó el consejero desde su lugar. Sobre el pecho, bordado finamente, el lobo símbolo de la Casa de Kolmm. El rostro de Lonenfach era redondo bajo el pelo cobrizo, con algunas pecas en los pómulos y gruesas patillas que ocultaban las orejas. Rághalak conocía la arruga en los labios del rey y sabía que no veía en él más que un torpe joven. Un guerrero norteño al fin y al cabo.



—¿Crees que puedes servirme bien, Lonenfach? —preguntó el rey.

—Tan bien como serviría a mi propio padre, majestad —respondió con una nueva reverencia.

—Me pregunto si eso será suficiente —añadió el monarca mientras escrutaba su rostro.

—La Casa de Kolmm siempre ha sido fiel, mi señor. La lealtad de Korj es vuestra.

—Tu padre es un gran amigo y siervo. Nuestros antepasados lucharon juntos en los Montes de Brönt y en la Nueva Misinia. Pero hace muchos años de eso.

—Las armas acompañan a la lealtad, majestad.

—No dudo de la habilidad de tu espada, mi joven señor —dijo el rey—. Ni del número de caballeros de vuestra Casa que lucharían a mi lado en el asunto que nos incumbe. Si más bien mis elucubraciones se dirigían más allá de las fronteras que podemos ver en cualquiera de estos mapas tan antiguos como el mundo.

—Su majestad tiene grandes planes para Misinia.

—Los grandes planes pueden pasar a la historia como ínfulas de reyes locos. ¿Crees tú que yo estoy loco; perturbado?

—Jamás diría eso, majestad —respondió el escandalizado Lonenfach y, tras él, Rághalak sonrió de forma apenas perceptible.

—Mi abuelo combatió a los Dachalan en los Montes de Brönt. Conquistó los páramos al oeste de Vjestagoy y aseguró la expansión de los colonos. Llamó a toda aquella vasta y agreste tierra la Nueva Misinia y construyó fuertes y atalayas para protegerla de los K'ari y sus incursiones. Creó el Otko, su fiel caballería, para luchar en cualquier lugar del oeste, capaces de recorrer grandes distancias en poco tiempo. Un cuerpo rápido y bien formado. La envidia de cualquier otra Casa del norte. Mi abuelo era un guerrero de la antigüedad. Como lo fueron sus antepasados. —El rey recorrió con sus dedos el gran plano sobre la mesa. Desde el Océano de Cristal, entre los cuernos que cerraban el Mar de Mis, hasta la ciudad donde se encontraban—. Su hijo, mi padre, estableció un sistema de comercio que enriqueció la corona y a sus habitantes. Terminó la construcción del palacio en el que ahora nos encontramos y, por su amor a los caballos, levantó un estadio donde, desde hace veinte años, se celebran competiciones entre los mejores jinetes de Oriente. Pero no era solo un grandioso gobernante. Aplastó con autoridad la Rebelión de los pescadores de Oddland y siempre, siempre, plantó cara a la Orden de Vanaiar y sus aspiraciones sobre la corona; aunque a pesar de todo luchó con los monjes en Trohenggeim durante la Guerra del Clan de los Despellejadores. Fue un magnífico soberano.

El rey Abbathorn se separó cabizbajo de la mesa y volvió al mirador y a la frontera brumosa del Este.

—Vuestra familia está colmada de honores, majestad.

De nuevo, el rey lo miró sorprendido al escuchar su voz.

—¿Honores? —preguntó irónico—. Yo heredé de mi padre un reino en paz. Tengo cincuenta y dos años. Y dejaré un reino en paz. —Abbathorn alzó una mano de dedos gruesos y fuertes y las mangas de su manto se deslizaron hasta los codos. Era un hombre sólido y rocoso, de mirada vítrea y mentón cuadrado. Las pobladas cejas negras, como una eterna arruga sobre sus ojos verdes, le daban un aspecto felino y hambriento.

—Habéis sido un gobernante justo. —El joven norteño carraspeó un poco y se corrigió—. Sois un gobernante justo, majestad.

—Sí, lo soy, lo soy. Soy el mejor rey que podía esperar Misinia. ¿Verdad?

—Cierto, mi señor.

—Siempre he sido demasiado indulgente. Y eso ha fortalecido a los enemigos de la corona. Si hay algún culpable, soy yo.

—Ser compasivo es una virtud, majestad. —Cabeceó el joven Kolmm.

—Yo no quiero ser compasivo, Lonenfach. Lo soy. —Chasqueó los labios y recibió una mirada aprobadora de Rághalak—. Lo fui por obligación. He consentido los desplantes orgullosos de monjes, de señores vasallos, de reinos vecinos. ¿Qué crees que define a un rey?

—El honor, el porte, el carácter y la compasión —respondió rápidamente el joven.

—Tu padre te ha criado bien. —El rey sonrió—. El mío me educó para que fuera el más grande rey de la historia misinia y yo he cultivado esas virtudes durante cuarenta años. —Cerró el puño con fuerza hasta que los dedos blanquearon por la presión—. Cuarenta años para pasar a la historia como una figura de piedra en un mausoleo. Para dejar mi apellido a mis hijos y alguna canción ficticia junto al fuego. No es, ni por asomo, lo que cualquier joven príncipe desea cuando le enseñan las cuatro virtudes. Años de paz que han envalentonado al Duque de Bremmaner en su rebeldía. Años de paz que han llenado de gloria a esos santones belicosos de la Orden de Vanaiar, acumulando riquezas en el Norte mientras el reino se convierte en un animal viejo y carente de poder. Años de paz para que las Casas aukanas crean que pueden estar a la altura de la madre Misinia que les dio su cultura, su civilización. Las cuatro virtudes hacen débil al monarca y con él, al reino. Tendremos que escribir nuevas historias a semejanza de las viejas.

—La Casa de Kolmm está lista para pasar a la historia, majestad.

—No hay lugar para la arrogancia de Bremmaner en la nueva Misinia. No hay lugar para dioses antiguos y cultos supersticiosos. —El rey atravesó la estancia de vuelta



a la mesa—. Partirás de inmediato al Norte con las nuevas órdenes para tu padre. Los asuntos que hemos tratado se mantendrán en el más absoluto de los secretos. Nadie debe saber de nuestro plan. El futuro y la gloria están en nuestras manos.

—Podéis confiar en vuestros siervos, majestad —dijo Lonenfach Kolmm y se cuadró al más puro estilo militar.

El rey dirigió al joven una mirada dura y asintió complacido. En ese instante la doble puerta de la estancia retumbó por los golpes y Rághalak dio un paso al frente.

—Es vuestro hijo, majestad —anunció pausadamente.

Abbathorn asintió sin abandonar el duro semblante y salió de tras la mesa de mapas. El consejero dio una sonora palmada y dos guardias abrieron la puerta antes de colocarse a los lados, con la nariz apuntando al techo y la alabarda frente al pecho. El primogénito del rey y heredero, Browen Levvo, acompañado por su guardaespaldas Gavein de Yuel, atravesaron la sala a grandes pasos, hasta la mesa de mapas, e hincaron la rodilla en tierra ante el rey.

Browen tenía la misma edad que Lonenfach Kolmm, pero por sus ojos brillantes y los labios estrechos y prietos, parecía mucho más adulto que el rosado norteño. Vestía un peto metálico con la corona de cinco puntas sobre el pecho, y bajo él, una cota de mallas que le cubría hasta las botas de monta. Con el brazo rodeaba el yelmo de penacho esmeralda, en forma de ave monstruosa con un puntiagudo pico por babera y ojos alargados por visor. Se había recortado el pelo, oscuro como sus ojos, de forma que algunas de las cicatrices de combates y entrenamientos asomaban a la luz.

—Mi rey —dijo sin levantar la mirada—. Todo está listo, padre.

—No hay guerrero más fiel en todo el norte que tú, hijo mío. —Sonrió de forma ávida—. Serás el instrumento de mi furia con el que alcanzaré la gloria eterna.

—Solo aspiro a servirte —respondió Browen sin apenas despegar los labios, con la mirada hacia el suelo.

—Levántate —ordenó Abbathorn, alzando las palmas de las manos—. Mi querido hijo, ha llegado la hora que tanto habíamos esperado. Partirás esta noche con tus caballeros y la oscuridad os cubrirá de ojos extraños y oídos enemigos. Gavein —añadió, mirando al fortachón a su espalda—, sé que tu espada no caerá antes que la de mi hijo.

Gavein alzó el eterno gesto de enfado que cubría su rostro. De piel morena y cuarteada por el sol, el pelo le crecía como un arbusto desértico del color de la ceniza, y se descolgaba mediante unas frondosas patillas por su fuerte mandíbula. Sobre la tostada piel destacaban sus ojos de hielo y dos gruesos aros de oro pendientes



de las orejas. Mercenario de profesión, fue puesto al cargo de Browen en la Nueva Misinia. Lucharon juntos contra los hombres bestia cuando era tan solo un adolescente. Nadie sabía qué extraño pacto unía al mercenario y el príncipe, pero desde entonces había sido su guardaespaldas, guiado por una obediencia ciega, lealtad y disimulada admiración.

—Podéis dar por seguro que mi sangre se derramará por él, majestad —dijo con una voz cavernosa y profunda.

—Está todo dicho. Aquello tan largamente esperado ha llegado a su cenit. Ahora, marchad.

Browen, Gavein y Lonenfach Kolmm inclinaron el gesto ante el rey y abandonaron la estancia, cada uno dispuesto a enfrentarse a la misión encomendada.

Abbathorn les dio la espalda y volvió frente a uno de los murales que representaba los reinos del norte. A la izquierda la Vieja Misinia. A la derecha los Campos Aukos, conocidos como Aukana desde que tras una larga guerra de secesión formaron su propio reino. A pesar de ser algo que había ocurrido cientos de años atrás, la mayoría de misinios consideraban a sus vecinos aukanos como renegados y criminales pues, según la historia, descendían de las Casas que siguieron a los Hornavan al exilio. Mil años antes de que Abbathorn Levvo III llegara a convertirse en rey, las Casas de Misinia luchaban por su ascenso al trono. La más pobre de las Casas, los Hornavan de Uddla, formada por señores menores de las tierras del sur, fue traicionada por todas las otras Casas, sus líderes asesinados, y sus pueblos arrasados. Los asesinos del caudillo Hornavan, la Casa de Skol, recibió en pago la ciudad de Uddla.

La huida hacia el este de los siervos Hornavan les hizo descubrir un nuevo lugar en el que formar su propio reino. Los Campos Aukos era una extensa zona verde de prados y manantiales. Una llanura rica y próspera que se extendía desde el sol naciente. Pero fue por pocos años. Una vez Misinia quedó unida bajo una dinastía decidió expandirse hacia Oriente y, por segunda vez en la historia, los parias de Aukana quedaron sometidos a los mandatos de reyes extranjeros. Hasta que la guerra de secesión puso a cada cual en su lugar y dejó marcados para siempre a los gobernantes de ambos pueblos.

—Consejero —dijo tajante Abbathorn, dando un manotazo al aire—. ¿Ya ha marchado el embajador aukano?

—Salió esta mañana con los documentos y el sello real, alteza. El compromiso con el rey Khymir XII de Aukana es firme. Según los reyes se han pronunciado, la princesa e hija única de Khymir será desposada con Browen y los reinos unidos mediante alianza, la prosperidad y el bien de todos, en una confederación del norte.



El rey se mantuvo en silencio mientras observaba la puesta de sol en la cercana desembocadura del Misvainnn. El agua verde del Mar de Mis, en la distancia, se cubría de niebla que reflejaba la mortecina luz del frío sol del norte. Más allá, cielo y agua se convertían en un desierto turquesa atravesado por los mástiles de cientos de naves que volvían a puerto escapando de la creciente noche.

—Eso suena magnífico. ¿No crees? —preguntó meditabundo.

—Suena grandioso, mi señor. —El consejero se colocó a su espalda, siseando a sus hombros—. Como vos predijisteis es una oferta que no podía rechazar. Ha sido muy inteligente tentar su codicia con las riquezas de Bremmaner y la supervivencia de su stirpe con un matrimonio político, majestad.

—La codicia es el mal común de todos los monarcas, ¿verdad, Rághalak?

—Es propio de hombres destinados a regir el futuro de los pueblos.

—Según nuestro acuerdo el condado de Bremmaner pasará a ser gobernado bajo caudillaje de Aukana y para asegurar el futuro de tan cordial presente, el matrimonio mantendrá abierto el comercio en el Kunai. Demasiado tiempo ha estado la encrucijada bajo control del Ducado, enriqueciéndose por el derecho de paso de mercaderes y caravanas con la plata de Akkajauré. De esta forma eliminaremos tan molesto parásito y nuestros pueblos florecerán al unísono. —Abbathorn sonrió—. ¿Opinas que yo hubiese creído semejante oferta tentado por la codicia y la vergüenza a morir sin heredero?

—Opino, mi señor, que la situación del rey Khyimir es sutilmente diferente. —El consejero se distrajo mirando el mural que representaba el norte—. Se encuentra en un país dividido. Su educación imperial no es del agrado de ninguna de sus Casas. Los señores del oeste se preguntan quién es ese extranjero de costumbres extrañas que los gobierna. Por otra parte, los Caudillos de Jinetes al otro lado del Adah Nah están acostumbrados a los guerreros aukanos, y de ninguna manera aceptarán a un hombre de corte supuestamente dominado por su mujer. Y no olvidemos que esta, venida de Gaenor, corazón del Imperio, está muy unida a los consejos de su hermano, Majal de Aylin.

—Khyimir, el rey extranjero, parece una presa herida y lista para el sacrificio —dijo Abbathorn.

—Observar el punto débil del oponente es cualidad de grandes estrategas, majestad. Aprovechar esa debilidad es propio de guerreros.

—En unos días obtendré el apoyo de la Orden de Vanaiar para atacar Bremmaner, cosa que sembrará la disensión y despertará viejos rencores en su seno. Quedará dividida y débil. Además, el ejército aukano atacará las posiciones de Bremmaner desde el Este. Será un final magnífico.



—Apropiado para un rey de vuestra talla.

—No pensé que Khymir accediera. Le tenía por un hombre respetuoso con la religión.

—Al contrario, majestad, es un hombre de ciencia y ley. Y recordemos que los dioses son reemplazables, majestad. —Abrió lentamente los dedos y sus afiladas uñas oscuras a la altura del rostro—. Especialmente para un hombre formado en la política. Debo decir que nuestro hombre ha realizado un gran trabajo.

—Cierto, mi querido consejero. —Sonrió el rey—. Ese es un mérito totalmente tuyo. Pero me da la impresión de que nuestro hombre no es tan nuestro como supones.

—Es ambicioso.

—Quizá debamos algún día ponerle en su lugar, consejero.

—He pensado en eso, majestad —asintió Rághalak—. No dejaremos cabos sueltos en el plan, ni lugar a la rebeldía en el nuevo imperio misinio.

—Tienes mi total confianza, mi fiel servidor. Nadie como tú conoce mis deseos y sueños.

—Gracias, majestad. Me halagáis. —Hizo una reverencia, inclinando todo el cuerpo y abriendo los brazos frente al rey, pero sin despegar sus inquietantes ojos mostaza de él.

—Puedes retirarte, ahora —le despidió el rey con un movimiento de los dedos, pero Rághalak se quedó inmóvil, con el rostro inclinado y los labios tirantes.

—¿Ocurre algo? —interrogó Abbathorn.

—Hay otro asunto del que quería hablaros, mi señor. Algo relacionado con mi posición como místico y no solo como consejero real.

—Sabes que no me gusta hablar de esos temas. Prefiero dejarlos a tu discreción —explicó el monarca con un gesto de desagrado. Caminó hasta el otro lado de la mesa, evitando el contacto con el hombrecillo, apartó unos documentos y comenzó a estudiar unos pequeños planos de la capital aukana, Kivala.

—Y así hago usualmente señor. Consciente de vuestra repulsa por lo arcano...

—¿Arcano? —lo interrumpió al volverse sobre él—. ¿Podrías definir las supercherías del populacho de otra manera que no sonase tan misterioso? Pareces un vulgar estafador del mercado.

—Permitid que me explique, majestad —se disculpó el anciano, bajando la mirada—. Desde hace décadas nos hemos dedicado a perseguir cualquier conducta esotérica con el fin de erradicar el mal de la magia. Descubrimos sociedades secretas como El filo en la noche, y ejecutamos a sus seguidores, que no fueron pocos. Autorizamos los Juicios de Fe que la Orden de Vanaiar se ha encargado de popularizar



a lo largo y ancho de todo el reino. Santones, brujas, curanderos, videntes y chamanes del tres al cuarto han desaparecido de nuestras ciudades gracias al firme propósito de la corona de civilizar el reino.

Rághalak caminó hasta el monarca para terminar su frase casi en un susurro a su espalda.

—¿Puedes ser más concreto? —Se enfureció Abbathorn—. Mi tiempo es preciado.

—Cierto, mi señor. La cuestión es que hemos encontrado un muchacho que es, cómo lo diría..., diferente, majestad.

Rághalak golpeó las uñas de sus manos en un tamborileo rítmico.

—¿Diferente? —El rey reunió sus cejas en un ángulo convexo—. ¿Qué significa diferente?

—Lo apresaron en Róndeinn. Su madre era una sanadora por la imposición de manos, y el muchacho la ayudaba en las curaciones. Es posible que sea un razaelita poco común.

—Pues entrégalo a los inquisidores de Vanaiar, ellos se encargarán.

—Hace dos semanas, en pleno centro de Róndeinn, un rayo azulado cayó del cielo y atravesó al muchacho. Era un día despejado y sin nubes, tenemos decenas de testigos, mi señor. No le ocurrió nada, ni un rasguño. Nada que pueda ser visto, majestad.

—¿Qué pretendes decirme, Rághalak?

—Creo que debéis verlo con vuestros propios ojos, mi señor. Está preso en los olvidaderos del castillo. —Sonrió el anciano mostrando sus dientes limados como una sierra de marfil húmedo y lo invitó a seguirlo.

Rághalak caminaba unos pasos por delante del rey Abbathorn y sus guardias de hierro. El consejero real era un hombre menudo, de piel casi transparente, uñas largas barnizadas en negro, de cabeza pequeña y redonda, con una generosa calva rodeada de largo e hirsuto pelo gris. Su siseante acento, unido a sus ojos viperinos y unos dientes limados como puntas de flecha, le daban un aspecto inquietante para el resto de cortesanos, aunque la posición de Rághalak estaba más que asegurada junto al rey. Nadie conocía exactamente la procedencia del consejero y místico, pero había entrado al servicio del rey hacía una docena de años, llegando a convertirse en su mano derecha y el más vehemente enemigo de magos y arcani en Misinia.

A medida que descendían niveles en el Lévkovan la piedra se volvía húmeda y gris, abandonando la calidez de los niveles altos. Cuanto más descendían, más



oscuras se veían las raíces de aquella casa. Bajaron a través del patio interior de la gran cúpula, rodeado por una escalera en espiral que descendía quince niveles hasta el patio de armas principal. Desde allí pasaron la bocana de entrada al recinto amurallado y, de nuevo, a un patio rodeado de edificios de ventanas estrechas y altas. Bajo ellos estaban los olvidaderos del rey.

Uno de los guardias reales tomó una antorcha y abrió el camino por unas escaleras estrechas y resbaladizas de peldaños de piedra pulida como el mármol. El rey resoplaba tras el consejero, carraspeaba y se cubría las narices con la manga. De vez en cuando, el eco de algún aullido le hacía volverse y desear estrangular a su consejero.

—Rághalak —dijo en un estrecho pasillo excavado en la roca bajo el Lévvokan—. Si esto no me sorprende, daré orden de que no vuelvas a subir y te consumas en este lugar para siempre.

—Mi señor, majestad. —Sonrió el místico, acariciando el borde de la capa real—, este es lugar de dolor a los traidores y enemigos. No sería justo que vuestro leal consejero compartiera celda con tal calaña.

—Pues te arrojaré desde lo alto de la cúpula.

—No os arrepentiréis de vuestra visita, mi señor.

Al torcer un recodo vieron a un hombre grueso, de rostro bobalicón y siniestro, que esperaba sentado en un cajón que se veía diminuto bajo su trasero. El consejero real le hizo un gesto con la mano y el carcelero se levantó con un ronco quejido. Unas llaves tintinearón en su cinto. Eligió una de ellas y, en un gañido oxidado, abrió la puerta frente a él. La luz era escasa y el interior de la celda se abría como una boca desdentada y maloliente. Rághalak tomó una antorcha y se acercó a la entrada con aires de satisfacción.

—Aquí está, majestad —dijo al iluminar la oscuridad.

El rey constreñía el rostro asqueado por el hedor. Se acercó lentamente, asomando tan solo medio cuerpo a la abertura de la puerta. Sus ojos se acostumbraron a la penumbra. Tras la puerta una rudimentaria escalera bajaba unas tres varas hasta el suelo. En un rincón una bacinilla se desbordaba de heces y orines sobre la paja húmeda. En el otro extremo vio a un chiquillo. Estaba acurrucado sobre las rodillas, ofreciendo sus costillas a la vista, como una escalera diminuta. El pelo negro, apelmazado por la suciedad le cubría el rostro. No se movió.

—Consejero —musitó el rey apartándose a un lado—. ¿Por qué quieres que vea esto? ¿Pretendes que me apiade de él y lo haga ejecutar ahora mismo? Quizá de esa manera puedas ocupar tú su sitio. —Se dio media vuelta, enojado.



—No, majestad, esperad a ver esto, todavía tengo algo que enseñaros. —Se volvió hacia el gordo carcelero y dijo con expresión de rabia—: Trae otro.

—¿Cuál? —preguntó el individuo de rostro bovino.

—El que sea, no importa —dijo, aunque al instante se corrigió—. ¡No! Que esté débil. No quiero que mate al chico.

El hombre gruñó y se alejó por el corredor. En la penumbra se escuchaba el tintinear de sus llaves. El quejido de una puerta y después el silencio. Golpes, algún grito ahogado y, de nuevo, reaparecía a la luz de la antorcha con un hombre desnudado y sucio, vestido con harapos, y el rostro sangrante por un golpe en la frente.

—¡Bien! —exclamó Rághalak—. Ahora, observad esto, majestad.

Y con un rápido movimiento tomó al prisionero por el pelo mientras en su mano diestra aparecía una daga pequeña pero gruesa. El rey se sobresaltó cuando el filo del arma se clavó en la nuez del hombre y la sangre, oscura, casi negra, salió a borbotones por la herida. Después lo arrojó al olvidadero.

El rey mascullaba maldiciones cuando el sonriente consejero lo agarró por el brazo, llevándolo hasta la abertura.

—Observad ahora, majestad —siseó Rághalak con aidez.

El prisionero herido se retorció en el suelo. La sangre había corrido por su pecho y empapado la paja, formando un lienzo de negrura brillante a su alrededor. El muchacho, recogido en su esquina, no se movió.

—¡Hazlo! —gritó Rághalak, contrariado.

El muchacho no se movió. El hombre se convulsionó cercano a la agonía de la muerte y quedó inconsciente mientras la sangre manaba irrefrenable de su herida.

—¡Hazlo! ¡O ya sabes lo que te pasará! —exclamó de forma amenazante.

El joven salió de repente y se acercó, como si de un animal se tratara, hasta el cuerpo moribundo que se desangraba. Extendió sus manos sobre él, en un movimiento extraño, como si no fueran de piel y hueso, sino agua que manaba de su cuerpo. Las manos del muchacho oprimieron el cuello y se alejaron estirando hilos invisibles hasta disolverlos en el aire sobre él. Entonces miró arriba, y el rey Abbathorn, boquiabierto, vio su rostro adolescente y afilado, de grandes ojos almendrados, casi sin iris. El chico saltó atrás y volvió a recogerse en la oscuridad. El prisionero dormía tranquilo. El cuello no sangraba, la herida de la frente estaba seca y cicatrizada.

—Es todo vuestro, majestad —susurró el consejero.

El rey salió de su asombro y miró a los otros hombres, pero estaba rodeado de un carcelero estúpido y dos guardias reales de rostros cubiertos por máscaras de hierro.



—¿Quieres que lo convierta en mi médico? —respondió irónico el rey.

—No, por favor, majestad. Es, sin lugar a dudas, un valor a vuestra casa.

—¿El qué —arrugó la nariz—, un razaelita, un sucio marcado? ¿Desde cuándo son bienvenidos a mi palacio?

—Lo sé, majestad. —Ladeó la mirada Rághalak—. Pero este es... especial.

—¿Qué tiene de especial?

—Pues para empezar sus ojos son extraños, sin apenas coloración en el iris, pero ve perfectamente...

—Tus ojos tampoco son normales, consejero —masculló el rey con rudeza.

—Sí —se inclinó Rághalak—, es cierto, mi señor.

—Pues entonces que lo entreguen a la Orden de Vanaiar y lo empalen en una de sus exhibiciones de Fe.

—Señor, mi amo —susurró Rághalak—. Como vuestro místico debo estar atento a las señales y...

—¿Qué dices? —lo interrumpió el rey—. ¿Pretendes que este andrajoso es una señal? ¿Una señal de qué?

—Bien, majestad —encogió los hombros el menudo anciano—, no estoy seguro de eso, pero quizá con el tiempo necesario pudiese estudiar la clase de, ¿cómo llamarlo?, habilidades de este razaelita. Y en qué pueden ser de interés a los propósitos del rey. Vivimos en un mundo muy complejo, mi señor. Nada es azaroso, ya que todo tiene una causa y produce un efecto. Además, no olvidemos el episodio del relámpago en Róndéinn, alteza. ¿Qué otra forma tomaría una señal?

—No has respondido a mi pregunta, viejo.

Rághalak dudó un instante y miró a la fétida oscuridad de la celda.

—Hay algo en mi intuición, aunque no sé qué, mi rey —dijo antes de bajar el avergonzado gesto.

El rey soltó una risilla nerviosa ante la humillación de su consejero.

—Que lo cuelguen de las murallas o ponlo a tú servicio, no me importa. Pero no me hagas bajar aquí nunca más o serás tú quién acabe colgado sobre un brasero.

Precedido por sus guardias de hierro, el rey Abbathorn dio media vuelta y dejó a su consejero con el carcelero grueso.

Rághalak apretó la mandíbula fuertemente y cerró los puños hasta sentir las uñas en su piel. Abajo, en el olvidadero, vio los blancos pies del adolescente.

—Abre la de ella —ordenó al carcelero.

Caminaron en la penumbra y descendieron otro nivel. El aire era denso y húmedo. La luz de un farol se veía débil rodeada por aquella atmósfera opresiva.



El carcelero abrió otra puerta, algo más pequeña que la otra, y Rághalak pasó a su interior. Al fondo, contra la pared de piedra, una mujer colgaba de unos grilletes cerrados a sus muñecas. Estaba desnuda, y su cuerpo bien formado lleno de cortes, sangre seca y suciedad. La cabeza, rapada de forma desigual, le caía sin fuerza sobre el pecho, y un hilillo de baba transparente se descolgaba desde el labio.

Rághalak colocó la antorcha en un soporte de metal en la pared y contempló a la mujer un momento. Su rostro había cambiado, ya no se veía anciano y ladino. Ahora parecía frío y cruel.

—Bien, mujer —dijo cortésmente y divagó al tiempo que devolvía la mirada a la exigua llama—. Todavía quedan algunas cosas que debo saber.





CAPÍTULO IV



El suelo estaba cubierto por un manto anaranjado y castaño. Desde las ramas desnudas caían hojas lentamente, llevadas por la suave brisa que corría entre las hayas. Había un gran silencio, roto de vez en cuando por las llamadas de algún flautista rojo que había anidado en las copas sobre su cabeza en busca de una hembra. El cielo formaba una techumbre compacta y gris con los poderosos brazos de los robles corriendo a su encuentro como grietas en el vacío. Guardó la respiración hasta que ya no sentía moverse su pecho. Escuchó el rumor de algún insecto bajo la corteza de la raíz seca tras la que se ocultaba y, desde su escondite, vio la presa aparecer.

Una ardilla gris descendió de un roble hasta quedarse a dos varas de altura. Después dio la vuelta a todo el árbol, observando a su alrededor. Volvió a subir rápidamente y ella pensó que lo hacía por disimular, para que descubriera su posición y así ganar el juego y salvar la vida. Pero ella era una buena jugadora y sabía esperar.

Esperó. La ardilla reapareció y esta vez, sin titubeos, saltó del tronco y se acercó a la nuez. Se detuvo cerca, pero no lo suficiente. Se levantó sobre las patas traseras. Olisqueaba y contraía el hocico. Kali veía en sus ojos negros y hambrientos el brillo del cebo. Sintió cómo un insecto en busca de calor trepaba por su espalda en dirección al cuello y se instalaba bajo uno de sus brazos. La ardilla continuó frente a la nuez mirando nerviosamente a los lados. Dio un paso, luego otro. De repente, se abalanzó de un salto. Agarró la nuez con las patas delanteras, dio la vuelta y se preparó a volver de un salto a la seguridad del roble. Pero el manto de hojas bajo ella había desaparecido. En un fugaz movimiento, Kali tiró de la cuerda y el saco voló hacia las alturas, levantando a su paso una lluvia dorada.

Kali se puso en pie de un brinco. Su capa estaba cubierta de barro, hojarasca y ramitas pequeñas. La capucha le cubría el sucio rostro y, aunque los ojos estaban ocultos, sonreía satisfecha. Había ganado el juego. La ardilla moriría y ella



continuaría viva un día más. Saltó las raíces y se acercó al saco que se balanceaba a la altura de su rostro. En el interior la ardilla chillaba de pánico, se retorció en la oscuridad de la tela e intentaba excavar una salida. Kali deshizo el nudo y se arrodilló con el saco frente a ella. Abrió el cierre un poco, lo suficiente como para que la ardilla viese la luz e intentase escapar. El animal corrió a la salida, pero ella lo atrapó por el cuello con las manos, dejando su cabeza fuera, entre sus dedos, y el resto del cuerpo en el interior del saco. Por fin sus miradas se encontraron.

La ardilla se agitaba nerviosa, parpadeaba y movía los bigotes a los lados, asustada y confundida. Kali miraba con sus afilados ojos casi sin iris al animal. La alegría por la captura la había abandonado y ahora sentía una gran pena. El animal se tranquilizó cuando ella pasó el dedo pulgar entre sus orejas. Kali sonrió, pero solo hasta que la tristeza volvió a ella con el silencio otoñal del bosque. Sintió el cosquilleo en los dedos y el vello de los brazos se le erizó, como poseída por un frío que la abrazaba. La ardilla moría, pero en un último arrebato de fuerza agónica, la mordió en la mano. Kali vio correr la sangre sobre la piel manchada de tierra negra mientras el roedor expiraba y quedaba muerto con los dientes hincados en su carne. Ella había ganado el juego, pero ahora ya no sentía ninguna alegría por ello. Cerró el saco con el animal muerto y caminó de vuelta al campamento.

Habían permanecido ocultos en el bosque desde lo ocurrido junto al olmo de la encrucijada. Su padre la llevó a empellones hasta casa sin decir una palabra. Cogió su petate de viaje, un par de mantas y algo de pan seco, huevos y manteca. Lilo, como Jared había dicho, se llevó las cabras a casa de su madre y prometió volver por las gallinas y cualquier cosa de valor que quisiese cargar a la mañana siguiente. Su padre le hizo prometer que no le diría nada a nadie, aunque, a pesar de ello, le dijo que caminarían dirección al norte, hacia Rajvik. Ella no dejó de sollozar hasta que él le gritó que parara y la empujó fuera de casa, por el camino a Porkala. Después dejó de llorar y ya no dijo una palabra.

Viajaron toda la noche sin descanso. Jared caminando delante, cabizbajo y con el rostro tenso y siniestro. Ella le siguió tan rápido como pudo, casi al trote. Y si se quedaba atrás, él gruñía, la cogía de la capa y llevaba a rastras unos pasos para lanzarla frente a él de un manotazo. Con el amanecer continuaron por un sendero que discurría a través de los bosques cercanos en dirección al sur, evitando la gente en los caminos y a sus perseguidores. Kali no sabía quién podía perseguirlos, pero su padre así se lo dijo, los perseguían por lo que ella había hecho y, si los atrapaban, los matarían a ambos.

Kali imaginaba lo que había hecho, aunque no cómo. Recordaba la caída de la tormenta como si de un sueño se tratase. Por la noche, cuando se recostaba sobre



su saco, envuelta en la capa, veía las imágenes golpeándola como la lluvia que cayó repentinamente aquella mañana. Como la luz invadiendo su cuerpo, y el calor; la oscuridad y el frío. Después de aquella luz los recuerdos se convertían en una cascada de sensaciones. Se veían sustituidos por el dolor de los golpes y las manos sobre su cuerpo, el miedo a los campesinos gritando, el sonido de los ladridos de Chacal, el sabor de la sangre en la boca. El ardiente tacto de la soga en el cuello y más golpes, Chacal retorciéndose al final de la cuerda, golpes, insultos, sangre y gritos. Y entonces llegó la luz y todo se detuvo.

En aquel momento del sueño siempre despertaba en la noche, con la humedad pegada al rostro y la oscuridad sobre ella, alrededor de la garganta, paralizando su respiración. «¿Qué fue lo que hice?», se preguntaba sentada a un lado mientras Jared dormía. Todo fue tan rápido. Aquella rabia. La explosión. El silencio y luego, como una ventisca de libertad, el hedor de la carne abrasada, la muerte. Kali no quería pensar en aquello. Apartó sus pensamientos y corrió con la presa hasta su padre. Ahora él la necesitaba. Huyeron por su culpa y, en su huida, él había enfermado.

Jared tenía fiebre desde hacía cuatro noches. Descansaron los dos primeros días cerca del camino, viajando por la noche y ocultándose de la luz del sol, pero después él comenzó a sentirse débil y buscaron un lugar más seguro. Cerca de un arroyo encontraron un refugio bajo unas piedras cubiertas de musgo y rodeadas de zarzas. Jared permaneció inmóvil dos días, atacado por la fiebre entre espasmos de frío y alucinaciones. Ella lo ayudó lo mejor que pudo. Mascando raíces de flor púrpura para él, manteniendo encendido un fuego, cazando pequeños animales y trayendo agua de un arroyo cercano. De vez en cuando, él pronunciaba el nombre de Lyana en sueños y el sudor afloraba en su frente en forma de alfileres de cristal atravesando su piel. Esa era su madre, ella lo sabía, aunque nunca le hubiesen hablado de ella. Jared se retorció de dolor. Después pronunciaba su nombre, Kali, y se hundía en un sueño profundo e inquieto.

Kali no necesitaba saber nada de su madre, estaba segura de que había sido una mujer extraordinaria. Sabía que habían huido del sur porque un día la hija mayor de los Fretl la llamó sucia serendi. Pero ella había nacido en Aukana y eso le ganó a Ada Fretl una pelea y a ella un castigo. Muchas noches, sin que su padre despertara, ella salía con Chacal y, observando el cielo estrellado, se imaginaba a su madre como una noble señora del Imperio de Serende. Podía ver su larga cabellera caoba y la piel tostada y morena de las manos sobre las suyas, deslizándose por su piel marmórea. Por alguna razón era todo lo opuesto a su madre. De pelo negro, piel pálida, delgada, sin apenas pecho, de rostro ovalado y labios finos y rosados. Por



mucho que dibujase mentalmente a su madre siempre volvía a sí misma. Enfrentada a su reflejo en el agua del arroyo solo veía sus extraños ojos, la antítesis de lo que desearía, la vergüenza y maldición de su padre. Y al final el reflejo se convertía, únicamente en grandes ojos sin iris, apenas una turbia franja gris alrededor de la oscuridad afilada del centro.

En sus escapadas en busca de una respuesta en las estrellas, Kali veía el cuerpo perfecto de su madre, sus pechos, el cuello largo y fino, las caderas al caminar. Pero no veía su rostro, ni escuchaba su voz. La veía llorando en la distancia, lejos de ella. Sentía la necesidad de ayudarla, de correr hasta ella, pero cuanto más se acercaba más lloraba su madre, hasta que finalmente, al alcanzarla por fin, Lyana, llorando y llorando, se había convertido en piedra. Ese era un sueño recurrente que la dejaba muda e incapaz de descansar por el resto de la noche.

Cuando llegó al campamento, su padre se había incorporado y estaba sentado a un lado. Había perdido peso y su rostro se veía cetrino y cansado. Respiraba pesadamente, entreabriendo los labios y recogiendo el pecho como un tronco reseco y muerto.

—¿Qué has traído? —preguntó al escuchar los pasos a su espalda.

—Una ardilla —respondió ella, dejando caer el saco junto al fuego.

—No es mucho —murmuró él.

—También encontré unos cuantos hongos comestibles.

—Eso está mejor. —Sintió frío y giró para colocar los pies cerca de la fogata—. Trae agua. Quiero lavarme. —Comenzó a desnudarse.

—No deberías moverte —dijo ella como una disculpa—. Todavía estás débil.

—Yo sé lo que tengo que hacer —la cortó él—. Nadie va a decirme si tengo fuerzas o no y menos tú. Trae agua y ayúdame a lavarme.

Ella lo obedeció. Llenó el odre de agua y regresó a la carrera. Jared se había quitado la camisa y ahora le caía sobre la cintura. Estaba más delgado de lo que Kali había pensado. Los huesos se marcaban en la espalda y hombros como espinas contra un pellejo grisáceo. Kali se arrodilló a su lado y comenzó a empapar un paño que previamente había untado en una pasta de alfalfa.

—¿Es ese mi odre? —preguntó Jared, mirando sobre el hombro.

Ella titubeó. Sintió los ojos de él sobre el odre, sin llegar a mirarla directamente.

—Sí —respondió.

—¿Dónde está mi leche fermentada? —preguntó. Y ella sintió, sin verlo, su rostro severo y sus dientes prietos.

—Tenía que traer agua para ti. Era lo único que tenía....



—¿Dónde está el tuyo?

Kali guardo silencio, cabizbaja.

—¿Lo dejaste en casa?

—No. Lo perdí ayer cuando salí a cazar.

Jared no dijo nada. Contrajo las rodillas contra el pecho y se enderezó.

—Frota con fuerza el ungüento en la espalda y bajo los brazos —le dijo, y a sus palabras las siguió un ataque de tos que le hizo contraerse por el dolor.

Ella pasó el paño por la espalda, después por el torso, y aclaró la pasta con agua fría.

—Hay una cosa importante contra la enfermedad —explicaba su padre mientras lo ayudaba a ponerse la camisa—. Mantente siempre limpia. Debes lavarte el cuerpo por lo menos una vez cada semana, y las manos antes de comer o irte a dormir. Mantén limpias también tus ropas y el lugar en que descanses. La podredumbre se adhiere al cuerpo cuando te rodea. Si estás sucia, morirás. No lo olvides nunca. Es algo que no aprenderás de estos bárbaros.

Kali asintió. Su padre colocó una mano en su hombro y la miró como nunca lo había hecho, directamente a los ojos. Y ella lo vio anciano, moribundo, porque a sus cuarenta años parecía un viejo. Después deslizó la mano hasta el cuello, entre el pelo, y en su mirada ella interpretó ternura, casi cariño. Kali entreabrió los labios, para decir algo que no sabía decir. Pero se equivocó.

Jared la golpeó en la cara con la otra mano y ella cayó aturdida a un lado.

—Eso es por perder tu odre. Nunca pierdas tu odre. Si mueres, nadie más que tú será culpable —escupió sin aliento—. Ahora voy a descansar. Despiértame cuando esté cocinada la ardilla. Esta noche nos pondremos en marcha.

Él solía pegarla. Pero normalmente era por culpa de ella. Cuando descuidaba el huerto, o cuando no hacía bien un nudo, o si olvidaba cosas como ponerse frente al aire al salir a cazar, o enterrar las vísceras de un animal muerto, entonces, se ganaba algún golpe. También cuando no se cubría el rostro frente a un extraño, o cuando llegaba caído el sol a la casa y, siempre, cuando bebía. Ella se había acostumbrado tanto a los palos como a las pesadillas, y lo aceptaba con la resignación de saber que nunca sería lo suficientemente buena para su padre, o para evitar sus castigos.

Hicieron tal y como él había dicho. Comieron la exigua carne de la ardilla poco a poco, casi con delicadeza. Como dos extraños, sin ni siquiera mirarse. Ella la había cocido lentamente con los hongos y algo de manteca y nueces. También con la última patata, arrugada y pocha, que les quedaba. Después de aquella cena lastimosa ya no tenían nada.



Tras la cena recogieron sus cosas en silencio, enterraron la fogata y ocultaron las huellas de los alrededores esparciendo la hojarasca con ramas de brezo. Jared no quería arriesgarse dejando rastros de su huida. Se lo repetía a Kali continuamente, sus perseguidores podían aparecer en cualquier momento, los hombres que venían tras ellos, los guardias del alguacil, fuese quien fuese. Estaban huyendo y no podían ser encontrados. Esa era la sensación que la perseguía como una sombra de sus sueños, ser culpable y escapar, siempre escapar y ocultarse.

El tiempo cambió cuando reanudaron el camino. La noche era luminosa y la luna, una sonrisa brillante en lo alto del oscuro orbe celeste. Era una noche fría, sin brisa que colase sus dedos helados por los agujeros de su capa y, al poco rato, Kali ya sentía el calor de la sangre corriendo por sus músculos. Avanzaron menos que de costumbre. Su padre se encontraba débil y caminaba lentamente, casi trastabillando en ocasiones. Lo hacía apoyado en su bastón y, aunque Kali se puso a su lado, rechazó toda ayuda de ella. «Que se caiga», pensó al tiempo que escupía a un lado del camino, «si cae se levantará otra vez; es demasiado orgulloso para detenerse a descansar».

Sin embargo, Jared tembló de frío cuando el sol despuntaba en el cielo y, al llegar a una fuente junto al camino, decidió tumbarse un rato. Envuelto en su capa no tardó en dormirse al murmullo del agua que brotaba de una grieta entre rocas cubiertas de moho verde. Kali investigó por los alrededores del camino. Crecían muchos arbustos que de ser verano hubiesen estado repletos de bayas y zarzamora, pero en esta época del año se retorcían resecos y menudos. También descubrió un nido en lo alto de un roble. No vio al macho por ninguna parte, así que estaba abandonado. Recogió algunas piedras y las lanzó contra el nido de todas formas. Tampoco encontró frutos secos, ni setas comestibles o algún hongo. Su mala suerte la puso de mal humor y, en el camino de vuelta, golpeaba con su bastón los helechos y los arbustos a su paso, haciendo saltar tras ella ramillas y hojas rotas. Hasta que se detuvo al ver al extraño.

Alguien había llegado a la fuente. Desde la sólida maleza, Kali veía una figura encapuchada, pero no podía verle a él. Una silueta esbelta cubierta por ropas vainilla y botas altas de piel, recortada sobre las primeras luces matutinas. Descansaba el peso en un largo cayado de madera, mientras que en el hombro opuesto cargaba una bolsa de lona de la que colgaban cacharros metálicos. Era un viajero. Debía de haber llegado durante su salida al bosque. Eso no le habría gustado a Jared. Escuchó voces, una conversación sobre el murmullo del agua. Su padre debía de estar sentado en el suelo, frente al extraño. Kali dudó si debía salir o mantenerse oculta. El caminante no parecía de la milicia y su aspecto no era peligroso, pero su



padre estaba indefenso en el suelo, y no podría defenderse de un ataque. Cogió con fuerza su bastón y de un brinco salió de la espesura que la rodeaba.

El encapuchado se sobresaltó por su aparición repentina y dio un paso atrás. Ella se arrodilló junto a su padre, pero Jared la apartó con una mirada severa.

—¿Dónde estabas? —preguntó en un reproche.

—Buscando algo que comer. No me he alejado mucho.

Él no respondió, solo mantuvo la rigidez de su gesto hasta que volvió la atención al visitante. Kali se puso en pie junto a Jared.

—Buenos días —dijo la mujer.

Tenía el rostro hermoso. Bajo la capucha de su capa dos mechones cobrizos, casi como el fuego, caían junto a sus ojos verdes. Tenía la piel manchada de pecas arremolinadas en los pómulos y una nariz pequeña y respingona. Kali no respondió a su saludo. La miró fijamente, intentando ser dura y grosera, pero frente a ella, frente a su figura cálida en aquella sombra, sintió una extraña curiosidad.

—Cúbrete —masculló Jared, y ella se cubrió con la capa y bajó la mirada, aunque todavía podía ver, en el borde de su capucha, a la mujer pelirroja y su sonrisa amable. Era la persona más bella que Kali había visto nunca. Si su madre hubiese sido nortea, seguro que habría sido como ella.

—Hola —dijo la mujer, sorprendida—. ¿Qué tenemos aquí? Y esta niña tan guapa, ¿de dónde ha salido?

Kali no respondió.

—Es mi hija —dijo Jared.

—Si quieren algunos víveres, creo que tengo un poco de embutido y queso en mi bolsa —ofreció la mujer al tiempo que descolgaba su zurrón del hombro.

Jared negó con la cabeza.

—No necesitamos nada, gracias —escupió, al tiempo que Kali se atropellaba y contradecía a su padre.

—¡Sí! —exclamó, pero se encogió al sentir su equivocación.

—No necesitamos nada —gruñó Jared con la mandíbula tensa y el ceño arrugado entre los ojos.

—Oh... —se disculpó ella y dirigió una mirada confundida a Kali—. No lo necesito. A mediodía llegaré a Porkala y compraré más suministros. Y, la verdad —sonrió—, no son de primera calidad.

—Ya le he dicho que no necesitamos nada. Vamos camino al norte. La granja de nuestros parientes está cerca.

—Tal vez algo de... —susurró Kali— queso. —Su voz se extinguió en un murmullo al tiempo que ocultaba la cabeza entre los hombros.



Jared suspiró pacientemente.

—¡Claro que sí! —exclamó la mujer viajera. Descargó la bolsa, se arrodilló frente a la niña, y buscó en su interior—. Creo que estaba por aquí. —Registró el zurrón y, finalmente, sacó un trozo de queso envuelto en un paño manchado de aceite. Después lo ofreció a Kali.

Ella dudó un instante, pero pensó que el mal ya estaba hecho y que de todas formas el queso tenía un gran aspecto. Lástima no tener pan. Alargó la mano y cogió el pedazo que la mujer le ofrecía pero al rozar su piel algo ocurrió. La extraña viajera dejó caer el paño y apartó la mano de repente.

—¡Vaya! —exclamó tras dar un respingo y acariciar la yema de sus dedos—. He sentido un calor. Qué extraño —dijo en un susurro y entrecerró los ojos de forma suspicaz.

Todos guardaron silencio. Jared bajó el rostro y adoptó una postura siniestra. Kali se quedó congelada, con la respiración entrecortada. Intentó decir algo pero no pudo. Se sintió culpable, y ese sentimiento la hizo temblar un momento. La mujer se puso en pie, sin abandonar el mohín suspicaz, al tiempo que intercambiaba miradas entre su mano y Kali, aunque, al instante carraspeó y mostró una amplia sonrisa.

—Bueno —continuó alegremente—. Volveré a mi camino. Todavía me queda un buen trecho y quiero llegar antes de mediodía. Que tengan un buen viaje a la granja de sus parientes. Y puedes quedarte el queso —dijo.

Metió la mano bajo la capucha de Kali, dejó correr los dedos entre el pelo y la acarició cariñosamente. Después salió a la claridad del camino, pero antes de desaparecer miró sobre el hombro, clavando la inmensidad verde de sus ojos en Kali. En su mirada había una intriga cálida. Como si hubiese visto algún secreto en lo más profundo de su silencio.

Kali pensó que su padre le daría un coscorrón por sus errores. Pero no fue así. De hecho, no dijo ni una palabra de la mujer, ni tampoco la llamó pordiosera por haber mendigado el trozo de queso. Y lo más importante, ni siquiera la reprendió por haberlo dejado solo junto al camino. Todo lo contrario. Sacó su cuchillo, cortó el queso en dos mitades y lo comieron en silencio. Después se puso en pie, se lavó el rostro en la fuente y comenzó a recoger sus cosas.

—Ya me encuentro mejor —anunció después de estirar la espalda—. El sol brilla con fuerza ahora. Caminaré mejor cuando entre en calor.

El camino discurría como una sierpe marcada por roderas entre campos verdes salpicados de arboledas compactas y solitarios avellanos. Pronto llegarían a Porkala. Según Jared le había explicado, allí encontrarían un transporte que les llevaría al



sur, dirección a Akkajauré. Era una ruta de comercio, y no sería difícil encontrar cobijo en alguna caravana o carromato de cebollas. En Porkala solo había campos de cebollas. Y de allí descender el Adah Nah hasta Kivala. Pero ese no era el fin. Kali sabía que aquella escapada no terminaría nunca, no mientras quedase mundo que recorrer y su padre se sintiese espoleado por aquella oscura tristeza que lo dominaba.

Estaba Kali dispersa en el recuerdo de la mujer pelirroja y su sonrisa, cuando sintió el suelo bajo sus pies y escuchó el rumor a lo lejos. Frente a ellos, bajo la loma cercana en la que desaparecía el camino, un redoble de cascos hizo aparición casi al mismo tiempo que los jinetes cabalgando hacia ellos. Eran media docena de hombres a galope tendido. Azuzaban a sus monturas y, tras ellos, dejaban una nube de polvo que se disolvía lentamente.

—Son soldados —murmuró Jared y buscó a los lados del camino un lugar para esconderse, pero los campos eran de hierba baja, sin un tronco o una piedra tras la que saltar—. A un lado —dijo y tiró de Kali unos pocos pasos hacia los campos.

Alejarse había sido una buena elección. Los jinetes pasaron a su altura sin disminuir la marcha, salpicándolos de guijarros disparados y briznas de hierba. Eran, efectivamente, soldados. Kali pudo ver sus armaduras de yelmos cónicos y los falzones amarillos que las cubrían. Todos iban armados con lanzas cortas a su espalda y espada al cinto, mientras que los escudos estaban sujetos a la grupa del caballo. Eran hombres de Aukana y desaparecieron tan rápido como llegaron. Antes de que Jared dijese nada, el tumulto se convirtió en murmullo, y el camino quedó en calma de nuevo. Continuaron en silencio y, aún no habían olvidado el sonido de los cascos en la lejanía, cuando otro grupo se acercó desde el horizonte. Esta vez más numeroso. Por lo menos eran cincuenta jinetes, idénticos a los anteriores, los que pasaron dirección al norte como si un espíritu vengativo los persiguiese. Jared masculló maldiciones, ocultó los ojos tras un millar de arrugas y escupió sobre las huellas de los jinetes. Sin decir una palabra, bajo la atenta mirada de Kali, agachó la cabeza y continuó su camino, como una brizna de hierba llevada por el viento a un destino desconocido.

Cuando llegaron a Porkala, casi con la caída del día, comprendieron su encuentro con tanto jinete apresurado. El pueblo estaba repleto de soldados aukanos que acampaban en sus alrededores, llenaban las calles, corrían de un lado a otro con animales vivos en jaulas, o se agolpaban a las puertas de burdeles frente a tabernas y cuchitriles. Todos vestidos con el amarillo de Aukana, como un mosaico moteado. Allá donde mirasen veían lanceros, arqueros, espadachines borrachos, carretas atrapadas en



fangosos charcos con su carga de barriles y jamones curados. El pueblo de Porkala estaba invadido por sus propias tropas.

No era un poblado grande. Como todo en el norte de Aukana, sobrevivía del pequeño comercio agrícola y el ganado de las granjas cercanas. En su tiempo, cuando las antiguas guerras y las hordas K'ari arrasaban las tierras del norte, Porkala estuvo fortificada, pero con el paso del tiempo la empalizada se convirtió en un montículo de tierra que rodeaba a la población, dejando como único recinto amurallado, la mota donde vivía el señor de la villa. Estaba atravesada por una gran avenida, ancha incluso para el paso de tres carretas, pero a los lados se había construido sin planificación alguna, rodeando el templo de Vanaiar y el casón del señor, y formando una maraña de callejones y corredores retorcidos. Las callejas pasaban bajo las casas y estas se comunicaban con pasos elevados, de forma que si no hubiese sido por los desperdicios y la suciedad acumulados en algunas esquinas, habría sido difícil asegurar qué era hogar y qué travesía.

Tanto discurrir de soldado armado y miliciano no le gustó a Jared.

—Cúbrete y no hables con extraños —le dijo a su hija—. Yo voy a buscar una forma segura de viajar al sur. Quizá encuentre algún comerciante en la taberna a estas horas. Espera aquí.

Caminó unos pasos dejándola tras un carro, al refugio de un callejón.

—Y no te metas en líos —la amenazó, dando media vuelta unos pasos más lejos.

—No me meteré en líos —masculló ella.

«Como si fuese lo único que sé hacer», pensó.

Kali esperó recostada contra el muro hasta que el aburrimiento pudo más que sus ganas de obedecer a Jared, lo cual ocurrió relativamente pronto. El barullo de la calle principal a su espalda, los gritos, las risas y las canciones, eran un tentador reclamo, e investigar un poco no podía ser tan malo. Salió de su escondite y caminó hasta quedarse frente al carro. La noche había caído sobre Porkala y los soldados encendían fogatas aquí y allá. Muchos de ellos caminaban cogidos unos a otros, cantando y levantando jarras desbordantes y tazones de peltre. Las mujeres en la puerta de los prostíbulos mostraban sus pechos desnudos, y reían a carcajadas las bromas de hombres borrachos que las zarandeaban de unos brazos a otros.

Kali se sentía minúscula. Y eso la atemorizaba un poco, pero también le divertía pasar inadvertida. Era mucho mejor que cazar en el bosque, y también más peligroso. Caminó unos pasos distraídamente, sin prisa, y siempre ocultos sus ojos bajo la capa. Entonces vio las manzanas.

Al otro lado, como un espejismo de luz entre el caos de la algarabía, un cajón de madera mostraba su carga verde y dorada. Kali las observó con



detenimiento mientras se acercaba. Eran gruesas y redondas manzanas del sur, picadas por puntitos negros, y algunas con un rabillo o una hoja colgante. Kali sintió su estómago retorcerse en un ronquido. «Esas deben de ser las mejores manzanas del mundo», pensó.

Unos pasos titubeantes, primero a izquierda, a derecha, después media vuelta, y su espalda se apoyó en el cajón. Kali sonrió. Era más fácil que en el bosque. Deslizó su mano bajo la capa y alcanzó la preciada fruta. Después la metió en su camisa y, de nuevo, deslizó la mano hasta las manzanas.

Debería haber cogido solo una.

—¿Qué estás haciendo con mis manzanas? —preguntaron tras ella.

Kali dio media vuelta y miró al soldado a la cara. Era alto y panzón, cubierto por el jubón amarillo y una cota de mallas que asomaba por los hombros hasta llegar al codo. Su rostro se contraía furioso, y los labios estaban amoratados bajo el poblado bigote.

No dijo nada. Dio un paso atrás y continuó con la mirada clavada en el enorme soldado. Pensó en la posibilidad de clavar la punta metálica de su bastón de viaje en la panza del hombre, pero abandonó esa idea al ver la cota de mallas. No era tan fuerte como para atravesar los anillos de metal. También podría clavarlo en el pie del hombre o en su cara y después huir en la confusión. Finalmente, mientras retrocedía ante la sombra del gigantón, decidió clavar el bastón en el pie del hombre y correr de vuelta al carro dando tanto rodeo como pudiese para despistar a posibles perseguidores. Pero, en el momento en que aferraba con fuerza su bastón, alguien la apresó por los hombros.

—¿Adónde ibas, raterilla? —preguntó otro soldado a su espalda.

—Estaba cogiendo manzanas —rugió el gigante.

—Bueno —asintió dándole la vuelta y colocándola frente a él—, tienes las manos largas, raterilla.

Era delgado, de ojos grandes y labios carnosos. A Kali le recordó un sapo de los que cazaba en la charca.

—¿Una manzana? —preguntó otro soldado que escuchaba la conversación.

—Mi manzana —lo corrigió el gigante.

—Veamos qué más tienes bajo esa capa —siseó el delgaducho cerca de ella; su aliento apestaba a vino y vómito.

Ella sintió cómo la mano del hombre pasaba de su cuello a su pecho, y cómo la apretaba con fuerza contra él. Olió el sudor y la mugre de su piel, el ardiente contacto de sus dedos callosos. Hasta que una fuerza irresistible la arrancó de su abrazo y se encontró bajo una capa suave, un olor afrutado, bajo un brazo protector, confundida por aquel cambio.



—Mi hija no ha robado nada —dijo la mujer—. Estás borracho y no podrías ver ni una montaña.

Los hombres se sorprendieron ante aquella aparición. La mujer pelirroja se veía serena y tranquila, apoyada en su cayado y ocultando tras ella a la chica. En su pelo se reflejaba el resplandor de las fogatas y sus ojos brillaban en una inquietante danza esmeralda.

—Yo estoy borracho —dijo el gigante.

—Y yo también, raterilla —rió el joven delgado.

—Pero sé lo que he visto —continuó enojado el soldado.

A su espalda se había formado un pequeño ruedo de curiosos, algunos sonrientes, algunos de miradas lascivas y húmedas.

—Pues pagará su deuda —dijo la mujer.

—Prefiero que la pagues tú. —Sonrió uno de los soldados.

—Eso es —asintió el grandullón y pasó la mano por la entrepierna—, tú pagarás su deuda.

—Yo prefiero a la raterilla —dijo el delgado de cara de sapo al tiempo que sacaba un cuchillo.

—Yo también —murmuraron tras él.

—Yo me quedo con la del pelo de fuego —sonó una voz rasgada.

—Ahí detrás hay un callejón —señaló uno de ellos—. Llévemolas allí.

Kali se apretó con fuerza contra la mujer pelirroja e intentó pensar fríamente un plan para escapar de allí. Los soldados aukanos avanzaban hacia ellas. Eran cinco, bien armados y mucho más fuertes que una chiquilla de monte. La única solución era la huida. Pero no podía dejar a la viajera sola con los soldados. Ella le había protegido a pesar de no haberse visto más que una vez. Se sintió temblorosa y llena de dudas, incapaz de salir corriendo y traicionarla. Así que levantó su vara y esperó que llegara el primero.

Sin embargo, la mujer no se movió. Tomó aire súbitamente, hinchando sus pulmones e irguiendo la espalda. Contuvo la respiración y entonces habló a los soldados, a todos ellos.

—Nos vamos —dijo, pero su voz era profunda y grave—. Ha sido un placer conocerles.

Los hombres se detuvieron. Se miraron unos a otros, confundidos.

—Hasta la vista, señoras —dijo el más grande, como si hubiese olvidado el incidente de las manzanas.

—Vayan con cuidado. —Sonrió el delgado y señaló los alrededores con el cuchillo.



Después volvieron a sus jarras de cerveza, pero, poco a poco, todavía aturridos y preguntándose qué era lo que les había hecho tanta gracia un momento antes de conocer a aquella mujer y su hija.

Kali regresó a empellones hasta el callejón donde Jared la había dejado oculta.

—No podía creer lo que veían mis ojos cuando te vi salir de aquí, pequeña —dijo a su espalda—. No deberías caminar entre soldados borrachos. Y menos robarles su comida —le aconsejó cuando alcanzaban la seguridad de las sombras.

—Tenía hambre —se disculpó Kali.

—Deberías ser más cuidadosa.

—Si no estás contenta, no haberte metido —le espetó ella—. No necesitaba ayuda.

—Chica —dijo sorprendida—, tú no sabes lo que iban a hacerte esos soldados.

En ese instante, Jared entró en el callejón y levantó su vara.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó amenazante, pero bajo el bastón al reconocer a la mujer pelirroja que habían encontrado en el camino a Porkala esa misma mañana.

—Ahora mismo le preguntaba eso a su hija, señor. —Sonrió ella.

Kali se puso tensa como una soga encerada al ver a su padre.

—¿Qué has hecho? —En sus ojos vio la rabia que ya conocía.

—No ha hecho nada. Nos encontramos ahí fuera y me dijo que no tenían un lugar donde pasar la noche. ¿Verdad... —la penetró con una mirada suave como un alfiler que la atravesaba sin dolor— Kali?

—Ya le dije que no necesitamos ayuda —la increpó bruscamente Jared.

—Y también me dijo que iban al norte y ahora están al sur. A mí eso no me importa. Pero se está preparando una guerra y no es seguro permanecer en las calles, y menos con una niña. Tengo una habitación en una posada cercana. Pueden dormir en el suelo y seguir su camino mañana.

Jared miró la avenida y vio a los hombres gritar, caballos agitados por los ladridos de los perros de batalla encerrados en sus jaulas, demostraciones de tiro con arco entre soldados borrachos. Él, en la taberna, solo pudo encontrar algo de aguardiente y un hombre que vendía remedios infalibles de cuerno de demonio traídos de Araknur.

—Me llamo Jared —dijo él aceptando su proposición—. Esta es mi hija, Kali. Jared y Kali, nada más.

—Y no soy una niña —le reprochó Kali, que pasó al lado de Jared.

Ella sonrió y volvió a cubrirse la cabeza con la capucha de la capa.

—Así pues, yo soy Trisha. Nada más.





CAPÍTULO V



a sala de reuniones del templo de Vanaiar, en Ilke, se había quedado pequeña, así que habilitaron el refectorio para la reunión del consejo. Los monjes habían desmontado las largas bancadas del comedor, dejando un gran espacio en el centro, frente a la tarima que sería presidida por el Gran Maestre Ojvind. A un lado, en el corredor elevado que un hermano utilizaba para leer textos sagrados mientras los demás comían en silencio, fueron colocados grandes siales de madera oscura y respaldos ornamentados para los caballeros y representantes del reino que vendrían a observar la reunión. En el centro, cubierto de terciopelo verde y blanco, los colores de la Casa real, un improvisado trono para la reina. Las paredes se conservaron desnudas. Las columnas de piedra porosa ascendían hasta la bóveda convertidas en brazos rocosos y, en su unión, formaban rostros sin rasgos que miraban con ojos dorados desde la alta negrura. Era la mirada de Dios entre la neblina del incienso que ardía en grandes braseros.

Anair caminó hasta el centro de la nave. Sus pasos resonaban a un lado y a otro del refectorio. Observó la tarima principal, cubierta de telas blancas, único punto luminoso de la sala. El resto quedaba oscuro y frío. Así debía de ser todo en la Orden de Vanaiar, un sendero plagado de trampas mortales, soledad y tristeza, aunque al final, siempre un rayo de luz solitario, el único. Esas eran las enseñanzas de Dios. Ver la luz y luchar por alcanzarla, a cualquier precio, pues ese era el sendero que Anair había recorrido desde que tuvo conciencia de su existencia, la encarnizada lucha por alcanzar a Dios.

Para un monje de Vanaiar no había nada más glorioso que morir en batalla luchando contra los enemigos de su fe. Para un inquisidor, no había nada peor que la cobardía, la traición y la mentira. Y ese era su papel en la orden. Descubrir a los cobardes, a los falsos de espíritu y entregarlos a los tribunales. También juzgaban herejes, brujos, magos y adoradores de antiguos dioses paganos, pero esos temas no eran de su incumbencia. Anair prefería destapar la máscara que muchos de los



nuevos acólitos utilizaban para cubrir sus conveniencias al ingresar en su amada Orden de Vanaiar. Y es que en tiempos de paz era difícil morir en batalla, y mucho más, encontrar ocupación a tanto monje guerrero.

Ese era el gran debate a celebrar por el consejo. En los últimos dos siglos, desde la batalla en los Montes de la Desdicha y el reinado de Adair el Ciego, la Orden de Vanaiar no había hecho más que perder. Las incursiones en el Hatur, la tierra muerta al norte de Trohenggeim, habían perdido su sentido, pues no había colonos dispuestos a establecerse tan cerca del frío polar, en páramos desérticos, y los enemigos de Dios pasaron de venir más allá de las montañas, a encontrarse en las mismas ciudades misinias y aukanas. La caza y persecución de brujas y adoradores de los antiguos dioses se habían vuelto contra la misma orden. El número de fieles decrecía con cada generación y el culto a Vanaiar se respetaba como una obligación anodina, el temor a un brazo armado con La Palabra verdadera. Puertas adentro, en los hogares, aquellos viejos cultos que seguían los ancianos regresaban del silencio y la persecución. Los pescadores de Mis rogaban por sus vidas a Ierú, los mercaderes dirigían sus plegarias a Hera, los hombres del campo creían en los espíritus del hogar, y todos recordaban a sus muertos al orar a Vedo durante la fiesta de fin de año. Vanaiar era un Dios guerrero sin enemigos con quien luchar.

Dependieron del reino y de su control de las fronteras del norte, convirtiéndose en la muralla y la luz que protegió Misinia. Sin embargo, eso había producido un tremendo cisma. Los monjes del norte necesitaban una guerra en la que luchar y demostrar así al monarca la necesidad de la orden. Entretanto, en el sur, desde Osjen a Kivala, la tendencia había sido opuesta, buscando la vida en lugar de la muerte. Y así aparecieron las primeras luchas teológicas, discrepancias morales, monasterios de monjes campesinos y paladines errantes. La división estaba sembrada en el campo de Dios.

—Hermano inquisidor —dijeron a su espalda—. Todo está preparado. El amanecer ha llegado.

Anair miró al joven acólito, no más que un niño, y pensó cuáles serían sus razones para estar allí. Probablemente era el segundo hijo de algún noble menor o un bastardo. A pesar de estar formado para la batalla nunca había entrado en combate, y así pasaría el resto de su vida. Engordando, convirtiéndose en un corrupto sacerdote y quizá llegando a prior de un monasterio en la capital.

—Bien —asintió con un deje de tristeza en la voz—. Que los hermanos entren y distribuidlos según se convino. Y, por cierto, sé que la reina retrasará su entrada tanto como pueda. En ningún caso debe hacerlo después del Gran



Maestre. Si el Gran Padre se levanta para recibir a la reina, te aseguro que acabarás tus días patrullando los páramos en busca de hombres bestia.

El joven tragó saliva, inclinó la cabeza, y salió de la sala apresuradamente.

Anair luchó la primera vez al servicio de Vanaiar cuando solo tenía quince años. Mató a su primer hombre ese mismo día. A pesar de los veinte años que habían pasado lo recordaba con claridad. Fue un montañés, heredero del Clan de los Despellejadores, al norte de Rajvik. Salieron en su búsqueda y los encontraron. Los monjes que lo habían adoptado cuando no era más que un huérfano abandonado, sus padres y hermanos, le congratularon en su primer baño de sangre. Fue un momento de felicidad celestial. Pero él, cuando llegó la noche, lloró en su celda al recordar al hombre muerto, los gemidos, y el olor a sangre y vísceras empapando su túnica. Después conoció a Earric. Y juntos mataron a muchos hombres; K'ari del Hatur, tribus oscuras, Dachalan. Pero esos eran pensamientos de juventud que no le reportaban más que un amargo sinsabor melancólico. Anair salió fuera y esperó la llegada del consejo.

Con la ayuda de los acólitos administradores, Anair había dispuesto a los seguidores y simpatizantes de las diferentes facciones separados. A derecha e izquierda de la tarima principal se sentarían los ancianos del Consejo de Justos, presidido por el deán de Ilke y el Consejo de la Ira, con el Alto Inquisidor a su cabeza. En el centro el Gran Maestre y, a sus lados, dispuso al maestre de armas, Ezra Gran Puño, y al Maestre de Fe, Raben, el Jansenita. Frente a estos, sus seguidores o simpatizantes, de forma que la sala quedaría dividida por un gran pasillo y las facciones serían más fáciles de controlar por la Guardia Sagrada y por su superior, Jakom el Devoto, Alto Inquisidor y líder del Consejo de la Ira. Al fondo se dispondrían los caballeros juramentados, los señores leales a Dios, y demás monjes no pertenecientes a ninguna familia o Casa.

El consejo comenzó, con gran boato y ceremonia, según lo previsto. Cada padre de armas se había presentado con un escaso grupo de hermanos de su congregación. Una por cada ciudad del norte y, las más modestas, representadas por algún monje venido de las lejanas fronteras de Aukana. Era una reunión pintoresca. La mayoría de los padres de armas, como Rókesby Tres Dedos, Lucero de Dromm, habían acudido vestidos de batalla, con sus armas a la espalda y las corazas sobre malla relucientes. Por otra parte, y frente a ellos, se encontraban los monjes del sur, con sus túnicas de lana gruesa de colores pálidos y el lazo mostaza a la cintura. Cuando la nave principal estaba repleta de hermanos, se permitió el paso a los nobles que acudían de observadores en el elevado palco. El señor de la ciudad, Brol Droemar, y el gigante belicoso Enro Kalaris, Señor de Ursa. También el hijo menor



de Acheron Rjuvel, Vérneil, venido de Dosorillas; un muchacho casi adolescente y barbilampiño con el aspecto frío y astuto de su Casa. Y como Anair había sospechado, la reina Anja, su hija menor Anja, y su tío Okral, Señor de Boldo, retrasaron su entrada en la sala. Finalmente las puertas se abrieron y entró el Gran Maestre Ojvind, XXIII Gran Maestre de la Orden de Vanaiar.

Era un hombre de rostro alargado, pómulos marcados y ojos profundos, cubierto por una mitra dorada y envuelto en un pesado manto ribeteado en oro y filigranas. Caminaba encorvado, bajo una joroba que su manto no ocultaba, apoyando a cada paso su peso en el cayado de Gran Maestre. Tras él, toda una camarilla de jóvenes monjes le abrió paso hasta su asiento. Era tradición que el Gran Maestre llevase al cinto a Vanaiar Tarhiri, la gran espada de Benair Jamem, el profeta, pero dada la imposibilidad de Ojvind, sus acólitos la llevaron tras él, depositándola con delicadeza a sus pies.

Se golpeó el escudo que anunciaba la plegaria de la batalla y todos se llevaron una mano al pecho y recitaron en voz alta.

Vanaiar, mi único Dios.

Dame tu fuerza en combate
para que aplaste a nuestros
enemigos.

Escucha mi plegaria, Señor.

Dame tu entereza para
perdonar, sabiduría para
enderezar al descarriado.

Escucha mi plegaria, Señor.

Es mi deseo, ¡oh! Señor,
morir rodeado de tus
enemigos, aplastar sus
ejércitos y destruir sus
ciudades, pues esa es tu
voluntad para con los impuros.

Escucha mi plegaria, Señor.



Se guardó un gran silencio en espera de las palabras del Gran Maestre y Padre. Respiró profundamente y escrutó ambos lados de la sala.

—Hoy, todos nos enfrentamos, con gran pesar, a una difícil decisión. En la sagrada palabra viene escrito: «No dejes que la duda derrote tu voluntad». Siguiendo los consejos del Altísimo, no seré yo quien me enfrasque en rodeos. Si estamos aquí es para decidir si la Orden de Vanaiar dará su apoyo al rey Abbathorn Levvo III y a su aliado el rey Khymir XII de Aukana, en el caso de que se produzca una guerra contra el Ducado rebelde de Bremmaner y su líder, el hereje, Rolf Lorean. —Un murmullo recorrió el fondo de la sala—. Mis sueños se han presentado inquietos en estas últimas noches, pues sé que no es del agrado de muchos de vosotros dirimir estos asuntos en consejo, tanto de una como de otra opinión. Hablad mis maestros y padres de armas.

Ezra Gran Puño, maestro de armas, pidió la palabra.

—Muchas oportunidades se le han dado a Bremmaner. Y no me refiero a sus rebeldías contra el reino de Misinia, ni a su control sobre el mercado del norte en el río Kunai. Estoy hablando de sus dioses paganos y su cultura herética. Los de Bremmaner han adorado a dioses antiguos desde hace siglos y han continuado cultivando esas tradiciones hasta el día de hoy. Incineran a sus muertos en ritos nocturnos. Se entregan a rituales sangrientos de los que hacen participar a sus hijas. Y no respetan el Canon de Adair. Hace años que Bremmaner no paga a la Orden por su protección. Son razones más que suficientes para arrasarse esa ciudad corrupta de una vez por todas. Es un tumor en el corazón del norte.

De su lado se levantaron alabanzas y aplausos de apoyo, seguidos de un murmullo y algunos abucheos. Ezra levantó el brazo en señal de victoria.

Raben, el Jansenita llamó a su joven lazarillo, un adolescente tímido y retraído que lo conducía en su ceguera. Se levantó lentamente y esperó que el silencio volviera al consejo.

—Debo decir —comenzó con una voz trémula que se afianzó poco a poco—, que me llena de congoja reunirnos en tan oscuro momento, y me gustaría aclarar algunas cosas a los hermanos más jóvenes. El Duque Lorean no ha sido declarado hereje por el Consejo de la Ira, ni tampoco lo fue su padre, al que conocí personalmente. Es algo que Jakom, el Alto Inquisidor, podrá corroborar. Y tampoco es extraño que adoren a otros dioses, pues toda Misinia lo hace, y no pasamos a cuchillo a las monjas del templo de Ierú, ni quemamos a los predicadores que caminan en las calles de esta misma ciudad. —Un trémulo susurro creció entre los monjes—. Es un placer sentirme hoy acompañado por su majestad, la reina Anja, y de sus distinguidos acompañantes —dijo levantando una huesuda mano hacia el palco—.



Muy en especial por Enro Kalaris, Señor de Ursa, y que, fiel a sus principios, se ha negado a pagar el Canon de Adair desde que heredó la ciudad de sus padres, al que también conocí en persona, muy a pesar de su amistad con nuestro amado maestro de armas. Así pues, y como me pareció entender tras las palabras de Ezra, ¿será perdonado el Ducado cuando pague el Canon de Adair y se someta a la corona?

El salón estalló en un estrépito. La reina se agitó inquieta en su trono y Enro Kalaris se puso en pie con el rostro enrojecido.

—¡Eso es una blasfemia! —Salió al frente Dedair Kolmm, líder de los Verdaderos Caballeros de Dios—. Ese no es el tema que nos incumbe hoy, su altísima. Es momento de demostrar valentía. No hay escritura en la que se alabe la ironía de los cobardes.

De nuevo, un tumulto clamoroso retumbó en el refectorio. Enro Kalaris golpeó con sus guantes la baranda de madera y se sentó airado.

—¡Disculpa! —Se abrió paso Earric de Bruswic—. Exijo una disculpa, caballero. Jamás este consejo había permitido un insulto al Maestro de la Fe.

El silencio rodeó al impulsivo Dedair. Se mordió el labio, bajó la mirada, e hincó ambas rodillas en el suelo, frente a Raben.


—No es necesaria tu defensa, mi bien amado Earric, Paladín de la Aurora —explicó Raben—. Ni tampoco tu disculpa, Dedair Kolmm. Eres impulsivo como tu padre, y siempre Vanaiar premió los corazones intrépidos y apasionados. Pero sí creo que deberíamos decir que no se juzga valentía o coraje en este consejo, sino la conveniencia con La Palabra Sagrada de esta guerra.

—¡Guerra! —gritó Ezra Gran Puño—. Esa es La Palabra de Vanaiar para los impuros.

—No tan rápido —dijo Whetlay del Río, padre de armas de Kivala, un clérigo con aspecto de caballero, de cabellera rubia y rostro hermoso y joven, armado con una coraza resplandeciente—. Los hermanos del Oriente han luchado durante años contra las tribus de más allá del Eitur. Han servido bien y han conquistado tierras que luego debían ser abandonadas de nuevo. ¿Deben ahora dejar sus fortalezas para atacar los desvaríos de un hereje amurallado?

—Los monjes del Kunai intentan construir comunidades que atraigan fieles. ¿Qué explicaremos cuando el agua del río baje ensangrentada y los cadáveres floten como troncos hasta el mar? —apuntó un anciano.

—Lucharé contra los enemigos de Dios a un lado o a otro de la montaña. ¡Dios no elije el campo de batalla, son los hombres los que pecan! —exclamó Rókesby Tres Dedos, y muchos brazos se levantaron en su apoyo. Él se sintió complacido y rió golpeando la espalda de uno de sus hombres. Rókesby era un cincuentón de



aspecto fiero, con una densa y canosa barba que ascendía hasta el parche que cubría su ojo izquierdo.

—Soy Tagge —habló un hombre descarnado, con la túnica raída y vieja.

Por fin Anair veía al monje que muchos consideraban un traidor en el norte. Seguidor de los preceptos de Raben, era una mancha en la ortodoxia norteña. Su aspecto no hablaba de su influencia. Enjuto, de frente prominente, barba castaña recortada y ojos profundos y tristes—. Muchos me conocéis como el Descalzo. Líder de los Clérigos de Mann. Estoy a cargo del poblado de Villas del Monje y como bien dicen nuestros hermanos del sur, nuestra labor es ardua. Ganamos almas para la causa de Dios, alimentamos sus cuerpos y su fe para la lucha a la que se enfrentan cada día. Sé que no soy del aprecio de muchos de vosotros y que mi decisión es esperada en este consejo, tanto como un presagio nefasto. —Un murmullo inquieto creció a medida que sus mejillas se descolgaban en un mohín de abatimiento—. Esta es una guerra injusta. Y debemos oponernos a ella.

—¡Esas son las palabras de un campesino, no de un sacerdote de Vanaiar! —exclamó Rókesby.

—Nuestras armas son el arado y la espada. No contradecimos La Palabra —replicó Tagge, el Descalzo.

—Eso es muy discutible —dijo, despectivamente, Dedair Kolmm.

—Enfrentemos tu calabacín y mi maza, campesino. —Sonrió el líder de Dromm.

A sus palabras siguió un agolpado y estruendoso galimatías de quejas y ofensas.

Durante los discursos y las réplicas, Anair no pronunció palabra. Tan solo observaba, pues esa era su misión como inquisidor, observar. Comprobar si, como le había sugerido a Jakom, Ezra mostraba alguna deferencia por Enro Kalaris, lo que haría sospechar de tratos de conveniencia con el padre de armas de Ursa. Jakom le ordenó que abandonase aquella idea, a pesar de que era un secreto a voces y a nadie extrañaba que los monjes guerreros de Ursa, además de realizar sus tareas religiosas y de protección, también colaborasen con los hombres de Kalaris en asuntos menos espirituales. Jakom, particularmente inquieto por aquella relación, accedió a su petición, aunque le hizo jurar que bajo ningún concepto, nadie, excepto él, su superior, debía saber que Anair investigaba a un padre de armas y maestro de la orden. Si se conociese su recelo hacia tan considerado personaje, una rebelión podría fraguarse en la orden y los inquisidores mismos caerían en gran peligro.

Por otra parte estaba Raben, el Jansenita, y su teología heterodoxa, mística y mesiánica. Ese había sido un problema para los inquisidores tiempo antes de que Anair llegase a su actual cargo, cuando todavía era acólito en un modesto monasterio



de Rajvik. Raben tenía un maestro, también seguidor de las enseñanzas de Jansen, se llamaba Togo y fue el último sacerdote encarcelado y ejecutado por el Consejo de la Ira. Tras su tormento y muerte, el cisma se hizo evidente y físico, como un gran terremoto que había abierto un abismo entre los hombres de Dios. Resultó ser un gran daño para la Orden de Vanaiar, en todos los ámbitos, pues allá dónde fuese La Palabra, la figura de Togo, el mártir, la acompañaba como una sombra de recelo y desconfianza. No más monjes condenados a muerte, fue la premisa del Alto Inquisidor, con la memoria puesta en el pasado, y eso mantenía vivo a Raben en su vejez.

Las filas de monjes y facciones ordenadas habían sido sustituidas por grupos y barullos donde se discutía y se amenazaba. Rostros enojados y tensos, gestos violentos, brazos en alto. Raben había vuelto a su asiento, y Ezra Gran Puño, pedía la guerra a voces. En lo alto del palco, la reina parecía satisfecha, y comentaba con Kalaris y su tío Okral algo que debía parecerle gracioso, pues los tres sonreían. Anair se recostó en su asiento y ocultó las manos en las mangas de la túnica.

—¡No hay peor ofensa a Dios que evitar la posibilidad de aplastar a los paganos!
—gritaron desde un lado.

—No nos someteremos a la palabra de un rey —dijo uno de los hombres de Tagge.

—Somos monjes y nos debemos a los fieles tanto como a Dios —afirmó un hombre del sur.

—Eso es una herejía. Los Clérigos de Mann seréis juzgados algún día —los amenazó Dedair Kolmm.

—¿Acaso eres tú quién dirige a la inquisición? —replicó Tagge, el Descalzo—. Quizá debiesen investigar la tórrida y oscura historia de tu familia, Señor de Korj.

—¡Ofensa! ¡Ofensa!

—¡Basta! ¡Silencio! ¡Basta! —gritó Thurstane Danner, deán de Ilke, desde la tarima—. El Gran Padre quiere hablaros.

El griterío se convirtió en un murmullo seguido por el eco de respiraciones agitadas por el despecho y el orgullo.

—Me entristece ver el enfrentamiento en esta sede —dijo, cabizbajo y sombrío el Gran Maestro—. No hay acercamiento entre los monjes y los paladines, ni entre norte y sur. Esta es una guerra polémica. Vosotros no entendéis los propósitos de Dios —dijo, dirigiéndose a Raben y los otros monjes—. Pretendéis crear el reino de La Palabra sin afianzar los cimientos de la casa de Dios. ¿Cómo podéis permitir el desafío de adoradores de lo extraño y no tomar las armas dispuestos a morir por Dios? Sois leves con los paganos y vuestras enseñanzas son ambiguas. Buscáis el



enfrentamiento con vuestra actitud y no ofrecéis ninguna solución que no sea la vuestra. Es una actitud deplorable en un monje que debería ser castigada. Aunque, por otra parte, vosotros tampoco estáis exentos de culpa —dijo a los padres de armas que acompañaban a Ezra—. Descuidáis los ritos y la tradición. Os preocupáis de la batalla, de cazar bestias y Dachalan en las montañas, pero no respetáis a vuestros hermanos en las abadías y los monasterios. Sin embargo, vuestras armas se ofrecen a los señores nobles y sus asuntos, cabalgáis con mercenarios y pecadores impuros, y los llamáis hermanos. Ofendéis los votos sagrados que pronunciasteis.

»Os ruego que atendáis las necesidades de esta casa y zanjéis disputas que ensucian vuestro espíritu —asintió, mirando a ambos lados—. Tras la derrota de Bremaner, la Orden de Vanaiar juzgará a los herejes y adoradores de ritos paganos. Esa es la promesa de la reina Anja en nombre de su esposo, el rey. Para mí es suficiente. ¿Es suficiente para mis maestros?

— Toda la gloria para Dios —dijo Ezra Gran Puño—. Moriremos matando.

Un cúmulo de miradas se centró en Raben, el Jansenita. Se encontraba sentado con las piernas abiertas y la cabeza recostada sobre la mano, en actitud contemplativa, aunque sus ojos gelatinosos no miraran a ningún lugar en concreto. Su asistente, Tasha, le tocó el hombro desde atrás, y él se incorporó para despertar de su ausente gesto.

—No me opongo a la voluntad de Dios —habló de forma pausada—, ni a su guerra. Y entendí, cuando era joven, de voz de mi maestro, que La Palabra de Dios era severa y cruel, pero también podía ser ciega, como yo lo soy ahora. En este sagrado templo de Ilke, no escucho La Palabra de Dios, sino la de los hombres. —Se detuvo y su voz sonó ronca y entrecortada—. Debo oponerme a la guerra.

Esta vez el clamor fue ensordecedor. El Gran Maestro Ojvind golpeaba el suelo entarimado con su bastón y pedía silencio, pero su súplica quedaba ahogada por los insultos y el griterío. Los Clérigos de Mann salieron en apoyo de Raben y también los monjes de pequeñas congregaciones. Enfrentados a los gritos de guerra y los cánticos de los que celebraban la decisión del Gran Maestro.

—Paso a conocimiento del Consejo de la Ira —se hizo escuchar el Gran Maestro—, de la desobediencia de Raben y Tagge. Que sean interrogados, juzgados y castigados como el tribunal de inquisidores crea justo.

—¡No! ¡Injusticia! —se escuchaba al fondo del comedor.

Jakom el Devoto se puso en pie acompañado por varios Penitentes, la guardia inquisidora, y rodearon a Raben y Tagge.

Las protestas en su contra crecieron como una ola desde la turba de iracundos monjes cuando intentaron prenderlos.



—¡Serán juzgados! —respondió Ojvind al griterío.

—¡No es justo! —decían los monjes.

—¡Un momento! ¡Alto! —Earric se abrió paso—. Gran Maestre, no creo que se dude del honor de estos hermanos, ni de que huyan frente a su juicio. Os ruego que no les prendáis prisioneros y permitid que permanezcan aquí en Ilke.

El Gran Maestre torció la boca en un gesto contrariado.

—Y ¿qué hay de ti, representante de los Caballeros de la Aurora? —preguntó de forma retadora.

—¿Me acusáis de ser traidor a La Palabra, mi señor? —Earric se llevó la mano al pecho.

—Quiero saber de qué lado cae el filo de vuestra espada.

—Los Paladines de la Aurora somos clérigos errantes —explicó—. A pesar de ser su representante no puedo asegurar que todos acepten la decisión de este consejo, con la ofensa que ello conlleva.

—Pues comunica a tus compañeros errantes las palabras del consejo y regresa a tu Gran Maestre. Si los Caballeros niegan su apoyo, tú serás juzgado y condenado.

—Servir es mi propósito, Altísimo. —Se inclinó Earric—. Comunicaré a mis hermanos esta decisión del Gran Maestre.

—No utilices palabras de doble filo, paladín —escupió el Gran Maestre Ojvind al tiempo que golpeaba los asideros de su trono.

—¿Mi señor? —Se encogió de hombros.

—Esta es una decisión del Consejo. Son Raben y Tagge los que han mostrado desacuerdo y, posteriormente, rebeldía. —El Gran Maestre mostró los dientes inferiores y el reluciente labio, descolgado en un gesto iracundo aunque exhausto.

—No pretendía ofenderos.

—Pues lo habéis hecho con esa dialéctica sutil y descuidada. —Tomó aire de forma entrecortada. La voz del Gran Maestre se rompía como madera reseca al abandonar su cavernoso pecho—. Vosotros los paladines os movéis en la ambigüedad de doctrina y hechos. Y no creo en la casualidad cuando digo que veo levedad en la fe y la mayoría de vosotros proviene de Aukana —dijo sutilmente.

—¡Los paladines aukanos somos rectos con La Palabra! —exclamó uno de los clérigos venido desde Kjonna.

—¡Nuestra labor es igual de valiosa a Dios! —exclamó un monje.

—¡Los aukanos y sus excusas! —gritaron desde donde se agolpaban los clérigos guerreros de Ezra Gran Puño.

—No hay hombre de Dios que pueda discutir mi fe inquebrantable. —Se adelantó Whetlay del Río y abrió su capa de color mostaza, mostrando la empuñadura de su



espada—. Y si alguno lo desea, lo retaré a muerte aquí mismo, bajo la justa mirada de Dios.

Todos guardaron silencio. Ezra contuvo a sus hombres y pasó la lengua por los labios. Whetlay levantó una ceja y dirigió una mirada afilada y cortante a todos los norteños que se ocultaban entre el rechinar de dientes y puños cerrados.

—¿Es que vamos a enfrentar los reinos como los reyes desean? —preguntó Whetlay a viva voz—. ¿Es que vamos a rendir nuestra fe al poder de los nobles? Creía que esta era la casa de Dios y nosotros sus defensores. No conté con los bolsillos de muchos.

Dirigió una insolente mirada a Ezra y este dio un paso hacia él. Por un momento pareció que ambos padres de armas fueran a resolver sus diferencias en aquel lugar y que nadie haría nada por impedirlo, hasta que Tagge se interpuso en su camino.

—Un momento. —Saltó entre ellos—. Yo no soy aukano, pero mis hermanos del Este son tan devotos como cualquier otro. No cabe en esta casa el juicio sobre ellos.

—¡Un Juicio de Fe! —exclamaron desde las sombras.

—No habría en esta sagrada orden mayor injusticia que condenar a los monjes por su procedencia dijo Earric dirigiéndose a la audiencia—. Somos clérigos y paladines. Seguimos La Palabra y rogamos a Dios cada día para que nos dé fuerzas. Pero mantenemos nuestros ritos, nos reunimos y respetamos a nuestros líderes tanto como al Gran Maestre.

—¡Hereje! —gritaron varios monjes guerreros. Y una pequeña trifulca creció entre los clérigos de Mann y algunos sacerdotes de Ursa.

—Quizá un tribunal debiese juzgar tan dudosa conducta —dijo el Gran Maestre Ojvind, entrecerrando los oscuros ojos.

—Quizá en ese caso debieseis apartar a un lado a la mitad de los monjes, como bien ha hecho hoy vuestro leal siervo, Jakom, así la sangre de los condenados no os salpicará. —Tras su réplica se formó una gran barahúnda.

Los monjes que seguían a Raben alzaron los brazos y gritaron en defensa de su doctrina mientras muchos los acusaban de herejía y traición. Los ancianos del Consejo de justos se agitaban en sus asientos, algunos entre el abatimiento y el pesar al ver a sus hermanos tan divididos y enfrentados, otros, indignados, clamaban a Jakom y su guardia de penitentes que impusiesen el orden en la reunión.

—¡Basta! —gritó Ojvind, poniéndose en pie—. ¿Es que no hay respeto en la casa de Dios? ¿Desde cuándo se duda de la doctrina y de los juicios del Gran Maestre? La Orden de Vanaiar acudirá a la batalla. Enviaremos un emisario al Duque Lorean para comunicarle la delicada situación en que se encuentra. Si no depone su actitud



herética y se entrega, un tribunal sagrado lo juzgará y sus posesiones y riquezas pasarán a formar parte del reino de Misinia, Aukana, y la Orden de Vanaiar. ¡Jakom!

Anair observó cómo el Gran Inquisidor avanzaba sobre la tarima, arrastrando su túnica de puños carmesí y se inclinaba junto al Gran Maestro, esperando recibir sus órdenes. El Gran Padre se cubrió los labios distraídamente con la punta de sus blanquecinos dedos mientras Jakom asentía desde la profundidad de su capucha. Frente a tal cantidad de inquisidores era prudente ocultar los gestos y señales que acompañaban a cada palabra. Anair arrugó el entrecejo y estudió cada movimiento de ambos líderes. Un pesado y expectante silencio se hizo en el refectorio. Tan solo Raben el Ciego mantenía sus viscosos ojos, y tal vez el pensamiento, en otro lugar. Con el último movimiento de cabeza, Jakom volvió a su asiento y Ojvind se desinfló contra el respaldo, recogiendo el sudor sobre sus labios y cerrando los ojos. Cuando volvió su vista a la congregación frente a él, suspiró al tiempo que la punzante expectación se convertía en una brisa de cuchicheos y murmullos conspiradores. Se hundió entre los hombros y palideció al tiempo que un frío brillo aparecía en su frente. Miró a los lados y afrontó su mirada temblorosa con la de la reina y los nobles en el palco. Su respiración se agolpaba en el pecho. Chasqueaba los labios y tragaba saliva como si le inundase la boca. Intentaba escapar de aquellos rostros y sus ojos brillantes, pero encontró los de Ezra Gran Puño, duros e implacables; después los de Raben, muertos y ausentes, y se llevó la mano a la frente.

Anair se inclinó al ver cómo las fosas nasales del Gran Padre se contraían y expandían en busca de aire. Su cuello resplandecía cubierto de sudor. Pensaba qué era aquello por lo que había llamado a Jakom, pero al encontrar durante un fugaz instante la mirada de soslayo de su superior, el gran inquisidor, supo lo que nadie en la sala podía suponer. El Gran Maestro quería evitar una guerra y apoyarla al mismo tiempo. Contentar a sus monjes más belicosos y al rey de Misinia, pero dejar espacio a la negociación y evitar un cisma, una división violenta que cubriría de sangre aquel lugar sagrado. Jakom se encontró con la atención de su subordinado y volvió su mirada al Gran Padre, aunque, sin embargo, Anair tenía suficiente para suponer que él sería el enviado de la orden a Bremmaner y detener aquella guerra.

—La reunión —balbuceó Ojvind, levantando costosamente el cetro— ha terminado.

—Pero, Altísimo —apuntó uno de sus acólitos—, falta la oración final.

—No habrá oración —musitó sin aliento, pero sus palabras se vieron ahogadas por un estrépito al fondo.



La doble puerta del refectorio se abrió de golpe y varios hombres entraron apartando, a empujones, a los allí congregados. El último de los padres de armas llegaba al concilio del consejo. Hakkad, el Castigador, atravesó la sala hasta llegar frente al Gran Maestre seguido de sus hombres. Los de la Hermandad de la Furia Divina llegaban precedidos de su leyenda. Eran seguidores estrictos de La Palabra de Vanaiar, una de las hermandades más oscuras y sanguinarias de la orden, y encargados de defender los pasos del norte. Vestían túnicas blancas, manchadas por el polvo del camino, sobre sus armaduras, y cubrían los rostros con paños de apariencia fantasmagórica y terrible. Ninguna parte de su cuerpo quedaba al descubierto y, asomando a las anchas mangas de sus ropas, manos enguantadas en cuero y metal rematadas en púas. Dos de ellos portaban, oculto por una tela negra, un pesado bulto. Los monjes señalaban desde las sombras y murmuraban a su paso.

Hakkad, su líder, un hombre menudo pero robusto, era el único que mostraba su semblante adusto y severo, y una cicatriz que cruzaba su cuello de un lado a otro. Tenía fama de cruel y despiadado, y era gracias a su lucha y la de sus hermanos que una gran zona del Hatur se ganó para la orden. En el silencio que invadió la sala solo el repiquetear metálico de sus armas se escuchaba. Al llegar frente a la tarima se arrodilló y presentó sus respetos al Altísimo.

—Soy Hakkad, Castigo de Dios. Señor de Trohengeim, custodio de La Atalaya y protector de los pasos del Norte. —Su voz resonó ronca y rota, apropiada a los ojos de ardiente mineral—. Traigo preocupantes nuevas a este consejo.

—Bienvenido, Hakkad —musitó Ojvind con un gran esfuerzo por mantenerse firme en su asiento—. Los designios de Dios necesitan de hombres como tú en los asuntos que nos reúnen.

—Nosotros, los Hermanos de la Furia Divina, damos nuestra vida en combate, como está escrito. Luchamos más allá del Hatur, siempre buscando los enemigos de Dios para exterminarlos y enviarlos de vuelta al lugar del que nunca debieron salir.

—Sois el orgullo de la orden, Hakkad —afirmó el maestre de armas, Ezra.

Hakkad se puso en pie e hizo una señal a sus hombres. Los monjes guerreros abrieron hueco a los portadores y en el suelo, frente a los pies del Gran Maestre y su espada sagrada, arrojaron su carga. El terror y la sorpresa se hicieron presentes en los ojos desorbitados de Ojvind. Anair se incorporó para asomarse sobre los hombros de otros inquisidores curiosos ante aquel presente. A pesar de su frialdad, de su mente analítica y su contención, no pudo reprimir un ahogo oculto entre las exclamaciones de sus hermanos.



Pesado como el plomo, un gran mandoble y un yelmo negro apagaron los rumores nerviosos de la audiencia.

El mandoble tenía, por lo menos, tres varas de longitud, un palmo de grosor y una vasta sierra dentada en uno de sus filos. La montura estaba elaborada en forma de cráneo humano que servía a la vez de guardamano, rematado en una púa piramidal de un palmo. Sin embargo fue el yelmo el centro de todos los comentarios. También de metal oscuro trabajado, estaba cerrado por una reja de barrotes gruesos como los dedos de un adulto y, en las sienes, había sido incrustada la cornamenta de un macho cabrío, caracolada y sólida. Su tamaño era descomunal, tan grande como la distancia entre los hombros de Anair.

Muchos de los reunidos se pusieron en pie para contemplar mejor aquellas armas que los Hermanos de la Furia traían del norte. Las miradas se intercambiaban rápidamente de unos a otros. El Gran Maestro balbuceó, nervioso, pero las palabras no se escucharon más allá de sus plegarias. La reina y sus señores no podían ver aquello que había provocado tal inquietud en el consejo y estiraban los cuellos, esperando adivinar qué era tan importante objeto. Hakkad rompió la atónita espera y habló para que todos le escucharan.


—Salimos, como siempre, desde La Atalaya, en misión de reconocimiento. Hacía meses que no habíamos viajado más allá del Bosque de Roca, y los exploradores habían anunciado de nuevos asentamientos K'ari en los páramos. Dimos caza a las incursiones de hombres bestia y sembramos el terror en su recuerdo. El veinteavo día de misión habíamos viajado tan al norte como nunca nadie lo había hecho desde los tiempos del profeta. Y cayeron sobre nosotros.

Hakkad dio un ligero puntapié al yelmo que quedó directamente mirando hacia los agolpados monjes tras él, con la fría negrura como rostro oculto.

—No eran K'ari —explicó y cerró los puños con tal fuerza que sus guantes crepitaron—. No había conocido raza igual. Figuras armadas en estilizados trajes negros, armaduras ligeras, arcos precisos y bien manufacturados. Tampoco eran tribus oscuras del Eitur, estos eran mucho más rápidos, más listos y más mortíferos. Eran demonios. Y su líder, de por lo menos cuatro varas de altura, montado sobre un lagarto de lengua bífida, en lo alto de una loma helada, alzaba este espadón contra el cielo. Era el doble de grande que los otros, casi como un Dachalan, pero ataviado con una coraza completa.

—Un dragón, un dragón montado por demonios —murmuraron desde un lado.

—¡No era ningún dragón! —exclamó Hakkad, enfrentando las voces que especulaban—. ¡No existen los dragones! Era un lagarto gigante, largo como



tres caballos, fuerte y rápido como un gato salvaje. Muchos de mis hombres cayeron allí. Incluso el hermano Gerard el Recto.

—¡Gerard el Recto, ha muerto! —Corrió de un extremo al otro del comedor—. ¡Gerard el Recto, ha muerto!

—Él mató a la criatura que blandía esta terrible arma. Todo se lo debemos a él.

—¿Qué pasó? —balbuceó Rókesby como un niño de tamaño descomunal.

El círculo se estrechó en torno a Hakkad y su rostro se ensombreció. Muchos escrutaban el visor del yelmo, como si todavía pudiesen ver dos ascuas mágicas en su interior.

—Gerard luchó contra el diablo. Su gran hacha resplandeció con cada golpe hasta que el escudo de la bestia saltó hecho añicos. Nunca había visto un combate igual. Las armas aullaban, las plegarias a Dios de los hermanos se imponían a los siseos de aquellos seres viperinos. Aguantamos una lluvia de flechas. Muchos cayeron heridos. Nos habían cercado en lo alto de una loma. Formamos un círculo rodeando a Gerard y a su enorme oponente. Su montura salida de la peor de las pesadillas cayó bajo nuestros golpes, retorciéndose de dolor, pero su jinete continuó la lucha. Recuerdo los rugidos en el interior de este yelmo, la rabia del diablo cuando Gerard esquivaba sus golpes y el arma se estrellaba contra el suelo y abría grietas en la roca. Todos habían muerto, solo cuatro, de los treinta hermanos que comenzamos la lucha, continuábamos en pie. —Hakkad se dirigió al resto de padres de armas—. Los hombres no pelean como esos seres. Sus posturas de combate, la facilidad con que manejan sables curvos y cuchillos largos que arrojan desde muchas varas. Y el líder rugiendo en un idioma, si es que puedo llamarlo así, un sonido cavernario y profundo venido de algún lugar que ningún hombre desearía visitar. Resistimos gracias a la fuerza de Dios y, de hecho, estamos vivos gracias a su poder. Gerard lanzó un estruendoso golpe al corazón del enemigo. Su hacha estalló como un trueno al hundirse en el pecho de aquel ser. El diablo estaba acabado. Los cuatro hermanos que quedábamos todavía podíamos vencer. Aunque no estaban sus fuerzas agotadas. En un último aliento de muerte atrapó a Gerard por el cuello y lo alzó frente a él sin esfuerzo. Yo vi su puño cerrarse y el cuello de mi hermano romperse como una rama seca.

Nadie pronunció una palabra. Hakkad esperó un momento y de nuevo dio un puntapié al yelmo, que esta vez cayó de lado.

—Gerard el Recto invocó la Luz de Vanaiar —murmuró Hakkad.

Un azorado murmullo se extendió entre los presentes.

—Nadie ha convocado la Luz de Vanaiar con éxito desde los tiempos de la Gran Alianza —dijo Whetlay del Río, entre la admiración y la incredulidad.



—Gerard y su oponente desaparecieron en el centro de un torbellino, una explosión de fuego helado como la nieve. Todos caímos a tierra sin sentido. Cuando desperté, la roca estaba quemada a nuestro alrededor. Por lo menos había cuarenta varas devastadas de arbustos convertidos en ceniza hasta la raíz. Gerard, su enorme oponente, y el resto de enemigos habían desaparecido sin dejar rastro, tan solo alguna silueta en el fino polvillo que llevaba la brisa. Este espadón y el yelmo son la prueba de mi historia.

—¡La Luz de Vanaiar! —comentaban los monjes—. Es una señal.

—Un nuevo enemigo se acerca a nuestro encuentro —murmuraron.

La inquietud por el relato de Hakkad se extendía como el fuego en un prado azotado por la cálida brisa de la guerra.

—No es un nuevo enemigo —lo corrigió Tagge, el Descalzo—, tan solo ha cambiado de apariencia.

—¿Qué importancia tiene eso? —saltó un joven monje venido desde Dosorillas—. Hay que prepararse para la lucha.

—Por la gloria de Dios, que estoy ansioso por medirme con uno de estos diablos. Que vengan a mí y los devolveré a su mundo con el mandoble metido en el culo —rugió el padre de armas de Dromm.

—Rókesby, no blasfemes —lo reprendió uno de los inquisidores de Jakom.

—No he blasfemado —rugió enfrentando el parche que cubría su ojo al inquisidor—, supongo que tendrán un culo por donde introducir el mandoble.

—Si no es así, se lo haremos nosotros. —Rieron los hombres de Ezra al tiempo que golpeaban los puños enguantados.

—¡Silencio! —ordenó el deán de Ilke desde la tarima—. El Gran Maestre se encuentra indispuerto y desea hablar.

El Gran Maestre Ojvind se encogía en el asiento con la cabeza ladeada y los labios húmedos. El frágil silencio formó una cristalina burbuja sobre él, aunque a sus primeras palabras, resquebrajado, lo aplastó en su debilidad.

—Debemos permanecer unidos bajo el mandato de Dios —dijo Ojvind ahogado en su sofocada autoridad.

En ese momento ocurrió algo que no había pasado en ninguno de los anteriores Consejos de Vanaiar, desde que la orden fue fundada hacía más de seiscientos años. Enro Kalaris se puso en pie y levantó la voz.

—¡Basta de memeces! —gritó—. Hay asuntos más importantes que ya están decididos. Ezra, ¿acaso tus padres de armas buscan excusas para no luchar contra el duque y su rebeldía?



Ezra miró al palco y asintió tras fruncir el cejo.

—Es cierto —dijo señalando a Hakkad—. No hay otro asunto aquí que la guerra. Celebramos el gran final de Gerard el Recto, y esperamos lo mismo para nosotros. Pero, Hakkad, todavía no te has pronunciado sobre Bremmaner.

—El Gran Maestre ha hablado ya. ¿Estáis la Hermandad de la Furia Divina con nosotros o con Raben? —dijo el ofensivo Dedair Kolmm.

Hakkad rechinó los dientes tras las palabras de Ezra. Miró a su alrededor entrecerrando los ya de por sí pequeños y brillantes ojos hasta dejar detenida su rabia en el maestro de armas. Entonces, tomando el yelmo por los cuernos de macho cabrío, lo alzó sobre su cabeza y en un desgarrado grito, lo lanzó contra la tribuna donde se encontraba la reina, Enro Kalaris y los otros.

El asombro y el caos se adueñaron del consejo.

Hakkad y sus hombres salieron a paso altivo del refectorio dispuestos a volver a su fortaleza del norte.

—¡Detenedlo, detenedlo! —gritaba la reina—. ¡Detenedlo!

Pero nadie se interpuso en el camino de Hakkad y los suyos. A su paso, grandes ojos lo observaban como lo hacen los temerosos campesinos con una aparición propia de los cuentos convertidos en mito. Tras ellos la algarabía estallaba como una ola de indignación y escándalo.

—El consejo ha acabado —trataba de hacerse escuchar el deán—. El Gran Maestre ha hablado, todo está dicho pues.

—¡Guerra, guerra, guerra! —gritaban los hombres de Ezra Gran Puño.

Los acólitos de Ojvind lo habían rodeado y lo sacaban de la sala en volandas, llevando tras él la espada sagrada Vanaiar Tarhini.

Anair lo observó todo sin moverse de su asiento. El señor de la ciudad calmaba a la reina, indignada. Enro Kalaris había descendido y discutía con Ezra Gran puño por la ofensa recibida, y el monje se disculpaba y asentía. Frente a la tarima, entre los monjes, las actitudes variaban de la desesperación a la ira, de la efusión bélica a la tristeza de Raben. Y abstraído como estaba del ensordecedor barullo, apartado en su rincón y oculto bajo la capucha de su túnica, Anair comenzó a mirar como lo hacía un inquisidor. Y deseó no haber visto muchas cosas, detalles que pasarían desapercibidos para otro monje, pues serían causa de desvelo en las noches venideras.

La mano de Ezra en el hombro de Kalaris y Jakom el Devoto, su superior, pasando tras ellos y dejando caer un susurro al oído de Ezra. La reina enojada pedía la ejecución de un padre de armas. Rókesby era leal al mandato de su Gran Maestre



y lo celebraba con los suyos bajo la atenta mirada de Véneil Rjuvel, de rostro tenso, que jugueteaba nerviosamente con la daga a su cinto. Dedair Kolmm seguía los cánticos de batalla y, por un instante, la fugaz mirada con los comandantes de la Guardia Sagrada, Jorad y Parvay. Anair estudió sus rostros, el pecho hinchado, la barbilla alta, de nuevo la mano sobre la montura de la espada. Ambos con el semblante severo y despiadado, Jorad tras su grueso bigote, Parvay mostrando la dentadura entre el hueco que dejaba el labio partido de forma terrible. Y desde ellos, lanzado como una flecha que atravesaba la multitud, Anair trazó un puente hasta Whetlay. El pomposo padre de armas de Kivala, tan hermoso, tan bien parecido, y ahora tenebroso, con el gesto gacho y la boca arrugada por la derrota. Se encontraba cerca de Tagge y los suyos, cabizbajos, tomados por la amargura, tal vez peligrosos y vengativos. Y frente a todos ellos, el anciano Raben, el Jansenita. Solo en su banco, con la cabeza ladeada, escuchando, interpretando, sin ver, todo su alrededor. A pesar de sus diferencias sentía una ligera simpatía por aquel viejo sabio que ocultaba cosas tras un velo de ironía. Quizá pronto lo viese sentado frente a un tribunal. Y, ¿dónde estaban sus ojos, el joven Tasha, el lazarillo? No muy lejos, escurriéndose entre los grupos de monjes que discutían, o celebraban, o se compadecían, o se acogían a Dios y golpeaban el pecho con la culpa de un penitente. Tasha dio la vuelta a la tarima y subió por el otro lado hasta volver a su maestro ciego. Aunque su gesto parecía ligero, pensó Anair, pues por el camino había dejado algo.

Anair volvió atrás y vio claramente lo ocurrido. Raben había enviado como mensajero al joven Tasha. Y entre todos los monjes, alguien había recibido un mensaje privado, solo para sus oídos.

Escrutó cada movimiento hasta que supo quién había sido el elegido por Raben. Su mirada se cruzó con la de Earric de Bruswic y eso le dio la respuesta. Anair sonrió al paladín, pero fue una sonrisa tétrica y fría.



CAPÍTULO VI



l carruaje avanzó muy despacio, adentrándose más y más en las profundidades del extenso bosque de Anam Oag, hasta que el camino se convirtió en un sendero bordeado de zarzas y tuvieron que detener su paso. El bajorrelieve de las puertecillas de la berlina dibujaba el blasón de los Adjiri de Rondeinnn, una mano alada sobre fondo de plata y azur claro como el cielo, y las tres torres que representaban la Tríada del Sur. Sentados en la parte trasera dos guardias de la Casa Adjiri, armados con ballestas y mazas, y protegidos por petos metálicos y los yelmos en forma de hoja, típicos de su Casa, se apearon a los lados de la carroza. El sirviente que acompañaba al conductor bajó de un brinco, se estiró la corta chaquetilla azul y plata, y se acercó a la ventanilla del carruaje.

—No podemos avanzar más, mi señora —dijo al interior.

—Continuaré sola —respondió una voz femenina.

El sirviente desplegó la escalerilla y abrió la puerta. La mujer descendió poco a poco, casi con delicadeza cuando su pie descalzo tocó por primera vez la tierra. Miró a su alrededor al tiempo que descubría, melancólica, los susurros del bosque, y uno de sus mechones plateados cubría sus ojos grises y profundos como el Garin Tä. No era muy alta ni esbelta, pero rodeados de la oscura espesura verde de Oag, su manto de un turquesa claro y cinto añil resplandeció como una figura de hielo en la hierba. Inspiró impregnándose de los aromas y sonrió. Ela Adjiri siempre se sentía rejuvenecer en el gran bosque de Anam Oag, y cuanto más envejecía más intensamente sentía la necesidad de volver a la espesura de la que partió tantos años atrás.

—Volveré pronto —dijo al lacayo—. Esperad aquí. Y no os adentréis en el bosque.

—No lo haremos, mi señora —respondió el hombre inclinándose después de mirar alrededor y tragar saliva.



Caminó hacia el estrecho sendero sin mirar atrás y, sorprendentemente, atravesó las matas de espino sin enredar su manto, dejando el carruaje y sus hombres abandonados al crepitar de ramas y al parloteo de insectos y seres invisibles.

Hacía casi quince otoños que no visitaba aquel sendero, pero el recuerdo era fuerte y no necesitó de esfuerzo para seguir el camino. Poco a poco se despertó en ella la facilidad para leer las señales del bosque y se sintió de nuevo como aquella niña que jugaba días enteros entre enebros y árboles caídos cubiertos de hongos. Continuó por una senda verde que descendía entre pinos y abetos hasta que vio un pedregal manchado de musgo. Pensó que podía ser un atajo, así que saltó sobre las piedras y caminó hasta que los pinos se convirtieron en chopos y escuchó el murmullo del arroyo. Todavía sabía caminar por el bosque.

Descendió paso a paso, ocultándose tras los grises troncos hasta descubrir la fuente que manaba de entre las rocas al fondo del barranco. Se acurrucó junto a un matojo frondoso y estiró el cuello para ver el arroyo correr y saltar escalones de piedra verdosa llevando con él alguna hojilla seca, entre troncos negros de madera putrefacta. En las paredes de roca y tierra roja asomaban raíces que colgaban sobre los agujeros y madrigueras abandonadas como miles de culebras petrificadas. A un lado, recostado sobre la tierra y los brazos en el regazo, reconoció a Dagir La y sonrió.

Estaba dormido, o eso parecía, y ella pensó que podría sorprenderlo si daba un rodeo y aparecía por el otro lado.

«¿Qué estás diciendo, Ela? —se dijo, moviendo la cabeza—. Nunca has sorprendido a Dagir La. ¿Por qué ibas a poder hacerlo ahora? Seguro que es consciente desde hace horas de nuestra presencia en el bosque. Esas noticias corren como el viento. Miles de ojos nos vigilan, lo siento. Incluso me están vigilando ahora —pensó al tiempo que miraba a su alrededor—. No hay nada en el bosque que no sepa Dagir La, Gran Druida del corazón de Kanja, la densa profundidad de Anam Oag.»

Ela se permitió observarlo un momento. Era un hombre delgado, de rostro cuadrado y recia mandíbula, que había tatuado por líneas entrelazadas cuando juró los votos sagrados. Sus manos eran duras, también con el dorso tatuado hasta los codos, y su espalda ancha bajo la túnica de algodón teñida de marrón claro. Desde que Ela lo conocía, y de eso hacía casi cincuenta años, Dagir La apenas había cambiado. Al menos desde la distancia y a una docena de varas sobre él.

—La última vez que nos vimos también llevabas ese perfume —dijo él sin abrir los ojos.

Ella se puso en pie, erguida señorialmente, y esperó no parecer sorprendida mientras descendía hasta la fuente. Encontró un firme escalón formado por piedras y guijarros, y se sentó frente a él, al otro lado del arroyo.



—¿Cómo puedes recordarlo? —preguntó dejando caer sobre los hombros la capucha de su capa.

—Es esencia de campana azul —explicó Dagir La al incorporarse en su lugar—. No podría olvidarla.

—Gracias —dijo ella, bajando la mirada para evitar enfrentarla a él.

—Crecen en las riberas del Swami Gar. A muchas leguas de aquí. Los nativos de esa tierra las llaman garthuteri, que viene a ser algo así como «la esencia del río muerto». Solo tú harías traer un perfume desde tan lejos.

Sonrió el druida y ella vio que sí había pasado el tiempo por su rostro. A pesar del brillo impertinente en sus ojos, las arrugas habían crecido como hierba junto a la roca.

—Sabes que me gusta conseguir lo que deseo —añadió ella.

—Sí, de eso no tengo ninguna duda —asintió él—. Y, ahora, mi señora de Rón-deim, decidme para qué enviasteis palomas a buscarme. ¿Cuál es ese asunto que requiere de mi conocimiento?

—Quizás el único asunto sea volver a verte —dijo fríamente—. Hace más de una década que no sé nada de ti.

—Es algo que yo intento cada día; saber menos de mí mismo. Créeme, es una suerte que no me veas a menudo. Mi vida es muy aburrida. ¿Tantos años han pasado? —preguntó él al curvar las cejas y acariciar su barbilla—. El tiempo aquí es tan diferente, tan ajeno al mundo de los hombres...

—No me hace gracia. —Ela se enojó—. Yo me alegro de tu compañía.

—Disculpa, Ela —asintió él en un murmullo—. Hace mucho tiempo que no hablo con... otro ser humano. Estoy acostumbrado al humor de los duendes y los trasgos. Es algo que puede alterar lo que vosotros denomináis... cordura.

—Pues mantén tu cordura en este mundo —encogió la boca—, por lo menos mientras esté yo contigo.

—Disculpa de nuevo. Ahora ya me has visto. ¿He cambiado algo?

—Eres casi el mismo —le confesó tímidamente—. Quizá un poco más leve.

—¿Leve?

—Sí. —Tomó una rama, la rompió en sus manos y dejó caer un pequeño trozo a sus pies—. Se te nota en la risa y en los ojos. Eres un poco más de aire.

—Ela —susurró él de forma cálida, como lo hacía cuando solo era una niña—. Siempre viste en mí lo que yo no podía definir. Es cierto que cada vez pertenezco más y menos al mundo. Me siento dentro y fuera, continente y contenido. La levedad es una buena palabra para definir cada pisada en mi camino, pues ya no siento que me aleje ni me acerque a ningún lugar más que a mi propia pisada. Tú tampoco has cambiado.



Ela Adjiri suspiró y sonrió a un lado.

—No cuando estoy contigo —dijo—. Este lugar es tan mágico..., y me hace sentir bien y en calma. Por lo demás me estoy convirtiendo en una anciana, y los nietos no hacen olvidar los ajetreos y tribulaciones de mi casa.

—Lo olvidaba —se inclinó en una reverencia Dagir La—, Señora Adjiri de Rón-deinn. ¿Cómo va todo en el reino de los hombres?

—Hay una guerra en ciernes. —Su semblante se volvió frío—. Una guerra de traiciones que traerá mucho más dolor del que se pueda imaginar.

—Lo sé —añadió el druida, encogiéndose de hombros—. ¿Y cuándo los hombres no han peleado entre ellos? Poder, riqueza, mujeres y muerte. Ese es el único apetito de los norteños. Mucho tiempo hacía que no afilaban las armas.

—Quizá tú pienses que no hacen falta armas para los verdugos y la hoguera —le reprochó Ela—. Han muerto tantos en los calabozos reales como en un campo de batalla, solo que al amparo de los tribunales y la religión del dios único. Esos clérigos bastardos detienen y torturan con total impunidad a cualquier razaelim o sospechoso de serlo. El mundo, fuera de este bosque, ya no es lo que era.

—¿Participarás en esa guerra? —Dagir La torció la nariz.

—He enviado al rey medio millar de ballesteros y cien carromatos de suministros.

—No está mal.

—¿Qué podía hacer? —exclamó ella—. En caso contrario la siguiente hubiese sido yo. En Rón-deinn somos mercaderes y navegantes, esa es nuestra fuerza. No somos los lanceros de Bremmaner, ni siquiera podríamos hacer frente a un Tékmata real. La Tríada del Sur está en el punto de mira de los Levvo. Osjen traza sus propias alianzas con ellos a cambio de su seguridad y yo me quedo sola. El Gran Maestre de Vanaiar me acusó de proteger a los marcados y exigió al rey mi cabeza. Algo inaudito.

—Que yo sepa —se encogió de hombros el druida—, no mintió.

—Por supuesto que lo hizo —replicó, indignada—. Sería la excusa perfecta para juzgarme y quitarme del medio. Los monjes de Misinia sirven a los intereses de la corona, convertidos en viles mercenarios. Los Levvo aspiran a desarmar a la Tríada del Sur y los clérigos a juzgarnos. En Aukana sería diferente, pero aquí, el rey maneja a sus perros con correa corta.

—Cachorros peligrosos.

—Debo soportar la amenaza de ese asesino sin escrúpulos —escupió ella.

—Es un precio a pagar por mantener la paz en tu ciudad.

—Un precio demasiado alto, tal vez. Los administradores del rey están tomando el control de nuestras tierras y remitiéndolo a Dávingrenn. Cada vez soy menos



dueña del futuro de mis siervos. Y está pasando en todas las ciudades de Misinia. El ansia de dominio de Abbathorn es insaciable, someterá todo el norte a sus designios con la loca idea de formar un imperio bajo su gobierno. A la imagen de Serende, pero tiránico y despótico. Solo un Levvo podría creer que se puede unir a los pueblos bajo el yugo de un imperio.

—No pretendo restarle importancia, mi querida Ela —sonrió él—, pero solo es una guerra. Comenzará y acabará, como todas las anteriores, solo que en esta ocasión ha coincidido con nuestro periodo de vida en este mundo.

Ela Adjiri golpeó sus muslos con los puños.

—A mí no me consuelan tus explicaciones místicas, Dagir La. No podrás esconderte en tu bosque para siempre, por muy grande que sean sus límites o tu poder. Tengo un mal presentimiento —concluyó con un deje de tristeza.

—¿Por eso me hiciste llamar? —la interrogó Dagir La.

Ella asintió y respiró de forma pesada.

—Hace un par de semanas la guardia del rey detuvo a una mujer y su hijo que se dedicaban a vender ungüentos y sanar a los campesinos. Habían llegado hacía poco a la ciudad y recorrían los mercados y las granjas de los alrededores.

—Es bien sabida la persecución de los razaelitas por los Levvo y esos insanos sacerdotes de Vanaiar.

—En mi ciudad no —replicó ella—. No estamos acostumbrados a esas intromisiones del poder de Dávingrenn.

—Noto cierto tono de resentimiento.

—¿Resentimiento? —rió, irónica—. ¿Cómo te sentirías tú si los guardias Levvo entraran en tu ciudad y secuestraran a cualquiera de tus ciudadanos?

—Yo no tengo ninguna ciudad, Ela —respondió el druida con voz conciliadora—. Y no son tus ciudadanos. Has pasado tanto tiempo entre los muros de ese castillo que ya piensas como los dueños de campos y hombres. Sin duda me he expresado mal, mi querida Ela; cuando dije resentimiento, me refería a recelo. ¿Acaso no hubieses preferido acoger al muchacho bajo tu manto, darle una educación, un conocimiento, y criarlo como esos que la gente llama, los Ungidos?

—Por supuesto que hubiese preferido eso a dejarlo en manos de la guardia Levvo —afirmó indignada—. Los Ungidos, o llámales como desees, son seres extraordinarios que merecen mi protección. Como druida deberías saber que si alguien es perseguido, por otra parte es protegido, ese es el equilibrio natural. —Dagir La alzó una ceja y torció la boca en una media sonrisa. Ela tomó aire dignamente y retomó la seriedad de su mensaje—. Aunque no es eso lo que me



trae a ti. No puedo asegurar la verdad de lo ocurrido, pero dicen mis servidores que un rayo cayó del cielo sobre el muchacho y salió indemne.

El druida estiró el cuello y chasqueó los labios.

—Una vez vi un rayo golpear un nogal en lo profundo del bosque y ni una hoja ardió. Los misterios de la naturaleza no son para nosotros. —Agitó la mano en un gesto despreocupado—. Deberías temer por lo que le ocurrirá a ese muchacho en la capital, quizá allí no tenga tanta suerte. De todas formas, puedo saber cosas que ocurren lejos de aquí, incluso en la capital. Las raíces del bosque se extienden hasta el horizonte del mundo.

—Me dijeron que había sanado a un prisionero cuando estaba preso —murmuró Ela Adjiri—. No una herida cualquiera, una herida de muerte.

—Podrían haberse equivocado —desdeñó el druida—. Incluso ser un truco para escapar de su cautiverio.

—No es por eso, Dagir La —repuso ella—. Yo vi a aquel muchacho mientras lo llevaban preso. Vi con mis ojos cosas que, ya sabes, solo puedo ver yo.

Un pájaro trinoó sobre el silencio que siguió a sus palabras.

—Y ¿qué viste, señora Adjiri?

—La luz de los razaelitas es diferente a la de cualquier otro humano —explicó ella—. Yo veo en ellos una claridad, un propósito en el plan maestro.

—No puedes conocerlos a todos. Demasiados han pasado a ser enemigos del hombre —dijo apesadumbrado Dagir La.

—Empujados por las persecuciones y la muerte —saltó ella—. Ahora, el peor enemigo de un razaelim es otro razaelim. La excusa perfecta para que los hombres sigan cazando a jóvenes con un don divino. Por eso, en mi búsqueda de razaelitas he conocido a muchos con poderes asombrosos que he enviado lejos, a las manos de amigos en el Imperio o en el lejano Araknur. Y soy tutora de los más fuertes y poderosos. Pero el muchacho que vi en Róndeinn, preso por los hombres del rey, no tenía nada que ver con cualquier otro que hubiese visto antes.

—¿A qué te refieres? —Arrugó los labios Dagir La.

—Algo inquietante. Una fuerza que no había sentido nunca en ningún ser vivo. Su aura era tan grande que devoraba todo a su alrededor. Era una energía hambrienta y salvaje. Nada bueno puede traer un hecho como este. Sabes de las leyes verdaderas. Donde hay uno...

—Hay otro —dejó escapar Dagir La entre los resecoos labios.

—Esa es la ley del mundo. Y eso turba mis visiones —continuó Ela, alarmada por sus propias palabras—. Tú mismo me enseñaste un día a comprender las causas y los efectos, que no hay peso a un lado de la balanza que no traiga el movimiento en



el otro lado. Ese muchacho es algo que no ocurría en esta parte del mundo desde hace muchos siglos. Ni siquiera tú me has hecho nunca estremecer de esa manera.

—Creía que yo era el único que te hacía estremecer —replicó rápidamente el druida.

Ela Adjiri abrió los ojos sorprendida y después negó con la cabeza lentamente, como si ya no reconociese al viejo amigo y amante en aquel rostro risueño y liviano.

—Eres un tonto, Dagir La —dijo al sentir que sus ojos se humedecían—. Yo lo hubiese dejado todo por ti. Hubiese dejado mi título, mi prometido, mi fortaleza y mi casa, por ti.

—Descubriste la felicidad con otro. Fuiste esposa, madre, y viuda señora de una gran urbe. Eso nunca lo hubieses tenido conmigo.

—Eso tenlo por seguro —susurró Ela. Miró a sus pies, a la estrecha franja de agua clara correr y percibió amargamente la infantil treta de Dagir La. Con todo su misticismo, su espíritu unido al mundo en una corriente invisible que lo arrastraba lejos de todo y de nada, en el fondo era un niño que interponía entre ellos un arroyo en un angosto barranco. Como si eso pudiese salvarle del amor de ella. Mantenerla alejada de él. Quizá por precaución; quizá por miedo, pensaba ella. Pero luego sonreía, al recordar que Dagir La estaba más allá de sentimientos y afectos, y volvía a ella el recuerdo de su amor.

—Yo no me encargo de asuntos mundanos, mi señora —dijo el druida al incorporarse—. Lo siento por los razaelitas pero, si todo tiene una razón de ser, su sufrimiento se verá algún día recompensado por la justicia universal y el equilibrio sagrado.

Ella reprimió un gruñido y se levantó enérgicamente.

—Pues yo tengo una ciudad que gobernar y una familia a la que atender —gruñó al darse la vuelta y comenzar el ascenso hasta el sendero—. La próxima vez esperaré yo tu mensaje, Dagir La.

—Como la noche sigue al día, mujer —asintió él—. Ya echo de menos tu aroma.

Ela Adjiri dio la vuelta y lo miró por última vez antes de cubrir su sonrisa con la capucha y cerrar su capa.

—Sigo pensando que eres un tonto, Gran Druida. Pero no dejes pasar mucho tiempo o la próxima vez necesitaré un bastón para llegar hasta ti —añadió, y caminó hasta desaparecer entre la floresta gris, verde y carmesí del bosque.

—Si algo es cierto en este asunto —murmuró él para sí mismo—, es que realmente soy un tonto.



El druida contempló unos instantes el agua correr entre surcos desgastados en la tierra, y pensó en los tiempos en que caminaban juntos entre risas, cortando matojos de ortigas. Estuvo a su cuidado tanto tiempo que podía ser una hija, además de una amante. «Una mujer excepcional —se dijo—, desde que su padre la trajo huyendo de los Levvo. Siempre fueron dos familias enfrentadas. Desde los tiempos antiguos. Sí, es una mujer excepcional.»

«Tuve que hacerlo —pensó—. Mi lugar es este y mi compañía, la del mundo. Es mi elección.»

Dagir La se sintió abatido y cansado, abandonado de la usual dejadez de sus días, un oscuro presentimiento se apoderó de él. En sus sueños se le habían aparecido imágenes que ahora revolvían su consciencia y se enlazaban con invisibles hilos intuitivos hasta las palabras que Ela Adjiri había traído del mundo real. La inquietud le llegó en forma de sospecha y esta se transformó en temor.

—Sal de ahí —ordenó a las sombras circundantes.

Uno de los troncos echados sobre el musgo y cubierto de corteza húmeda se irguió, convirtiéndose en la espalda de un ser encorvado de unos tres palmos de altura. Tenía el rostro de barro, con ojillos brillantes como llamas al viento, y los brazos parecidos a ramas de abedul. El duende saltó sobre las hojas y se acercó a grandes pasos hasta el regazo de Dagir La.

—¿Qué ordena mi amo? —preguntó con una vocecilla rasgada sin despegar sus titilantes pupilas del druida.

—Ve a la Cascada de Cristal —dijo Dagir La tomando una de las diminutas manos del duende entre las suyas—. Busca a Daima La, el druida zorro, y dile que me encontraré con él en lo alto del Monte Gris, al oeste de la villa de Whora. Y no te entretengas por el camino.

—Seré rápido como el aullido del lobo, mi amo —asintió el mágico ser.

—Entonces marcha y no entretengas tu partida —dijo el druida, señalando la lejana espesura.

—Vuestra voz llegará a todas partes como la bruma de invierno, mi amo.

—¡Ve, ahora! —exclamó de forma imperativa Dagir La.

—Vos ordenáis y yo obedezco. Salgo ya, mi amo. —Se inclinó el duende y desapareció como había aparecido.

Dagir La se puso en pie y tomó su cayado. Miró la frondosa cúpula sobre él y entre hojas blancas adivinó el cielo del mundo cubierto de gruesas nubes blancas y puras, estáticas. «El cielo detenido», se dijo. «El sufrimiento y la muerte se verán algún día contrarrestados por el equilibrio sagrado», resonó en su cabeza.



—Mi señora —murmuró—, qué comezón habéis despertado en mi corazón y en mi casa. Mi niña, mi mujer, mi señora. Tanto tiempo que ya no recordaba lo profundo de tus ojos, ni lo lejos que pueden ver en el interior de los hombres.

El druida se cubrió la cabeza y comenzó a caminar, siguiendo el fluir del agua. Pero se detuvo a los pocos pasos para contemplar una mata verde. Varios cientos de tréboles se arremolinaban a los pies de un saúco y, entre ellos, un hermoso trébol blanco como una perla extraordinaria. Dagir La lo acarició con sus dedos y pasó la mano sobre el sedoso matojo verde. A un lado encontró otro trébol blanco, oculto bajo las hojas de su alrededor. De repente, un estremecimiento recorrió su pensamiento.

—No hay uno sin el otro. Siempre hay dos —susurró con la mirada vítrea sobre el trébol blanco—. ¿Por qué recuerdo ahora viejas amantes que no debí abandonar, y peligrosos enemigos que no debí perdonar?





CAPÍTULO VII



a biblioteca del Lévvokan era, desde que comenzaron los reinados de la Casa Levvo, un lugar abandonado y en desuso en el que se apilaban miles de polvorientos volúmenes y artefactos de un pasado mágico casi olvidado. En la penumbra de los rincones y en los altos estantes, sombras danzarinas producidas por las velas del candelabro acariciaban los tafletes de libros gruesos, pergaminos y palimpsestos amontonados sin orden, y armaduras de aspecto monstruoso venidas de más allá de Oriente. En su día había sido una sala dedicada al conocimiento del mundo y de los hombres en la que una docena de sabios estudiaba y descubría los mecanismos por los que se regía la existencia del ser humano. Pero en aquel momento, tan solo Rághalak husmeaba las roídas páginas de la historia de Kanja, el Oriente del mundo.

Había pensado que podría encontrar respuesta, no a una pregunta, sino a una vaga sospecha que le había sobrevenido tras el interrogatorio con la sanadora apresada en Róndeinn. La mujer había confesado que no era la madre del chico, sino que lo había rescatado de los canales de Imhadir, en el Mar de Nam al Shari, cuando solo era un sucio mendigo que robaba en los mercados. Se llamaba Eadgard Finean; un nombre nórdico seguido de una palabra común, pues «finean» era una especie de anguila que se pescaba en los muelles de la ciudad en la que fue encontrado el muchacho, a miles de leguas de allí. Ella había sabido aprovechar las habilidades sobrenaturales de Eadgard y juntos, haciéndose pasar por madre e hijo, recorrían el río Adah Kari de aldea en aldea. Una historia más sobre un razaelita que descubre sus poderes. Pero el potencial del joven Eadgard no era, en absoluto, especial. Sanaba migrañas, rozaduras, esguinces. Nada que impresionara lo suficiente como para llamar la atención de los guardias reales o la Orden de Vanaiar. Aunque todo eso cambió tras el incidente de Róndeinn.

Acusados y detenidos por brujería y malas artes, fueron llevados al calabozo de la ciudad y, al día siguiente, el joven sanó a un prisionero que había sido herido



por la lanzada de un guardia. Los hombres del rey tenían una prerrogativa: actuar antes que los señores de cada ciudad, y siempre anticiparse a la Orden de Vanaiar. Así, las posesiones de los razaelitas capturados y condenados por la justicia del rey, pasaban a formar parte de las arcas reales, en una continua lucha de poder entre el estado y la estricta orden religiosa. Eadgard Finean fue llevado a la capital, junto con su falsa madre, para consultar a las más altas estancias de la corona sobre el futuro de tan inquietante razaelim. Y la más alta personalidad encargada de velar por la seguridad de los intereses de Abbathorn Levvo III era él, Rághalak.

Encorvado bajo los chisporroteos de las velas, sus uñas negras recorrían líneas en antiguos idiomas de Gaenor y siniestros grabados. Sobre la mesa había desplegado varios mapas del mundo en los que se especulaba sobre el lugar exacto en que se encontraba la Antigua Razael, más allá del Océano de Cristal, o al sur de los infinitos bosques de coral rojo, o al otro lado del mundo, en Kangul, el Occidente, de donde provenían los hombres bestia y los barcos cargados de aceite de nuez y piedras guía. Ninguna equis marcaba el lugar en donde encontrar la ciudad perdida, la madre de los razaelitas y el recordatorio de su origen maldito.

Diez mil años habían pasado de la destrucción de la isla y los supervivientes a una terrible guerra civil emigraron a las costas de un emergente imperio, Serende. Siglos después serían hombres descendientes de ese mismo imperio los que conquistarían las tierras del norte, y las llamaron Misinia, y más tarde Aukana. No había textos de la Antigua Razael, ni nombres, ni fechas, ni mapas. Tan solo una leyenda convertida en rumor y olvidada por los asuntos terrenales del presente. Excepto por los supuestos descendientes de aquellos hombres huidos de Razael, nacidos con habilidades que desafiaban el entendimiento de sabios y la fe de los devotos de cualquier dios. Encadenados con aquel nombre a la peor maldición que los hombres hubiesen sufrido en su pasado. Razaelitas. Personas temidas por su diferencia, condenadas al rechazo de sus vecinos, al ostracismo o a vivir en secreto sin comprender su poder. Y en Misinia, desde la dinastía Levvo, a la persecución y el castigo.

Leyó textos sobre sociedades secretas formadas por razaelim en el Imperio de Serende. Algunas, como La lengua azul, con gran influencia en los gobiernos imperiales, pero ninguna referencia al origen de su poder, ni a facultades concretas más allá de vagas explicaciones y divagaciones supersticiosas en tratados de esoterismo. Pero, el hecho que intrigaba a Rághalak, el vértice en torno al cual giraban sus pensamientos, era aquella descarga eléctrica caída del cielo en pleno día. Eso debía de significar algo. Sin duda había resultado un punto de inflexión en el poder de Eadgard. Y si el consejero, en toda su sabiduría, había aprendido algo sobre el mundo y sus mecanismos, es que todo acto tiene un porqué. Si hay un efecto, hay



una causa, y a su vez el efecto se convierte en causa de un nuevo efecto, y así en una interminable sucesión de consecuencias y fuerzas. Pero ¿cuál era la causa de aquel suceso ocurrido en Róndeinn? Y, ¿cuál su efecto?

La pequeña puerta lateral se abrió con un quejido tartamudo y Berk, el tullido, entró levantando un farol frente a él. Rághalak suspiró cuando vio las flácidas formas de su sirviente, inclinadas a un lado y otro sobre piernas rechonchas y atrofiadas, avanzar entre pilas de libros y montañas de papel convertido en polvo.

—Maestro —dijo con su voz nasal y se sobresaltó con el retumbar de la palabra entre las oscuras bóvedas—. El rey espera vuestra presencia.

Rághalak no respondió. Pasó una página del libro abierto sobre un atril que representaba las alas de un águila, y entrecerró los ojos viperinos. Berk esperó en silencio mirando a su alrededor. Iluminado por la tenue luz del farol, a su lado, una docena de frascos de cristal despedían centelleantes reflejos. Acercó su gorda nariz e iluminó las formas que flotaban en algún líquido translucido. En su interior se conservaban carnosas figuras informes, algunas de aspecto humano, otras le recordaban pellejos de cerdo en escabeche, hasta que aparecía un muñón o un hueso descarnado, y dejaba escapar una risilla.

—No toques nada —dijo Rághalak sin levantar la mirada del libro.

—Sí, maestro —respondió al dar un paso atrás—. No romperé nada que no ordene el maestro.

—Durante la luna nueva —comenzó a leer el consejero—, es posible coagular la sangre menstrual de una razaelita, y mezclando el resultado con saliva de Dachalan y dos partes de grasa humana, se obtiene un unguento que, aplicado bajo la lengua, provee de gran fuerza y resistencia al usuario de tal. Los chamanes de los Hombres de Brönt conocen este remedio como el grito.» —Rághalak levantó la vista hacia su sirviente.

—Vuestro prisionero no sangra —balbuceó Berk.

—Debe de ser porque es un chico. —Rághalak sonrió irónicamente—. Si fuese una mujer, al menos sabría qué puedo hacer con ella.

—Berk también sabría qué hacer si fuese una mujer —rió el tullido balanceándose a los lados.

—Creía que eso nunca te había importado.

—Es verdad, mi amo. —Sonrió de forma siniestra—. Solo intento parecer menos codicioso, mi amo.

—Pues deberías parecer más inteligente, Berk.

—Solo estoy aquí para servirlos, mi amo —dijo inclinándose en una reverencia—. Pero eso, mal que me pese, escapa a mis posibilidades.



—Eres tan limitado —se compadeció Rághalak—. Tanto como yo lo soy, incapaz de ver más allá de mis narices.

—Berk tiene una nariz muy fea, mi amo.

—Y cualquier día haré que te la rebanen, la cocinen y te la sirvan con cebollas cocidas —dijo Rághalak.

—¿Por qué decís eso, mi amo? ¿Qué he hecho que disgusta al amo?

—Eres un idiota, Berk. Vivimos en un mundo en construcción, un mundo que crece conforme respiramos, conforme los animales son sacrificados y cocinados. Un mundo que se sirve de los mecanismos invisibles y, sin embargo, una mente tan limitada como la tuya es incapaz de comprender el funcionamiento de algo tan simple como una polea. Un extremo de cuerda que baja, un cubo al otro lado que sube. Si supieses, como yo, que todo el devenir está afectado por cada una de nuestras acciones, por ínfima e insignificante que parezca. Si fueses consciente de los infinitos hilos que conectan este mundo, los canales místicos que nos unen en una corriente que fluye desde el principio del tiempo. Si supieses todo eso no serías tan estúpido y cavarías las posibles consecuencias de tus acciones hasta quedar abrumado en la detención del acto. —Rághalak suspiró y miró la llama de la vela—. ¿Qué has robado esta vez? —preguntó.

—¿El qué, mi amo? —dudo Berk.

—Cuando has entrado, has cogido algo de aquel estante —dijo Rághalak señalando tras él—. Dámelo ahora o te arrancaré la piel a tiras.

Berk se apresuró a meter la mano libre en sus calzones, sacó un objeto alargado y lo dejó sobre la mesa.

—Lo siento, amo —se disculpó—. No sé cómo ha podido pasar.


—No sabes nada —susurró el consejero con rabia contenida y tomó el puñal frente a él—. Esa es la excusa de todos. La ignorancia. Este es un puñal ritual que utilizan los asesinos del clan Ishká, en el interior del gran bosque de Anam Oag, lejos del poder de los druidas. Su filo fue forjado mucho antes de la aparición de los reinos del norte, antes incluso de que los Navegantes llegaran a esta parte del mundo. ¿Ves su brillo?

—Es rojo como el sol de Oriente —murmuró el sirviente hipnotizado por el puñal.

—No es metal rojizo —explicó Rághalak—. Absorbe la sangre de aquellos que sintieron el metal penetrar su espíritu. Mata el cuerpo y el alma. ¿Te gusta, Berk?

—Es precioso, mi amo.

—Y ¿por qué razón iba a permitir que sacases tal arma de la antigüedad de esta sala prohibida? ¿Sabes las consecuencias de tan funesto robo? —dijo clavando las



uñas en la nuca del criado y acercando su rostro al filo—. ¿Sabes qué fuerzas hubieses podido desatar?

—Yo... yo no sé nada, amo —se trabó Berk, soltando salivazos.

Rághalak lo contempló un instante. Comprimido en un quejido, Berk se doblegaba bajo el temor a su mano.

—Me siento tan desbordado por los acontecimientos... Y yo espero en ti la respuesta a una pregunta que desconozco —dijo Rághalak soltando a su criado. Contempló el filo piramidal del cuchillo Ishká, acarició la yema de sus dedos con el metal carmesí y un pensamiento repentino le hizo arrugar la nariz. Se detuvo y continuó en un susurro—. Hacía mucho tiempo que no veía este cuchillo. Casi olvidado en los lejanos recovecos de la juventud. Algún día yo tuve otro nombre, otro rostro. Pero en ocasiones se olvida para sobrevivir y permanecer en silencio con el único propósito que nos trae a este mundo. Recordar es conocer la utilidad del dolor, y esta arma de mis ancestros recita en un lenguaje no desconocido por mi oído versos olvidados. El filo, este filo tan vivo y vibrante.

—El amo es recipiente de un millón de vidas —intervino Berk—. Sabio como mil voces que hablan a su oído.

—Yo no oigo nada, saco de estiércol. —Rághalak encogió los labios en una mueca—. Ya hace tiempo que olvide mi verdadero origen. El mundo de los hombres es contagioso. Uno se vuelve ordinario y simple como ellos y queda atrapado por sus placeres mundanos y vidas vacuas.

—Siempre queda algo maestro. —Acarició el tullido las anchas mangas de su amo y este se apartó en un brusco movimiento—. Yo mismo siento en mi interior aquel lugar del que el maestro me trajo. La sangre corre sin saber el destino; dejemos correr la sangre, mi amo.

Rághalak recorrió con las uñas el extraño metal, absorto en sus recuerdos e intuiciones.

—Gracias, Berk —dijo sin apenas despegar los labios.

—¿Gracias, amo? —tartamudeó con expresión bobalicona.

El consejero arqueó las cejas y mostró los dientes al tullido.

—Si vuelves a tocar algo de esta sala —siseó su voz rota—, te devolveré al lugar del que provienes. ¿Comprendes?

Berk bajó la mirada a la oscuridad de sus pies.

—Comprendo, mi amo.

—Bien —añadió secamente—. Ahora vayamos a las mazmorras, quiero hablar con el chico.

—Pero el rey espera, mi amo.



—Pues que espere un poco más. Abbathorn ya consiguió su guerra. El mundo tiene planes diferentes a los designios de reyes, y esos no pueden esperar.

Rághalak descendió rápidamente la retorcida escalinata de desiguales escalones hasta el paso elevado que unía la torre de la biblioteca con el edificio principal del Lévvokan. Bajo la balconada, cuerpos musculosos de gigantescas criaturas daban forma con sus brazos entrelazados al gran arco surgido de la piedra, obra de algún artesano que quiso complacer a los hechiceros que visitaban la biblioteca. Se cruzaron con pocos guardias en su camino a los sótanos del castillo, pues la gran mayoría de tropas se encontraban fuera de la ciudad, preparadas para partir, o bien lo habían hecho ya los días anteriores.

El ladino consejero se había encargado de todo. Desde hacía años se dedicaba a preparar aquella guerra. Siempre había sido una de las metas del rey, llegar a ser el más grande de su Casa y, desde su llegada a Misinia, era un objetivo palpable. La reina Anja había asegurado la lealtad de los señores del norte mientras él trazaba en el tiempo el camino del poder misinio. Bremmaner era un obstáculo desde tiempos inmemoriales. Los duques, protectores de la ciudad y de la familia Hornavan, serían, por fin, sometidos al poder real. Por otra parte, las ciudades del sur, de orgullosos y seguros comerciantes, con fortalezas repletas de oro y riquezas, habían perdido su autonomía en favor de la Ley Levvo, un sistema judicial que dependía únicamente de los designios de la corona y que unificaba el reino en torno a Dávingrenn. Los tiempos en que señores y gobernantes de diferentes linajes y familias rendían pleitesía al rey habían acabado. Ahora el poder del rey, a través de su ley y del ejército, era tan físico como las piedras del Lévvokan.

Rághalak sabía que para concentrar el poder en el centro se debía eliminar de los extremos. Y así lo dispuso. Enviaron burócratas a cada ciudad encargados de controlar las finanzas y los nuevos impuestos. Todos los misinios pagaban por igual el impuesto del rey, tanto nobles como campesinos, y eso los unía bajo un mismo poder. Demasiado tiempo habían estado diluidos en luchas intestinas y disputas territoriales. El rey les otorgaba una nación unida y, a cambio, solo pedía sometimiento, y a través de él, leyenda. Únicamente dos fuerzas se interponían al plan de Rághalak para el rey, Bremmaner y la Orden de Vanaiar, aunque eso estaba prácticamente resuelto.

A buen seguro, ese era el asunto del que quería hablarle su majestad. La reunión del Consejo de Vanaiar, en Ilke, había sido varios días atrás, y los primeros mensajeros con las noticias habían llegado esa madrugada. La orden religiosa apoyaría la



guerra del rey y nombraría herejes a los rebeldes de Bremmaner y a la oposición heterodoxa en su propio seno, justo como él había previsto. Rághalak sonreía al pensar en una galera de guerra, que antaño había sido como una visión celestial, ahora corrompida y dejada de mando a los vientos del tiempo. No merecían otra cosa los monjes de Vanaiar. En menos de un milenio habían acumulado riquezas y poder, enfrentándose a reyes de linajes antiguos como el Imperio, persiguiendo los antiguos cultos del norte y forzando la fe de los hombres con ese dios sin rostro salido de una guerra casi olvidada. Compraron la dependencia de Misinia y Aukana luchando en un páramo fronterizo cercano a los hielos eternos del Burz Hatur, el gran norte muerto, vigilando los pasos fronterizos de las incursiones de K'ari. Pero todo eso había cambiado, y pronto las ratas abandonarían la nave de Vanaiar en su zozobra. No había espacio para dioses en la nueva Misinia, no para dioses guerreros.

Los calabozos del Lévvokan se encontraban mucho más repletos que de costumbre, y el ácido hedor de los hombres y mujeres encerrados bajo tierra golpeó el olfato de Rághalak cuando abrió el portón de las mazmorras. «Hay que acelerar las ejecuciones públicas», se dijo mientras descendía por pasillos inclinados de suelos resbaladizos. Pronto llegó a un puesto donde esperaba un guardia enjuto y siniestro al que le faltaba el ojo derecho. Se llamaba Horn, jefe de carceleros.

—¿Cuántos han llegado hoy, Horn? —preguntó Rághalak.

El carcelero desplegó un rollo de pergamino bajo el farol y acercó su ojo sano a los garabatos de tinta corrida.

—Tres borrachos condenados a una semana. Uno que mató a su mujer cuando la sorprendió yaciendo con otro; condenado a dos años. Una mujer que vendía remedios amorosos; condenada a un año. Dos comerciantes que no pagaron sus impuestos; condenados a seis meses. Un médico que mató a un paciente; condenado a una semana. Ocho mendigos, varios trileros, un extranjero de Aukana que se metió en una pelea, un repartidor de folletos contra el rey y la guerra, y... —recorrió el listado con un dedo calloso y sucio al emitir un gemido— un comerciante de Oriente, de Araknur, por contratar un servicio de protección no reglado, mercenarios del Linde. Todos pendientes de condena, mi señor. —Le presentó la lista.

Rághalak meditó un instante y entrecerró los párpados.

—Libera al médico y al asesino de mujeres. Y dispón una ejecución para mañana a mediodía, como es usual. Que cuelguen a los mendigos y a los trileros. Que sometan a tormento al extranjero aukano y al repartidor de folletos y después los empalen en la muralla para escarmiento del que se sienta aludido. El mercader de Araknur, ¿era numerosa su expedición?



—Oh, sí, mi señor —explicó el hombre, relejendo el pergamino—. Media docena de carretas cargadas de telas, tierra del Nur, plata y vino, mi señor.

—Pues matad a todo su séquito y degollad al mercader. Brayder, el juez supremo, redactará la sentencia hoy mismo. Llamad a Tolmen, el consejero de la moneda, y dejad a su persona todo el cargamento. Decidle que venda las mercancías, que envíe una cuarta parte a la familia del mercader en el lejano Araknur, y que el resto lo envíe a Ealard Skol, en Uddla. ¿Has comprendido?

—Claramente, mi señor —se inclinó Horn—. Vuestras órdenes serán obedecidas.

—La ley, Horn, es la justicia del rey la que habla; yo solo soy su boca —asintió Rághalak—. Vamos a ver al muchacho.

El carcelero gruñó, cogió un manojito de llaves y salió de la garita cerrando la puerta tras él.

—Seguidme, mi señor —dijo Horn, escrutando al consejero con la oscuridad de su ojo vacío—. Y compañía —añadió, levantando el labio hacia Berk.

Caminaron siempre hacia abajo, dejando atrás gritos y lloros tras puertas de madera ennegrecida por la humedad.

—Como habíais ordenado —explicó Horn, que caminaba frente a ellos—, no se le ha servido más que agua desde vuestra última visita.

—Perfecto —murmuró Rághalak, satisfecho.

—Espero que al menos fuese agua sucia. —Berk rió al fondo.

—Aquí es, mi señor. —Horn se detuvo y agitó el manojito de llaves frente al olvidadero.

—Abre la puerta —señaló el consejero—, dale las llaves a mi sirviente y vuelve a tu trabajo.

—Mi trabajo pertenece a estos corredores oscuros, mi señor. —Sonrió Horn, inclinó la cabeza y posó la mano sobre el mango de la cachiporra—. ¿No deseáis que me quede? Quizá necesitéis de mis servicios, sé cómo manejar a estos razaelitas.

—Desaparece —masculló Rághalak.

Horn, el jefe de carceleros, gruñó descontento y pasó junto a Berk, que lo miró desafiante.

La tenue luz del farol de Berk iluminó las escaleras y el suelo del olvidadero.

—Espera aquí —ordenó Rághalak antes de descender a la fétida prisión.

Era un calabozo excavado en la piedra, de paredes irregulares y tan solo un par de varas de profundidad por dos de anchura. Tendido en el suelo cubierto de paja húmeda, sobre su costado y vestido con sucios harapos de lo que una vez fue una camisa de algodón, estaba el muchacho.

—Despierta, Eadgard —dijo Rághalak.

Eadgard se movió lentamente y apoyó el peso sobre los brazos hasta quedar sentado en el suelo con las piernas recogidas a un lado. Estaba mucho más delgado que la última vez, y respiraba con lentitud, como un fuelle que se deshinchaba sin fuerza. Su rostro estaba casi oculto por la penumbra y el negro pelo que caía sobre sus ojos.

—¿Tienes hambre? —preguntó el consejero con un amable tono de voz—. Sé que no te han servido nada de comer en días.

Eadgard negó con la cabeza.

—¿Un poco de agua? —insistió Rághalak.

El muchacho negó por segunda vez y abrazó las rodillas contra el pecho.

—Eadgard —suspiró Rághalak—, van a dejar que mueras aquí si no me dices la verdad. El rey se encuentra contrariado con tu actitud. No desea hacerte ningún daño, tan solo que confieses quiénes eran tus padres reales y la ciudad de donde provienes.

El muchacho levantó la mirada hacia Rághalak con gesto contrariado y volvió a ocultarse en la penumbra.

—Así es, mi querido Eadgard —explicó el consejero juntando las manos frente al pecho—. La mujer que viajaba contigo ya confesó su crimen. No era culpa tuya. Nos dijo cómo ganaba dinero con tu poder haciéndose pasar por tu madre. Te obligaba a participar de su mentira. Créeme cuando te digo que será juzgada con equidad. ¿Quiénes son tus verdaderos padres?

—No lo sé —susurró Eadgard.

—¿Eran misinios?

—No lo sé —repitió.

—¿Es cierto que te encontró en Imhadir, al borde del Mar de Nam?

Eadgard se hizo hacia delante, sus labios estaban resecos y cortados, como una cicatriz que cruzaba un rostro demacrado y ceniciento.

—Aceptaría un poco de agua —susurró.

—Sí, por supuesto —asintió Rághalak—. ¡Berk! Corre hasta Horn y dile que te dé un odre de agua fresca.

El patizambo sirviente corrió de mala gana dejando tras él sus pisadas y maldiciones a dioses y hombres.

—Eadgard —continuó Rághalak más cerca de él—, nadie dura mucho tiempo en estos calabozos. Tarde o temprano todos acaban muriendo, por muy fuertes que sean. ¿Crees que tú resistirás mucho más? Todos tenemos un valor en este mundo. No me refiero a las posesiones, a las riquezas. En los olvidaderos del Lévvokan



todos somos iguales, —se alejó y miró de soslayo al chico— o casi iguales. El valor que nos distingue es aquel que tiene tu vida para el rey. Después de esta breve, y posiblemente, última visita, debo reunirme con él, y ¿qué puedo exponerle sobre tí? ¿Que has perdido tus recuerdos? ¿Que no sabes nada de nada? ¿Que no vales más que la sogá de la que te colgarán?

—Aquí está el agua, mi amo —dijo Berk desde la puerta, alargando un brazo en el que sostenía un odre de piel.

Eadgard bebió del odre, derramó el líquido por la barbilla y empapó su camisa.

—¿Te encuentras mejor, ahora? —preguntó Rághalak—. ¿Quieres comer algo?

—No —respondió.

—Eres orgulloso —observó el consejero con una mueca de desprecio—. Orgulloso y terco. Eso te convierte también en un estúpido. Si no colaboras, morirás. Solo pretendo ayudarte a salir de aquí. ¿Por qué no me dices qué pasó aquel día en Róndeinn?

Eadgard bebió copiosamente del odre.

—Sé lo que me han contado —continuó Rághalak—. Pero ahora quiero que me lo cuentes tú.

Eadgard dejó caer el odre a un lado y se recostó contra la pared.

—¿Era una fuerza caída del cielo como dicen los testigos?

Eadgard negó lentamente.

—¿Fue algo que salió de tí, verdad? —Rághalak sonrió—. No era un fenómeno externo. Tú lo hiciste, pero no sabes cómo.

Eadgard respiró pesadamente en la negrura del olvidadero.

—Debería matarlo, maestro —masculló Berk desde la puerta.

—¡Calla! —exclamó el consejero dando un zarpazo al aire—. ¡Sal de aquí y déjanos solos!

Rághalak dio una patada al odre de agua que golpeó una pared y vertió su contenido sobre la paja. Después cerró el puño fuertemente y respiró en un ahogo furioso.

—Voy a contarte un secreto —dijo en cuclillas junto a Eadgard—. Hoy he recordado una costumbre ancestral. Aunque no lo creas yo también había sido invadido por el olvido. Pero hoy he recordado. Hay una tribu, en el lejano bosque poblado por mil tribus de mil lenguas y mil ceremonias. Algunas crueles, que muchos aquí en el norte llamarían salvajes sin detenerse a pensar que ellos son tanto o más primigenios, solo que se camuflan en una civilización de murallas y castillos. En el más cruel de los clanes, cuando un joven cumple once años se le liman los dientes y



afilan las uñas como garras, porque es el momento de luchar por la vida. A partir de ese día cada uno elige su camino y los fuertes se alían, eligiendo sus líderes entre los mejores luchadores. Los otros los siguen y se llaman guerreros, aunque en realidad son demasiado cobardes para convertirse en el hombre que admiran y por ello se someten, por vergüenza y odio hacia sí mismos. Y llega el día en que el hombre más fuerte mata al tigre de Oag con sus propias manos y se convierte en jefe del clan. El que no es tan fuerte se somete y jura lealtad con la rabia de la impotencia. Pero aún queda algo. Alguien que no es guerrero pero comprende una verdad. Si el hombre fuerte mata el espíritu del bosque y se convierte en líder, el hombre listo mata el espíritu del hombre fuerte y se convierte en el bosque. Hay que saber ver más allá de las posibilidades del hombre, del cuerpo que te encierra o del calabozo en el que estás. Si no eres lo suficientemente valiente para matar o morir, no vales nada, Eadgard.

Rághalak dejó el silencio tras el nombre del chico, siseante como una serpiente que reptaba sobre las palabras. Palabras que resbalaban en el sudor de la nuca hasta encontrar el corazón cálido, todavía latiente en el pecho. Palabras que escarbaban en busca de ese caldo vital del que alimentarse, para después alzar la mirada de Eadgard y enfrentarla a la suya, a sus ojos rasgados de mostaza y verde.

El chico salió de la oscuridad.

—Vas a morir —dijo sin emoción alguna—. Vas a morir pronto.

Rághalak quedó mudo por un instante. Después su expresión cambió y los labios se contrajeron en una mueca hasta mostrar los dientes limados en forma de sierra, como un cepo cerrado, una trampa mortal disparada por la ira y la maldad. En un rápido movimiento, al tiempo que un aullido animal rasgaba su garganta, clavó una de las garras en el hombro de Eadgard y una daga corta pero amplia, como un diamante tallado, apareció en lo alto con un destello de venganza en la hedionda oscuridad. El filo cayó sobre el muchacho, que intentaba escapar a la presa del enloquecido consejero, pero las uñas habían herido profundamente su carne.

—¡No miento, es cierto! —grito Eadgard, aterrorizado—, estás enfermo, solo yo puedo salvarte.

Rághalak detuvo el cuchillo bajo el mentón del muchacho y contempló sus ojos amplios, sin apenas color, y en ellos la sombra del miedo.

—Explícate —escupió.

—Estás enfermo —continuó el chico, ahogado por el dolor—. Lo he visto. Hace unas semanas te descubriste una inflamación entre la cuarta y la quinta costilla del lado derecho. Tienes accesos de tos fuerte y has perdido el apetito. En cinco semanas la inflamación contaminará tu sangre y morirás.



Rághalak liberó al muchacho y se puso en pie. Había pasado de la rabia a la sorpresa y levantaba la nariz, desconfiando del pálido despojo que tenía frente a él.

«Es desafiante —pensó—, desafiante y orgulloso. Eso también lo convierte en peligroso.»

Pero era cierto que hacía unos días había descubierto un bulto en su costado, y que tenía tos fuerte por las noches, que calmaba con infusiones de eucalipto y menta.

—Mientes —dijo Rághalak, enseñando el filo a Eadgard.

—No me equivoco, lo veo en ti —replicó al ponerse en pie. Apoyó un escuálido brazo en el muro y lo miró de soslayo, mostrándose débil y sin guardia—. Me necesitas para sanarte. Solo yo puedo hacerlo.

—¿Qué más puedes ver? —preguntó el consejero tras devolver el letal cuchillo a su funda en una de las descolgadas mangas de la túnica.

—También tienes migrañas debido a la lectura. Mucha tensión muscular. Pero eso es fácil para mí.

Rághalak sonrió ligeramente.

—¡Berk! —llamó.

—Sí, mi amo. —Asomó la cabezota el grueso sirviente.

—Llévale arriba y busca ropa adecuada para su tamaño. —Miró a Eadgard y asintió—. Te buscaré una ocupación y un alojamiento lejos de este calabozo.

—Pero, maestro... —balbuceó Berk.

—No discutas. Y que lo laven —añadió mirando a Eadgard—. Apesta a razealim.

Rághalak se dispuso a salir de aquel desagradable lugar, pero al llegar a los escalones donde se encontraba su criado Berk iluminando el ascenso, tuvo una intuición. Dio la vuelta y empujó a Eadgard contra la pared. Su camisa estaba rasgada y la sangre había aparecido como rosas negras en la tela, allí donde él había perforado la carne con sus uñas.

—Estás sangrando —dijo Rághalak al muchacho.

—Lo sé —respondió él, zafándose del consejero y escapando a un rincón. Acorralado contra la pared miró a Rághalak airado, pero al momento volvió a bajar la cabeza y explicó en un murmullo—. No tengo la capacidad de sanar mis propios males.

Rághalak no contuvo un gesto de satisfacción antes de salir y dejar a Berk con Eadgard.

—Excelente —dijo.



CAPÍTULO VIII



stán matando a los monjes —anunció Trisha con la vista puesta en el exterior y el reflejo de las llamas bailando en su rostro.

—No mires, Kali —ordenó Jared—. Vuelve a la cama.

Se habían refugiado en la habitación de la mujer pelirroja, aunque el griterío y el jolgorio de los soldados aukanos les había perseguido para robarles el sueño. Los guerreros se preparaban para una batalla, y lejos de sus tierras sureñas se dedicaban al saqueo y a acabar con todo el alcohol que pudiesen encontrar. Antes de la medianoche la calle principal de Porkala era un tumulto formado por cientos de guerreros en busca de, tal vez, su último pichel de cerveza, mujer, o bocado de carne.

La tercera planta de la posada de El Rabo Enroscado parecía un lugar seguro. Habían cruzado el repleto comedor que hacía de taberna y subido hasta la habitación de Trisha con toda discreción. La mujer había arreglado un acuerdo con el posadero, un viejo llamado Hans, para que Jared y su hija pudiesen pasar la noche con ella. Sin embargo, en ocasiones especiales, como aquella en la que se encontraba Porkala, los acuerdos de los hombres eran frágiles, y dependían tanto de su moral como de la violencia de las circunstancias que vivían. Y, llegados a este punto, al amable, aunque cobarde, Hans el posadero, las circunstancias le habían arrebatado un hijo y el negocio levantado durante toda una vida.

Al principio intentaron dormir, confiando que el barullo se convertiría en un pasajero mal sueño, pero a medida que la noche avanzaba hacia el amanecer, los metales restallaron y se escucharon gritos de combate. El fuego iluminaba la pequeña habitación, alargando las sombras hacia rincones en penumbra, y Trisha se veía especialmente bella iluminada por la barbarie del exterior. Murmuraba algunas palabras que no llegaban a asomar a sus carnosos labios. El templo de Vanaiar estaba en llamas y cientos de estrellas ígneas ascendían al cielo en una espiral dorada. Vio monjes correr como teas humanas hasta caer entre espasmos sobre la tierra, o bien



derribados por el virote de algún balletero. Trisha no creía lo que veía, como si todavía estuviese soñando, tendida en el jergón. Una pareja de monjes empuñaban sus hachas de batalla frente a una veintena de soldados aukanos, pero fueron abatidos por una nube de proyectiles. Después sus cuerpos, todavía con vida, atados por los pies a un caballo y llevados al galope de un extremo al otro de la calle principal entre saludos y vítores.

—Están matando a los monjes —dijo, forzando a su consciencia a ser testigo de la masacre.

Jared no necesitaba mirar para saber lo que hacían los soldados sin importar el color de sus estandartes, a quién defendían, o contra quién luchaban. Ya fue testigo de la violencia mucho tiempo atrás y, en esta ocasión, haría todo lo que estuviese en sus manos para alejarse lo más posible, aunque se encontrase rodeado por todo el ejército aukano.

—Te he dicho que vuelvas a la cama. —Jared se puso en pie.

Kali miró con ojos como lunas a Trisha, que intentó disimular un gesto de horror, aunque solo tragó saliva frente a la frialdad de la niña.

—Los han matado a todos —susurró Kali.

—Nosotros nos vamos —la sobresaltó Jared repentinamente y comenzó a recoger su manta de viaje y las capas—. No es un lugar seguro. Esta ciudad está al borde de la destrucción.

—¿Prefiere salir ahí fuera? —preguntó Trisha y apuntó con el pulgar el grueso vidrio.

—Preferiría no estar aquí —apuntó Jared, levantando el dedo índice—. Saldremos ocultos de la ciudad y seguiremos río abajo. Cuando amanezca, estaremos por lo menos a tres leguas de Porkala.

—Será una broma. —Sonrió Trisha—. ¿Cruzarán entre los campamentos aukanos? Sabe que no pasaría mucho hasta que los descubran y ¿qué puede pasar entonces? En plena noche, con una niña adolescente.

—Nuestro viaje y su riesgo es cosa nuestra.

—Pero no puede salir ahí fuera —alzó los hombros la mujer—, es una locura. Están matando a los monjes.

—Yo no soy ningún monje.

—Están matando a los monjes —murmuró Kali, aunque su voz sonó infantil, quizá demasiado. Carraspeó, se apartó del postigo y miró a Trisha, desafiante.

—Y no soy una niña —dijo antes de volver al jergón que compartía con Trisha.

—Es una locura —murmuró la pelirroja en el momento en que golpeaban a la puerta de la habitación.



Jared y Trisha se interrogaron en un instante de hielo. Todos guardaron silencio. Kali se colocó la capa sobre la cabeza y corrió a uno de los rincones tras Jared, que había recogido su vara de camino y la sostenía frente al pecho. Su rostro alargado y pálido se veía húmedo como una serpiente de piedra pulida. Trisha extendió una mano frente a él y dio un par de pasos hacia la puerta.

—¿Quién es? —preguntó, arqueando las cejas a la madera.

—Señora, siento despertaos —respondió un hombre al otro lado—. Soy Hans, el posadero. Ha surgido un inconveniente.

Trisha entreabrió la puerta. En el pasillo estaba Hans, con su nariz ganchuda y su hirsuto pelo color plomo. Estaba agitado y frotaba sus manos. Tras él, su regordeta mujer, Einge, dirigía los irritados y ausentes ojos al suelo, como si soportara un gran peso en los hombros.

—¿Qué inconveniente? —preguntó al posadero.

—Tendréis que marchar antes del alba, señora —se disculpó Hans—. Pues debo cerrar la posada a extraños durante un tiempo.

—¿Qué? —Trisha alzó las manos—. ¿Antes del alba?

—Lo siento mucho, señora. Pero, uno de mis hijos se ha visto en un altercado con unos soldados y ha sido herido de una lanzada. Tengo que cuidar de mi familia.

—¿Tú hijo? —preguntó sobresaltada—. ¿Está bien?

—No, señora, no está bien —se resignó Hans sobre los sollozos de Einge—. Pero debo cerrar la posada a extranjeros. Algunos caballeros quieren habitaciones para ellos y sus escuderos, y es preferible perder la habitación que un hijo, señora.

—Por supuesto, nos marcharemos de inmediato.

—No, no salgan ahora. —Él brincó, tomándola del brazo.

—Están matando a los monjes —dijo Einge, sin aliento.

—Lo he visto —asintió Trisha—, es terrible.

—No merecen otra cosa —la interrumpió Hans.

—No digas eso —se escandalizó su mujer tras él—. Es una blasfemia.

—Blasfemia o no —añadió Hans—, es algo que tenía que ocurrir. Demasiado tiempo han campado a sus anchas esos monjes armados. Juzgando y tomando aquello que no les pertenecía. Si Dios es Dios, que deje a los hombres las cosas de los hombres.

—Las armas no tienen dios, Hans —apuntó Trisha.

—Las que empuñaron ellos tampoco lo tenían. —Se volvió Hans y ella vio la rabia entre sus cejas—. Ahora, por mi familia, saldrán antes de que el sol ilumine la vergüenza de esos asesinos.



—Descuida —asintió ella—. Y que todos los espíritus buenos acudan en ayuda de tu hijo. Lo recordaré en mis plegarias.

—Gracias, señora —Hans bajó la vista—, pero preferiría los remedios de la bruja del Callejón del destripado. Esos monjes que compadecéis la detuvieron el año pasado y nada más se supo de ella.

Einge soltó un compungido llanto que retuvo con la mano frente a la boca. Hans la tomó por los hombros y bajaron las escaleras hacia la taberna de la planta baja.

Trisha cerró la puerta y se dejó caer contra la burda hoja de madera.

—Tenemos unas horas para dejar este lugar —dijo apesadumbrada—. Será mejor que descansemos un poco.

Jared gruñó y apuntó el lecho con el mentón. Kali salió de su rincón oscuro y saltó sobre las mantas y la paja seca, expiró con fuerza y cerró los ojos, cubierta por la capucha. El rudo hombre no dijo nada más. Se tendió en el suelo, sobre el saco y la capa, y dio la espalda a la caótica y cálida luz de las hogueras. Sin embargo, Trisha se mantuvo despierta, cerca de la ventana, observando las tropelías y cómo los fuegos se extinguían y los soldados volvían a sus campamentos. Cerca de los gruesos cristales, frotaba las yemas de sus dedos y recordaba el contacto de la niña que ahora dormía.

Despertaron en silencio, sin decir una palabra, y recogieron sus cosas en la penumbra previa al amanecer. Hans les había dejado un pequeño saco con algo de pan y carne ahumada en la puerta de la habitación, pero no hubo lugar para despedidas ceremoniosas. La planta baja parecía un campo de batalla abandonado al denso aroma del vino dulce y el sudor. El mobiliario se encontraba desperdigado y sin orden, cubierto de jarras de peltre y restos de comida sobre los que roncaba algún mercenario borracho. Salieron por la puerta trasera, acompañados por los contenidos sollozos de Einge en la pequeña vivienda que la familia ocupaba, adosada al edificio principal de El Rabo Enroscado.

La fría mañana despertaba con una llovizna de ceniza convertida en recuerdo brumoso de la noche pasada. Las calles estaban desiertas, y solo algún lugareño había iniciado el día preparando aperos o llevando agua fresca para el despertar de algún comerciante adinerado. Jared comenzó a caminar hacia el sur por la calle principal, cubierto por la capa, hincando enérgicamente su vara en el camino. Kali lo siguió en silencio.

—¿Adónde se cree que va? —preguntó Trisha a su espalda.

—Al sur —respondió él sin detenerse.

—Pero ¿y los campamentos aukanos? ¿Los atravesará a pie?

—Daremos un rodeo.



—Es una temeridad —dijo ella, caminando a paso vivo junto a él—. Sabe lo que les pasará si les cogen.

—Sé muy bien lo que pasará si te cogen a ti, mujer.

—Sé cuidar de mí misma —escupió Trisha con indignación.

—Entonces ¿por qué nos sigues? —El rostro de Jared permanecía imperturbable, con el cejo prieto y los ojos desaparecidos en la oscuridad de su escasa conversación.

—Solo quería ayudar.

—Nadie hace nada si no le conviene.

—Esa es una manera de pensar muy poco amigable.

—Es mi manera de pensar. —Por fin enfrentó su mirada a la de ella, como si hasta el momento no hubiese sido más que una vocecilla insidiosa—. Y ahora pienso que no quiere ir sola porque tiene miedo, a pesar de su máscara de aventurera.

—Sí —Trisha tragó saliva—, es cierto. Una mujer sola siempre llama mucho más la atención que un hombre y su familia.

—Nosotros no necesitamos de su generosidad —añadió irónicamente y volvió su atención al frente.

—Espera, Jared —dijo Trisha con un inesperado e involuntario tono de súplica—. Solo os acompañaré hasta Akkajauré. Después nuestros caminos se separarán, lo juro.

—No hay acuerdo. Saldremos al campo y nos alejaremos hasta el bosque. Puedo confiar en mí, y puedo confiar en mi hija porque yo le enseñé a ocultarse, pero ¿qué sabes tú de esconder tus propias huellas?

—Nada, no soy montañesa, cierto, pero...

—Tu trato no me conviene, mujer.

Sus miradas chocaron como fuego y hielo. Trisha tensó con fuerza la mandíbula y cerró su capa de un golpe de brazo. Aquel hombre era terco como una mula, pero había dicho la verdad, y ella no estaba acostumbrada a ceder frente a nadie.

—Podríamos llevarnos ese carronato —dijo Kali, señalando a un lado.

El carro estaba tan cerca que pareció no haber existido hasta que Kali hizo referencia a él. Una yunta con dos pencos huesudos tiraba de un carro no muy grande, aunque lo suficiente como para transportar las cajas que cargaba, esperando, al borde del camino, que alguien lo condujese a casa. Trisha sonrió a Jared y a Kali.

—Eso no es robar, ¿no? —dijo la chiquilla de ojos grandes a Trisha.

Jared miró a ambas con una expresión pasmada, entre la sorpresa y la incredulidad, pero finalmente bufó al tiempo que negaba con la cabeza y caminó hacia el carronato.

—Subid detrás —dijo—. Y buscad una lona para cubríos.

Hicieron como él había ordenado. Trisha saltó atrás, apartó los cestos cargados de cebollas y ayudó a Kali a trepar sobre una de las ruedas.

—Cuando quieras —dijo antes de cubrirse con unos sacos vacíos.

—Vamos allá —masculló Jared tirando con fuerza de la rienda.

Los caballos, ocultos tras las anteojeras que les habían mantenido ajenos a su alrededor, resoplaron y alzaron la testa. Los pequeños guijarros restallaron bajo el metálico aro de las ruedas, que con alguna dificultad comenzaron a rodar. Trisha, tumbada frente a Kali bajo los sacos, miró a los ojos sin apenas iris de la chica y le acarició la mejilla. Su rostro era inexpresivo, sin emoción, pero cuando la mano de Trisha se retiró, los labios de Kali se estiraron en una sonrisa inocente, aunque triste.

Recorrieron la calle principal al paso, con la dejadez del campesino que se levanta al alba para acarrear algunas verduras camino del mercado más próximo. Pasaron frente a fogatas convertidas en brasas desde las que se levantaban, serpenteantes, exiguas columnas de humo que desaparecían confundidas en el gris matinal. A su espalda, el templo de Vanaiar se había convertido en un bruno esqueleto de vigas y piedras requemadas. En lo alto, como un testigo mudo e impasible, la casa fortificada del señor se levantaba frente a los nubarrones de una nueva mañana con decenas de pendones militares a sus puertas. Los blasones de caballeros y señores aukanos que habían llegado el día anterior.

Las puertas de la ciudad no eran tal más que por el nombre y porque tras ellas se abrían los campos cercanos al río Kunai, ya que, como la empalizada en su tiempo, habían desaparecido, convirtiéndose en una mera abertura en el montículo que rodeaba Porkala. A uno de los lados, un chamizo de madera de aspecto ruinoso hacía las veces de caseta de guardia y control del paso y salida.

—Ya casi estamos —murmuró Jared a unas treinta varas de la salida, pero su pensamiento se convirtió en lamento cuando vio a un guardia de la milicia local desperezarse frente al chamizo. El soldado percibió la solitaria carreta conducida por un hombre cubierto del frío otoñal y cogió su lanza corta para salirle al paso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Trisha.

—Cállate, mujer —respondió él—. O te entregaré a los guardias.

—¿Dónde crees que vas? —alzó la voz el hombre de la puerta antes de detener los caballos.

—Voy a la granja de Yurel —respondió Jared, tirando de la rienda hasta detenerse—. A unas tres leguas a pie de aquí.



El soldado, un hombre delgado y de uniforme raído y sucio, como era habitual en la guardia de Porkala, dejó su lanza apoyada en el suelo y tomó a uno de los caballos por el bocado.

—Alimenta más a estos animales —dijo el hombre, que levantó el mentón hacia Jared—. Deberías matarlos por pura pena.

—Los dejo en los huesos para evitar la tentación de comérmelos yo a ellos —explicó Jared y escupió a un lado.

El guardia sonrió.

—¿Qué transportas? —Arrugó la nariz hacia la lona y los cestos con cebollas de la parte trasera—. Ya sabes que el ejército está requisando todo aquello que pueda servir en la guerra que se avecina. ¿Qué hay en la caja? —preguntó alargando la punta metálica de la lanza hacia los sacos.

—Oculto dos mujeres —dijo Jared. Trisha se quedó helada al oír sus palabras.

El hombre abrió la boca y los adormilados ojos, sorprendido por la confesión del carretero.

—Podéis quedaros con la mayor, a mí ya no me complace —continuó Jared.

El miliciano miró los sacos, al impassible carretero de rostro alargado, y estalló en una carcajada.

—Pues oblígala, hombre. —Siguió riendo y dio un golpe con el asta de la lanza en la madera del carromato.

—Mejor me saldría forzar al caballo. —Jared sonrió.

—Entonces es que además de terca, es fea. —El guardia soltó el bocado del animal mientras su rostro enrojecía por la risa y mostraba una boca cavernosa de dientes mellados y sucios.

Jared tocó el lomo de los animales con la correa y comenzaron el paso hacia fuera.

—Deberías cuidar más de tu familia, hombre —dijo el guardia al paso de la carreta y de nuevo empezó a reír ante el rostro malhumorado de Jared.

—¡Espera! —gritó a su espalda—. Espera. En serio, ¿qué es lo que llevas?

—Agarraos fuerte —dijo Jared entre dientes.

—¡Espera, carretero! —escuchó cuando ya habían salido afuera. Pero la visión no fue muy tranquilizadora, pues a ambos lados del camino el campamento de un ejército se había levantado en las últimas horas. Las tiendas que vieron el día anterior se habían multiplicado, y con las primeras luces del día eran centenares de toldos y lonas las que cubrían las colinas cercanas. Un ejército de miles de hombres esperando su momento.

Jared azuzó a los animales y los ejes del carromato crujieron como la madera carcomida al soportar la fuerza del repentino envite. Los jamelgos resoplaron



al ponerse al paso, y por un instante Jared pensó que escaparían, hasta que una lanza pasó sobre su cabeza y cayó tan solo un palmo frente a los animales. Entonces oyó algunos gritos tras ellos, aunque pronto se diluyeron en el estrépito anciano del carromato a la carrera sobre el irregular camino de tierra. La mayor parte del campamento aukano todavía descansaba en silencio, y lejos de los guardias de la puerta, pocos eran los que prestaban atención al apresurado campesino.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Trisha, asomando la cabeza de entre los sacos.

—Estamos escapando, mujer —dijo Jared restallando las riendas sobre los animales—. Y oculta la cabeza, ya tengo bastantes problemas. Deberíamos haber salido caminando, como propuse.

—Ni siquiera hubieses pasado la puerta —replicó la pelirroja.

—Pero por lo menos no tendría que soportarte —masculló al tiempo que se mordía el labio inferior.

—No nos persigue nadie —apuntó Trisha mirando atrás—. Deberías bajar el ritmo y ser más discreto.

—Estamos despertando a todo el campamento —observó Jared—. Prefiero salir de aquí cuanto antes.

—Pero, si ya estamos casi fuera —objetó Trisha, pero justo en ese momento dos flechas hicieron blanco en uno de los costados del carromato.

Jared miró sobre el hombro y, a un lado, varios hombres tensaban los arcos hacia ellos. Algunos soldados a su alrededor alzaban los brazos y levantaban las lanzas. Las voces avanzaban a su paso, y hombres adormilados salían frente a ellos sin tiempo a reaccionar a la llamada y tomar las armas. Varias flechas silbaron sobre sus cabezas.

—¡Nos disparan! —exclamó Trisha.

—Dime algo que no sepa —murmuró Jared y espoleó a los animales forzando la marcha, pero aquellos pencos estaban cansados, hambrientos y viejos, y tampoco se podía pedir más al medio de transporte de un campesino.

El camino descendía varios cientos de varas más y después, alejado del campamento, se perdía entre la arboleda cercana al Kunai. «Un poco más», pensó Jared, pero un hombre salió a su paso y golpeó el carromato con un hacha que quedó clavada en la madera.

—¡Tirad los cestos! —ordenó Jared—. ¡Aligerad la carga!

Trisha y Kali se descubrieron y empujaron las cajas. Los grandes cestos repletos de cebollas cayeron tras ellos como una cascada a su paso. Aceleraron la



marcha, y las ruedas traseras bailaron en el eje con cada pedrusco convertido en obstáculo.

—Este trasto no aguantará —masculló Jared—, no llegaremos a ninguna parte.

Aferró con fuerza las riendas y azuzó a los jamelgos una y otra vez, mientras maldecía y murmuraba insultos a los dioses. El campamento se despertaba y los soldados miraban a todas partes, esperando, sin saber bien de dónde venía, un peligro inminente, mientras que unos pocos disparaban sus ballestas al paso de Jared, y pensaban que nadie que no escapase ponía en peligro de aquella manera su carreta.

—Un poco más —se dijo Jared, llegando a las últimas tiendas del campamento aukano—. Ya veo los árboles, ya están ahí.

—No nos persiguen —dijo Trisha desde la parte trasera.

—Lo harán —respondió él—. Tarde o temprano lo harán. Siempre lo hacen.

—¿No podemos ir más aprisa? —preguntó Trisha.

—No si quieres que estas bestias sobrevivan.

—De momento me conformo con sobrevivir yo —replicó ella.

—Eso no te lo aseguro ni aunque escapemos, mujer —masculló Jared.

—¡Padre! —gritó Kali—. Veo hombres a caballo.

—¡Por los dioses de mis padres! —exclamó él—, solo tenemos que adentrarnos en la espesura.

—Algo anda mal aquí atrás —dijo Trisha examinando los maderos bajo sus pies—. Esto suena un poco raro. —Apretó los labios y puso la palma de la mano en el suelo para sentir las vibraciones de las ruedas.

—Es el eje —respondió Jared—. Creo que se ha quebrado. No aguantará mucho más.

—¡Padre! —llamó Kali de nuevo—. ¡Jinetes! Salen del campamento. Nos darán caza.

—No si puedo impedirlo —murmuró sofocado por la tensión de sus músculos.

El carromato había dejado tras de sí una nube de fino polvo y un lejano barullo de gritos y llamadas. Una docena de jinetes y algún caballero a medio armar, salieron tras los fugitivos cuando estos se internaban en el cercano bosquecillo. A galope tendido no tardarían mucho en alcanzarlos.

La espesura se vio invadida por el feroz traqueteo del carromato. El camino se volvía algo más estrecho y sinuoso rodeado de matojos y pequeños arbustos invasores, y los soldados aukanos desaparecieron como un mal sueño entre los recodos del bosque.

—No los veo —dijo Trisha.



—Pues están ahí, te lo aseguro —añadió Jared al tiempo que tiraba fuerte de las riendas y detenía su paso.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella.

—Dejar este trasto —respondió Jared saltando a un lado—. El eje trasero no aguatará y los caballos están exhaustos. Kali, al bosque —dijo, tomando a los animales por el bocado.

Kali y Trisha salieron del camino y Jared tiró de los animales hasta que alcanzaron el trote y les palmeó el lomo para que siguiesen la senda. Después corrió hasta ellas y se internaron en la espesura.

—Ya vienen —advirtió Kali cuando se escuchaba el murmullo de sus perseguidores.

—Al suelo —dijo él, y todos se dejaron caer entre los matojos y las zarzas.

Una estampida de cascos y metales pasó como un vendaval en su misma dirección, saltando piedrecillas y trozos de hierba verde a su paso.

—No tardarán en encontrar el carromato y descubrir el engaño. Debemos apresurarnos —dijo en baja voz, poniéndose en pie.

—Pero, Akkajauré queda en la otra dirección —objetó Trisha.

—Por eso mismo seguiremos el río hacia el sur —respondió él—. Creo recordar un lugar no muy lejos.

Trisha miró a Kali, que se encogió de hombros sin decir nada y siguió a su padre entre los árboles.

—Tomaré eso por una invitación —añadió Trisha con los brazos en jarras. Recogió sus cosas y caminó tras padre e hija.

El recuerdo de Jared no andaba desencaminado, aunque quedaba bastante más lejos de lo que él pensaba. Un par de leguas se convirtieron en cuatro, y cuando habían caminado durante casi todo el día siguiendo el cauce del río, encontraron una vieja caseta junto al agua, con un embarcadero y un granero pequeño en una explanada. Habían avanzado con precaución, sin dejar rastros a su paso, y vigilando cada claro de bosque que se abría frente a ellos. Jared las avisó sobre los exploradores aukanos que se ocultaban, a buen seguro, en aquellos bosques, vigilantes de cualquier movimiento de los rebeldes de Bremmaner.

—Tal vez encontremos un bote y podamos cruzar al otro lado —dijo al salir al claro cercano a la casa.

Todo estaba en el silencio propio de los lugares abandonados y en ruinas. Los muros habían soportado bien el paso del tiempo, a pesar de que en algunos lugares la techumbre de paja y cañizo se había derrumbado, arrastrando piedras y restos de argamasa al interior de la vivienda. En el embarcadero, anudada a un cabo,



asomaba sobre la superficie del agua cubierta de hojas muertas la proa de un bote hundido. Jared maldijo a los dioses por tercera vez aquel día, y en respuesta, estos le enviaron un ataque de tos que lo dobló como un junco al viento.

—Todavía estás enfermo —dijo Kali a su espalda.

—Deberías descansar —añadió Trisha.

—No descansaremos —se negó entre ahogos—, continuaremos hacia el sur y buscaremos una forma de cruzar.

—¡Mírate, testarudo! —exclamó Trisha—. Estás al borde de la muerte. Ninguno ha dormido más que algunas horas esta noche y hemos caminado todo el día. Tenemos la comida que nos preparó Hans y agua fresca. Descansaremos hasta que sea más seguro, y saludable, continuar.

Kali observó a la mujer pelirroja, después a su padre.

—Bien —asintió él en un susurro—. Kali, ayúdame a entrar.

No encendieron ningún fuego, a pesar de que la noche se acercaba y la humedad del río se apoderaba de los rincones hasta penetrar en sus huesos. Comieron en silencio la mitad del pan y la carne ahumada, y Trisha se lamentó de no haber guardado alguna de las cebollas que cargaba el carromato abandonado. Kali era una muchacha evasiva y parca en palabras, incluso con su padre, aunque se mantuvo a su lado en todo momento. Jared masticó lentamente algo de la carne y se recostó contra una pared cubierto con su capa, pero no llegó a conciliar el sueño, pues pronto oyó unas voces acercándose a la cabaña.

Jared saltó de repente, y tendió la oreja hacia el murmullo lejano. Trisha también lo escuchó y asintió hacia la tensa mirada de Jared. Él se puso en cuclillas junto a la puerta y levantó su vara sobre la cabeza. Trisha se refugió al otro lado, esperando la entrada de los soldados. Kali, como era habitual en ella, desapareció en la penumbra de los rincones. Jared contenía la respiración a duras penas, y Trisha pensó que en caso de ataque no tendrían mucho que hacer contra espadas y lanzas. Quizá, si viniesen de uno en uno, pudiese utilizar su don, pero eso era improbable, así que desenfundó su daga y la mantuvo oculta en su costado, preparada para lanzar una estocada al primero que cruzase el umbral de la destartada cabaña.

Se encontraba Trisha recordando la mejor manera de atacar con una daga a un hombre protegido por una armadura, cuando los pesados pasos resonaron en la entrada. Los pasos se acercaban directos hacia donde ella y Jared se encontraban, sin muestra de indecisión ni duda. Ya los tenían encima, cerca del hueco de la puerta. Trisha escuchaba su respiración. Cerró el puño contra la empuñadura de su daga. Jared apretaba los labios cubiertos de sudor y abría los ojos esperando el momento. Allí estaba la sombra. Trisha tomó aire. Preparó



su brazo armado. Aunque, en el último instante, expiró un gemido y cayó de espaldas al ver al gigante.

Era el hombre más grande que Trisha había visto jamás. Era, simplemente, enorme, cercano a las tres varas de altura. Hincó las manos en el marco de la puerta y pasó la cabeza y el pecho por la abertura. Tenía una espesa melena oscura como la noche, un rostro cuadrado, de cejas finas y juntas sobre un fondo blanco como la leche. La vara de Jared impactó contra su abdomen, y se quedó allí, trémula al pulso del hombre boquiabierto, como si fuese consciente de repente, del gigante al que había atacado. El gran hombre ni se inmutó por el golpe. Gruñó pensativo y, gracias a que la estancia había perdido parte de la estructura, desplegó toda su altura al hinchar el pecho.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó con una voz cavernosa y profunda.

—Menuda sorpresa —respondió alguien a su espalda—. Asaltantes de caminos fuera de los caminos. Jamás había visto nada tan contradictorio.

Un hombre delgado pero fuerte entró en la habitación, observó a los lados y sonrió con satisfacción. Vestía unas botas altas y protegía su pecho con un peto de cuero de hombreras tachonadas y coderas metálicas. Apoyaba el brazo derecho sobre un cinto del que colgaba un sable con un guardamano mal bruñido y abollado, mientras se rascaba el sucio pelo castaño con la otra mano.

—No somos ladrones —dijo Trisha al ponerse en pie y mostrar el filo en su mano.

—Y si lo fueras, serías la más bella ladrona que ha intentado robarme nunca —respondió el hombre delgado. A su espalda sonrió el gigantón—. Pero, por favor, enfunda el arma. No queremos luchar con vosotros.

—Eso no sería ningún problema —dijo Jared, que trató de recuperar su vara, aunque el hombretón la había atrapado con fuerza y no parecía tener intención de soltarla mientras observaba los vanos esfuerzos de Jared.

—¡Dejadlo! —aulló Kali. Abandonó las sombras y embistió al hombre más bajo.

Kali golpeó su pecho con el hombro y el hombre saltó atrás chocando con la pared. En un fuerte movimiento, empujó a la chica, que cayó de espaldas y, repentinamente, el sable estaba en su mano. Parecía que aquella hoja curva, resplandeciente y afilada, no perteneciese a la pobre montura que asomaba de su funda.

—¡No! —gritó Trisha.

—¡Cobardes! —exclamó Jared que todavía forcejeaba con el gigante.

—Calma, calma —intervino el hombre delgado y devolvió el sable a su funda—. Nadie va a morir aquí hoy. Reid, suelta la rama del campesino —dijo, y el gigantón soltó la vara de Jared.



—No somos ladrones. Solo estamos de camino y paramos a descansar aquí —explicó Trisha.

—No lo dudo —asintió el hombre—. Nosotros tampoco somos ladrones. Somos comerciantes, y debido a una complicación ajena al capitán, nuestra embarcación quedó varada cerca de aquí. Y os preguntaréis: ¿casaco ese gigantón no es capaz de sacar un esquife de entre los juncos? Y yo os responderé: no. A pesar de que he visto realizar a mi amigo muchas proezas, no puede devolver al cauce nuestro bote. Así que volvimos atrás con la intención de proveernos de algunos buenos maderos que nos resulten de ayuda en nuestra tarea. Y puestos en nuestro camino, por designio de los dioses o del azar, os encontramos dispuestos a rompernos la crisma —concluyó al tiempo de exhibir una gran sonrisa.

—¿Tienes un bote? —saltó Jared.

—Si tuviese una línea de remeros, lo llamarían galera y quizá con un trinquete y un timón sería toda una corbeta, pero de momento es solo un bote y está varado en la orilla.

—Estamos buscando una manera de cruzar el río.

—Todo el mundo busca algo. Nosotros la manera de regresar al cauce y seguir nuestro camino.

—Os ayudaré con el bote a cambio de pasaje al otro lado.

—No, viejo, debes estar de broma. ¿No sabes a quién pertenece la otra orilla?

—Reid, el gigante, rió profundamente hasta que su amigo continuó—. Es del Priorato de Villas del Monje, y no pienso acercarme a los dominios de esos fanáticos peleones.

—Tagge, el Descalzo, manda ahora en Villas del Monje —interrumpió Trisha al hombre del sable reluciente—. Cualquiera caminante es bien recibido en el priorato.

—Confía en los monjes y acabarás bajo tierra. Los inquisidores mandan en todas partes. Cae en sus redes y despídete de tu camino. —Sonrió él inclinando la cabeza a un lado—. Además, con el asunto de la guerra muchos sacerdotes montados han llegado camino de Ilke. Dicen que un gran ejército se ha reunido allí.

—Otro lo ha hecho en Porkala. ¿Por qué se habrán reunido tan al norte? Bremmaner queda a tres días de camino por lo menos —reflexionó Trisha antes de chasquear los labios.

Jared pasó el dorso de la mano sobre la frente, enjugando el sudor en la manga de su camisa, y miró a Kali, cubierta por su capa junto a él.

—Bien —dijo finalmente—, entonces nos dejarás pasada Villas, lejos de la orden de Vanaiar.



—Y ¿por qué tendría que hacer algo así? —Alzó los hombros—. ¿Acaso tienes dinero para pagar el viaje?

—Tengo dinero —respondió Jared.

—Y ¿cuánto tienes?

—Lo suficiente para pagar el precio de dos pasajes y no responder ninguna pregunta.

—Tres pasajes —añadió Trisha—. Yo pago el mío.

—Lo suficiente puede ser mucho —añadió con una ceja en alto.

—Lo suficiente será todo lo que te daré —asintió. Tenía el rostro pétreo—. Es un trato justo, todos saldremos beneficiados, no lo dejes escapar.

El hombre del sable apartó el mechón de pelo de sus ojos y contempló de arriba abajo a su interlocutor al tiempo que torcía los labios a un lado.

—Eres un duro negociante. Bien —asintió con las manos en la cintura—, entonces tenéis transporte. Pero sigue varado en la orilla. Y tenemos que traerlo hasta aquí. Reid —se dirigió al gigante—, nos llevaremos esos maderos de ahí, y algunas vigas. —Las señaló con el dedo.

—Yo iré con vosotros. Ellas esperarán aquí y descansarán —dijo Jared al echarse la capa sobre los hombros.

—¡Padre! —exclamó Kali.

—Eso mismo te iba a proponer. —Le sonrió con el gesto ladeado—. Tú vendrás con nosotros.

—Pero mi dinero se queda aquí —añadió él, se acercó a Trisha y sacó de su camisa una pequeña bolsa de piel oscura. Ella tomó la bolsa y un tintineo metálico resonó cuando lo guardó en el interior de la capa.

—Yo puedo guardarlo —masculló Kali.

—Pero lo hará ella —replicó Jared con gesto severo. La muchacha bajó la cabeza.

—No me fio de ellos —murmuró Trisha a Jared.

—Si quisiésemos mataros, ya lo hubiésemos hecho —dijo el hombre antes de cargar sobre su hombro un largo travesaño astillado en un extremo—. Tranquila, te devolveré a tu hombre. —Sonrió.

—No es mi hombre —apuntó ella de forma tajante y apretó los dientes.

—Esa es una buena noticia, mujer.

—Yo soy Jared —se presentó dando un paso al frente—. Y esa de ahí detrás es mi hija, Kali.

—Pues tienes carácter, Kali. —Sonrió el hombre a la chica.

—Y pega fuerte —añadió el gigantón a su amigo.